



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS

ARQUEOLOGÍA DE LO INVISIBLE:

PAISAJE Y ADAPTACIÓN EN EL DESIERTO DE SONORA

PROYECTO DE RECONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO EN LA CUENCA DEL BAJO RÍO ASUNCIÓN

T E S I S

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:

DOCTOR EN ANTROPOLOGÍA

PRESENTA

VÍCTOR ORTEGA LEÓN

COMITÉ TUTORIAL:

DRA. BLANCA ZOILA GONZÁLEZ SOBRINO

DR. MARIO CASTILLO HERNÁNDEZ

DR. LUIS ALFONSO GRAVE TIRADO



MÉXICO, D.F.

2012



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

	Pag.
Agradecimientos	3
Prefacio	5
Primera parte: <i>Horse latitudes</i>	9
Introducción	10
Consideraciones corográficas	14
La Región	23
Breve historia del Desierto de Sonora	30
Estructura interna del Desierto de Sonora	35
Antecedentes de investigación	41
Contexto teórico general	46
Un enfoque adicional: el paisaje cultural marítimo	53
¿Y lo rupestre?	60
Segunda parte: Arqueología de lo invisible	68
Caracterización arqueológica preliminar de la región	71
Clasificación preliminar de los sitios	92
Discusión y comentarios	94
Algunas conclusiones provisionales	99
Consideraciones finales	108
Bibliografía	114

Agradecimientos

Antes que nada, deseo agradecer al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología por subvencionar mis estudios de doctorado mediante la beca No. 190701, sin la cual hubiese sido sumamente difícil dedicar tiempo completo a los mismos.

Mi más sincero reconocimiento también a los miembros de mi comité tutorial. A la Dra. Blanca Zoila González Sobrino, quien siempre con buen ánimo y disposición ha sido paciente y comprensiva ante mis premuras y dilaciones, teniendo cada vez un comentario útil, una indicación pertinente y una mano desinteresada dispuesta en todo momento a ayudar. Al Dr. Mario Castillo Hernández, por su apoyo oportuno y decidido cuando las cosas se pusieron difíciles, y por su respaldo constante y su actitud abierta durante todos los años del posgrado. Al Dr. Alfonso Grave Tirado, por aceptar sumarse a esta empresa cuando otros optaron por renunciar, y por ser de los pocos arqueólogos mexicanos que de verdad comprende que la arqueología es mucho más que el análisis de materiales “fechables” y mapas de distribución.

Asimismo, deseo agradecer al Dr. Carlos Serrano Sánchez por aceptar ser lector de este trabajo y formar parte del jurado que evaluará el mismo, así como por tantos años de apoyo y consejo, siempre sincero y amistoso, que en más de una ocasión me han ayudado a salvar el día.

Al Dr. Guillermo Castillo, no sólo por aceptar acompañarme también en este trámite sino por compartir, en más de una ocasión, la experiencia del trabajo de campo en aquellas regiones desérticas, los pormenores del quehacer antropológico y el día a día en aquellos campamentos un tanto improvisados.

Gracias también a Luz María, a Vero, a Hilda, por su paciencia ante mi evidente incapacidad para los trámites, por su eficiencia a la hora de hacer que las cosas salgan como es menester y por no escatimar nunca una sonrisa aunque el exceso de trabajo las abrume.

Por otro lado, ya que este trabajo es producto del proyecto de investigación *Reconocimiento Arqueológico en la Cuenca del Bajo Río Asunción, en el Municipio de Caborca, Sonora*, actualmente inconcluso, sería ingrato no reconocer a quienes

han hecho posible su existencia. Primero que nada, al Dr. Carlos Serrano, del Instituto del Investigaciones Antropológicas de la UNAM y al Dr. Ben Nelson, de la *Arizona State University*, por su apoyo incondicional y su eficiente gestión gracias a los cuales este proyecto pudo contar con financiamiento y equipo suficiente para llevar a cabo el trabajo de campo y de gabinete que, desde su inicio en 2005, ha sido fuente constante de aprendizaje mucho más allá del ámbito meramente arqueológico.

Gracias a Tom Sheridan, a Dale Brenneman, a Steve Swanson, por sus inapreciables colaboraciones y su siempre entusiasta profesionalismo. A Elisa Villalpando, Randy McGuire, César Villalobos por estar siempre abiertos al intercambio de ideas y por aportar información de utilidad para mejorar nuestro trabajo.

A Alfonso, Doly, José Carlos y Natalia por recibirnos siempre, de ida y de regreso, a la mitad de nuestro largo camino hacia el desierto.

A los alumnos de la ENAH, Nora, Denisse, Payo, Roxana, Adelina, Paola, Lidia, Lillían, Nahúm, Martín, Pablo, Manuel, Omar, Gustavo, cuyo entusiasmo aligeró sustancialmente las temporadas de trabajo de campo. Aprendí de todos ellos más de lo que pude enseñarles, y espero sinceramente que, a pesar de los momentos difíciles, su estancia en el proyecto les haya dejado una experiencia positiva.

Y no podría dejar de agradecer el apoyo incondicional, entusiasta y desinteresado que recibí de la gente de los municipios de Caborca y Pitiquito. Siempre nos abrieron las puertas, nos guiaron, nos enseñaron, nos dieron su confianza y nos ayudaron cuando lo necesitábamos. Un libro entero sería poco para referir todo lo que el Dr. Garibaldi, Don Javier Gómez, Doña Lucy (q. e. p. d.), Lucita, Don Sergio Sotelo, Doña Obdulia, Doña Mary y sus entrañables familias hicieron por nosotros. Nunca podré agradecerles lo suficiente.

Prefacio

En realidad, a este trabajo le vendría mejor un título como *Alegato a favor de lo excluido*, o algo por el estilo, pues su mayor interés estriba en llamar la atención sobre algunos aspectos que han sido ignorados o, al menos, escasamente considerados en los estudios arqueológicos sobre el Desierto de Sonora. En este sentido, más que una tesis de orden científico en la cual existe una proposición que pretende demostrarse, de lo cual tampoco carece del todo, el presente escrito persigue sobretodo el objetivo de señalar la importancia de elementos de análisis que no han sido tomados en cuenta por la mayoría de los trabajos especializados referentes a la región de interés.

Como se verá en el texto, el origen de todo lo que sigue es un proyecto arqueológico inconcluso llamado *Reconocimiento Arqueológico en la Cuenca del Bajo Río Asunción, Municipio de Caborca, Sonora*, mismo que tuvo su inicio oficial en el año 2005 y que, atravesando por numerosas dificultades que no se reseñan aquí por no ser este el espacio pertinente, actualmente continúa abierto tanto en su parte teórica como en lo referente al trabajo de campo. Esta es la razón de que aquellos aspectos que se señalan como necesidades de investigación no encuentren aquí un tratamiento concluyente y se les exponga más como vías de análisis en desarrollo.

Así, pues, esta tesis es la primera interpretación de la exploración arqueológica de superficie llevada a cabo por el proyecto mencionado y pretende proporcionar nueva información arqueológica sobre una región, la mitad mexicana del Desierto de Sonora, de la cual se sabe muy poco; en especial, de su porción noroccidental. La presencia de sitios arqueológicos ha sido cualitativa y cuantitativamente muy superior a lo esperado, especialmente si tomamos en cuenta el hecho de que sólo se ha explorado la mitad de la superficie propuesta al inicio del proyecto.

Con base en lo anterior, se discute la visión académica tácita y tradicional de que esta parte del desierto nunca conoció asentamientos permanentes en el periodo prehispánico y de que los grupos humanos que allí habitaron no revestían mucha importancia en las relaciones de intercambio.

Con la información obtenida, se propone un diálogo que indague la pertinencia de seguir caracterizando a esta parte del desierto como una región culturalmente uniforme, a saber, bajo la denominación totalizadora de Cultura Trincheras. Asimismo, se adelantan algunos datos provisionales del trabajo de campo para alentar una reinterpretación de la arqueología regional.

Especialmente, se destaca la relevancia de elementos que casi no han sido tomados en cuenta en los estudios arqueológicos realizados en la región, como la importancia del Golfo de California no sólo en la adaptación de los grupos humanos del litoral como en los de tierra adentro a través de la circulación de recursos marinos, sino que se señala la presencia y relevancia de ese enorme cuerpo de agua en la concepción del espacio y del paisaje en la cosmovisión de los grupos del desierto.

Asimismo, se llama la atención sobre el vestigio arqueológico más abundante de la región, la gráfica rupestre, y sobre la casi nula importancia que se le ha otorgado a la hora de realizar proyectos de investigación arqueológica e interpretaciones regionales.

De igual forma, se intenta integrar la presencia del entorno en un análisis que trascienda el mero sitio arqueológico y contemple su participación en procesos de mayor alcance, incluyendo la percepción que de estos tenían los grupos humanos. Para ello, se tratan principalmente temas como la cultura itineraria y la arqueología del paisaje.

Además, se toma en consideración, por primera vez, hasta donde sabemos, la diversidad interna del desierto, evidenciada en las siete áreas propuestas por Forrest Shreve, y su importancia tanto en la adaptación de los grupos humanos al ecosistema desértico como en la diversidad política que pudo haber propiciado; y especialmente, en el acceso diferencial de ciertos grupos a otros tantos recursos, lo cual pudo haber tenido cierta relevancia en la conformación de las redes de intercambio tanto locales como regionales.

La tesis se divide en dos apartados. La primera parte lleva el nombre de *Horse Latitudes* y busca introducir al lector en el contexto regional al tiempo que señala la importancia de los aspectos señalados arriba en pro de un entendimiento

más completo de los procesos socio-culturales ocurridos ahí en tiempos históricos y arqueológicos.

La segunda parte, *Arqueología de lo Invisible*, constituye un avance de cómo algunos de los datos obtenidos por el proyecto de origen pueden vincularse tanto con los conocimientos e interpretaciones actuales sobre la problemática arqueológica regional como con los aspectos omitidos sobre los que la primera parte hace hincapié.

Finalmente, no quisiera dejar de mencionar que gran parte de lo que la arqueología no percibe como relevante, aquello que está en su punto ciego y a lo que la palabra “invisible” del título de este trabajo hace referencia, se deriva de su falta de familiaridad antropológica con el contexto que estudia. La investigación documental y bibliográfica, la pericia en las técnicas de prospección y los “datos” obtenidos de informantes son sólo la mitad del trabajo arqueológico y se ven bien en los informes técnicos. Pero las vivencias de los habitantes de la región, su adaptación al medio, la forma de organizar su vida en armonía con su entorno, sus historias familiares o grupales, la manera en que se mueven a través de una geografía que les es bien conocida y, en fin, todo aquello que consideran relevante para su supervivencia y bienestar, es el bagaje antropológico del que el análisis arqueológico se pierde al replegarse tras la barrera del dato duro, de la teoría sólida y de lo académicamente correcto. No olvidemos que la arqueología debe buscar más allá de la cultura material a sus artífices, a los que elaboraron la cerámica y las puntas de flecha, a los que caminaron entre los cerros y construyeron sus terrazas, a los que se adaptaron a los extremos climáticos del desierto, a los que contemplaron el mar y plasmaron su presencia sobre las piedras. Que salgan, pues, los habitantes del desierto sonoreense de su clandestina invisibilidad y que el arqueólogo amplíe el alcance de sus gafas teóricas.

“Un paisaje no es la descripción, más o menos acertada, de lo que ven nuestros ojos sino la revelación de lo que está atrás de las apariencias visuales. Un paisaje nunca está referido a sí mismo sino a otra cosa, a un más allá. Es una metafísica, una religión, una idea del hombre y el cosmos.”

Octavio Paz, *Corriente Alterna*

“... un paisaje invisible condiciona el visible...”

Italo Calvino, *Las Ciudades Invisibles*

“El acto que realizaban estaba inscrito en el calendario de los siglos, era uno de los rayos de una de las ruedas del carro del tiempo. Caminaban rumbo al santuario como lo habían hecho las generaciones idas y como lo harían las venideras. Al caminar con sus parientes, sus vecinos y sus conocidos, caminaban también con los muertos y con los que aún no nacían: la multitud visible era parte de una multitud invisible. Todos juntos caminaban a través de los siglos por el mismo camino, el camino que anula los tiempos y une a los vivos con los muertos. Por ese camino salimos mañana y llegamos ayer: hoy.”

Octavio Paz, *El Mono Gramático*

Primera Parte:
Horse Latitudes

Introducción

A finales del siglo XIX, el pionero de la investigación arqueológica en el noroeste mexicano, Adolphe F. Bandelier, afirmaría, con toda razón, durante sus investigaciones en el alto río Asunción, que uno de los más graves problemas de la región era la dificultad de poder distinguir entre los vestigios de la época prehispánica y los de épocas posteriores. Por un lado, debemos considerar que la historia de la colonización del Desierto de Sonora, y del noroeste de México en general, fue muy distinta a la de otras regiones del continente, tanto en sus aspectos poblacionales y materiales como en su duración. Por este motivo, en muchas ocasiones, el simple uso de la palabra “prehispánico” genera más problemas teóricos que los que resuelve.

Por otro lado, la dificultad de discernir entre una época y otra en el registro arqueológico deriva de que, aunque la cultura material de los pueblos indígenas es muy diversa formalmente hablando, las técnicas de producción y las materias primas tradicionales documentadas por los primeros europeos que llegaron a la región continuaron utilizándose, en muchas partes, hasta bien entrado el siglo XX. Tal y como lo muestran los exploradores posteriores a Bandelier, como Ten Kate, McGee y Lumholtz, entre otros, la cultura material occidental no había penetrado de manera significativa en los grupos indígenas del desierto sonorense todavía en fechas tan tardías como los años previos a la Revolución Mexicana. Es por esto, que en sitios arqueológicos de distintas épocas los materiales presenten características de una similitud desconcertante.

A más de cien años de las andanzas de Bandelier por esas tierras y a pesar del relativamente poco trabajo de investigación arqueológica que se ha realizado en la región, concentrado principalmente en sitios como Cerro de Trincheras, La Playa, La Proveedora y el valle de Altar, actualmente se cuenta con una mayor cantidad de datos e interpretaciones que aclaran un poco más el panorama histórico, aunque estamos muy lejos de poder decir que los problemas mencionados arriba puedan darse por resueltos.

La investigación arqueológica que sirve de base a este trabajo, se ha venido desarrollando en el Desierto de Sonora, particularmente en los municipios de Caborca y Pitiquito¹, desde el verano del año 2005. Cada año, a partir de entonces y hasta el 2008, se ha realizó tanto trabajo de campo y de laboratorio como investigación documental y revisión bibliográfica. Aquí presentaremos de manera sucinta los avances que, hasta el momento, se tienen con respecto al análisis de los datos obtenidos. Cabe mencionar, sin embargo, que el trabajo de prospección ha tenido que enfrentar numerosos obstáculos administrativos y se encuentra lejos de darse por concluido.

En primer lugar, es necesario mencionar que la cuenca del bajo río Asunción, área a la que se circunscribe esta investigación, tiene una extensión superior a los mil kilómetros cuadrados, razón por la cual, dada la naturaleza sistemática y detallada que requiere el trabajo de campo arqueológico, el grado de avance actual en el registro de evidencias prehispánicas y protohistóricas, después de cuatro temporadas de campo de duración variable, es aproximadamente del cincuenta por ciento. No obstante, cabe señalar que desde un principio se tenía contemplada la imposibilidad de realizar un registro al cien por ciento lo cual, por lo demás, es moneda corriente en los estudios regionales en arqueología pero, además, por las condiciones particulares de nuestra región de estudio. Dicho en términos llanos, muchos ranchos de la región están relacionados, de una forma o de otra, con actividades que dificultan la obtención de permisos para explorarlos. Aunado a lo anterior, los procesos altamente erosivos del desierto afectan de manera considerable los contextos vestigiales reduciendo así las posibilidades de encontrar restos arqueológicos en las zonas más perturbadas.

¹ Pitiquito, con 11, 979.96 km², y Caborca, con 10, 721.84 km², ocupan, por su extensión, los lugares 14 y 18, respectivamente, de entre los 2435 municipios de México.

Un comentario sobre metodología

Por las razones expuestas, en el proyecto se optó por una metodología que permitiera optimizar los recursos, tanto económicos como humanos y temporales, para obtener los datos necesarios y pertinentes para el tipo de análisis que se pretende, a saber, el de la relación entre los grupos humanos que habitaron esta parte del desierto sonorense desde el inicio de las culturas cerámicas hasta la llegada de los misioneros europeos en el siglo XVII y el entorno natural en el que se desarrollaron, y la manera en que se adaptaron a las condiciones del mismo.

Conviene tener en cuenta, que en estas latitudes la colonización española ocurrió de forma más tardía y dilatada que en otras regiones más meridionales del país, razón por la cual, aunque en el siglo XVII la Nueva España se encontraba bien consolidada en el Altiplano Central mexicano y áreas circunvecinas, en la frontera septentrional de la misma persistían todavía los mismos patrones de subsistencia y de organización social que habían perdurado allí por generaciones y que, al quedar plasmados en las primeras fuentes históricas proporcionan información valiosa para estudiar los vestigios de siglos anteriores. Cabe añadir, que las primeras descripciones proporcionadas por los conquistadores de la región coinciden en buena medida con los reportes etnográficos realizados hasta mediados del siglo XX, lo cual nos sugiere que, a pesar de la colonización, las culturas autóctonas que sobrevivieron conservaron buena parte de su identidad con pocas alteraciones. Suponemos que lo antedicho se debió, por un lado, a la peculiarísima historia de la colonización europea entre los grupos del desierto pero, principalmente, a que las exigencias adaptativas del desierto son extremadamente difíciles de modificar y, ante la incapacidad de cambiar las formas de vida del desierto los españoles se vieron forzados a adaptarse a ellas, por lo que aquí la aculturación fue menos drástica que en otros lugares.

Tomando en cuenta todo lo anterior, se decidió realizar lo que algunos investigadores han bautizado como *recorrido de superficie estratificado*, esto es, la prospección sistemática, exhaustiva y preferencial de aquellas zonas donde se sepa o se suponga que puede haber una mayor densidad de vestigios arqueológicos, ya sea por razones naturales o culturales, realizando sondeos

menos rigurosos en el resto del área. En nuestra región de estudio, las zonas con mayor densidad de elementos culturales han coincidido, preferentemente, con aquellas otras de mayor concentración orográfica; en cambio, en las planicies, muy probablemente debido a los procesos erosivos mencionados antes, aunados a otros factores, la presencia de materiales arqueológicos se muestra más bien escasa, aunque, claro está, siempre debe considerarse que éste es un estudio de superficie y que una excavación podría aportar información de diversa índole.

Siendo el cauce del río Asunción la columna vertebral de nuestra investigación y, presumiblemente, de los procesos históricos que pretendemos estudiar, el recorrido de superficie se ha realizado de oriente a poniente siguiendo el lecho mencionado, lo que constituye la orientación general de la exploración; sin embargo, los macizos montañosos se han revelado como un sistema de referencias altamente visuales que, a manera de piedras miliare, van articulando el paisaje y, suponemos, en buena medida la cultura itineraria de los grupos del desierto. En ocasiones, la orientación de dicha orografía resulta perpendicular a la del propio río, lo que nos ha permitido conectar, de manera pragmática y no solamente teórica, nuestra región de estudio con otras regiones adyacentes.

Consideraciones Corográficas

Introducción²

El *Desierto de Sonora* es una entidad geográfica compartida por cinco estados en dos países: California y Arizona en el suroeste de los Estados Unidos, y Baja California Norte, Baja California Sur y Sonora en el noroeste de México³. Se extiende sobre un área aproximada de 310 000 kilómetros cuadrados, esto es, más grande que Gran Bretaña o, dicho de otro modo, aproximadamente la mitad del territorio de países como España o Francia, lo que lo convierte en el desierto más grande del continente americano o, dicho de otra forma, el décimo segundo desierto más extenso del mundo. Partido a la mitad, desde 1848, por la frontera internacional más larga y conflictiva del mundo, el desierto sonorense es, ciertamente, una región singular.

Actualmente, además de su bien conocida riqueza de yacimientos minerales, esta extensión de terreno alberga, por lo menos, a 60 especies de mamíferos, 250 clases de aves, 20 de anfibios, 100 o más de reptiles y 30 de peces locales de agua dulce. Un número superior a las 2000 especies nativas de plantas pueden encontrarse también en esta región. Muchos de estos habitantes del desierto son especies endémicas. Muchas más han compartido este monumental escenario encontrándose ahora, lamentablemente, extintas.

Por otro lado, 17 culturas indígenas comparten actualmente este espacio con otras históricamente foráneas, como la anglosajona, la hispánica, la china, la árabe, las africanas, etc. Muchas otras culturas autóctonas habitaron este espacio por cientos y hasta miles de años; sin embargo, la mayoría de ellas han desaparecido, como lo prueban innumerables evidencias tanto documentales como arqueológicas.

Desde el orto hasta el ocaso, el *Desierto de Sonora* se muestra, a quien se adentra en él, lo mismo un milenario museo natural que un dinámico ecosistema:

² La información para esta sección ha sido tomada, básicamente, de INEGI (2004), Rzedowsky (1981), Escárcega (1996), Pérez Bedolla (1996) y Velasco (1893)

³ Cf. Phillips & Wentworth, 2000

lo primero, evidenciado por el hecho de que forma parte del área cultural con mayor trabajo arqueológico en el mundo, el llamado *Suroeste* estadounidense.

Lo segundo, por las razones que listamos a continuación: en primer lugar, es el único desierto americano que alberga un mar interior, el más pequeño del planeta, el Mar de Cortés o Mar Bermejo, también bautizado por el explorador francés Jacques Cousteau como el “Acuario del Mundo” y las “Galápagos de Norteamérica”⁴ debido a la ingente cantidad de especies marinas únicas que alberga; por lo tanto, es el único desierto americano que no solo cuenta con numerosos oasis sino también con cientos de islas⁵; en segundo lugar, no solo contiene el mar de dunas más extenso de América, con más de 5000 km² de extensión, sino que es el desierto con mayor biodiversidad en todo el continente, es, en palabras de Ellsworth Huntington “the greenest of deserts”⁶; finalmente, debido a su diversidad latitudinal y altitudinal, en el *Desierto de Sonora* pueden encontrarse prácticamente todos los biomas del mundo. Cabe añadir, que fue aquí donde se realizaron, allá por la década de los sesentas, las prácticas del proyecto Apolo de la NASA, razón por la cual puede considerarse a este desierto como la antesala de la luna.

¿Podemos creerle, entonces, a quienes sostienen la idea de que el desierto es un lugar deshabitado, desolado, donde no hay absolutamente nada más que arena y piedras? ¿No resulta evidente, pues, que necesitamos reconsiderar las cosas y observar al desierto desde otra perspectiva? Aquello de ‘desolación’ y ‘abandono’ resulta más un sesgo del observador foráneo que un rasgo inherente del paisaje. Para los que realizamos estudios arqueológicos en los desiertos resulta fundamental tratar de comprender la lógica, la coherencia y la riqueza internas de este tipo de ecosistemas con el fin de llegar a entender la adaptación humana en los mismos.

⁴ Documental “Legacy of Cortez”, 1987

⁵ Greenpeace México destaca que el golfo de California es el único mar que pertenece a un solo país: a México y es uno de los cinco ecosistemas marinos con mayor productividad y biodiversidad en el mundo

⁶ Huntington, 1911.

Hasta antes del año 2000, el *Desierto de Sonora* estaba considerado entre las treinta y siete áreas silvestres menos perturbadas del mundo⁷. Desafortunadamente, la explotación irracional de sus recursos naturales nos lleva apresuradamente a terminar con dicha distinción.

Un tesoro en despoblado

El *Desierto de Sonora*, como cualquier otro ecosistema, no sólo se compone de plantas y animales. De hecho, quizá es en el desierto donde el componente inorgánico resulta más evidente que en cualquier otro lugar por encontrarse menos cubierto por el orgánico. Poco reparamos en ello, pero son los suelos, las rocas, la tierra y los minerales los que, en buena medida, contribuyen a que la flora y la fauna adopten determinadas características.

Los estudios geológicos nos han revelado que debajo del paisaje desértico que hoy podemos contemplar yace una larguísima historia de millones de años escrita con el lenguaje de las piedras y los fósiles. No detallaremos, en esta ocasión, dicha historia, pero sí queremos señalar el hecho de que es debido a ella que el desierto actual posea una riqueza mineralógica poco común, por no hablar de la ingente cantidad de restos petrificados de especies extintas que pueden encontrarse en él.

Es en este desierto, por ejemplo, más precisamente al sur de las actuales ciudades de Caborca y Pitiquito, donde se han hallado las rocas más antiguas de México: un conjunto de rocas, conocido como *Complejo Bámori*, cuya edad ha sido calculada entre los mil setecientos y mil ochocientos millones de años.

Es también en esta región, unos kilómetros al oeste de Caborca, donde por primera vez se descubrieron *Trilobites* en el país. Los *Trilobites* (del latín *Trilobita*, que significa “tres lóbulos”), se cuentan entre los fósiles más famosos y mejor estudiados del mundo y existieron entre los quinientos cincuenta y doscientos cincuenta millones de años antes del presente, habiéndose extinguido cuando los dinosaurios comenzaban a dominar el planeta.

⁷ Cf. Hernández, 2006.

Pero quizá el rasgo más conocido de este mundo inorgánico es la riqueza mineralógica que, desde siempre, ha atraído al desierto a multitud de personas de todas partes del mundo. Fue dicha riqueza, la que convenció a no pocos colonos europeos a que probaran suerte en el noroeste mexicano y el suroeste estadounidense. ¿Quién no ha oído hablar, por ejemplo, de la famosa fiebre del oro que nos han contado una y otra vez los *westerns* estadounidenses? Aunque las películas del viejo oeste se han centrado, principalmente, en la California del siglo XIX, lo cierto es que la fiebre del oro y de la plata data de la época colonial y se extiende por toda la región antedicha.

No faltan, por supuesto, las leyendas de tesoros escondidos, enterrados, perdidos y encontrados, en toda la región; y no poca fue la fama del desierto sonorense en Europa donde se decía que el oro se encontraba a flor de tierra y que, con poco esfuerzo, podían recolectarse “chispas” de oro de considerable tamaño. Pero ya sean trágicas o románticas, tenebrosas o divertidas, increíbles o verosímiles, lo cierto es que detrás de todas estas historias se encuentra una parte del verdadero *tesoro* del desierto: su riqueza metalífera.

A pesar de la explotación continua e irracional que el *Desierto de Sonora* ha venido sufriendo durante siglos, el estado de Sonora ocupa actualmente, a nivel nacional, el primer lugar en producción de cobre, molibdeno, barita y grafito; el cuarto lugar en producción de oro y el sexto en producción de plata, destacando también en lo que se refiere a producción de plomo y zinc. Aún así, el potencial minero del estado se considera subexplotado debido a las muy particulares dificultades que ofrece, como, por ejemplo, la muy peculiar naturaleza intrincada de su subsuelo.

Pero del mismo modo que un bosque no es sólo un montón de madera el *Desierto de Sonora* tampoco es simplemente un montón de minerales. Un lugar, una región, no es importante únicamente por los recursos económicos que contenga. Destacar la importancia de una región anteponiendo sus recursos económicos por sobre su riqueza natural y su historia cultural es como si quisiéramos apreciar una obra de arte enfocándonos solamente en los materiales con los que está hecha. El *Guernicka*, de Picasso, el *David*, de Miguel Ángel o *El*

Quijote, de Cervantes, por ejemplo, no son importantes únicamente por los minerales que se encuentran en la pintura, la piedra o la tinta con que fueron realizados; no, la obra de arte trasciende la materia prima.

Del mismo modo, la cultura y el equilibrio ecológico de una región no deben ser infravalorados, mucho menos sacrificados en aras de una explotación comercial ciega e irracional de sus recursos económicos. No importa cuánto oro o plata podamos extraer de una mina, nunca alcanzará para resucitar el ecosistema, las especies irrepetibles de plantas y animales, que aniquilamos durante el proceso de extracción.

Sí, el *Desierto de Sonora* encierra un tesoro incalculable, pero si no sabemos explotarlo racionalmente correremos la suerte de aquél que, en su afán de riquezas, abre sin precaución alguna el cofre y se envenena con los vapores del metal.

Desierto y patrimonio

En el Desierto de Sonora existen actualmente ocho áreas naturales protegidas gracias a que personas visionarias y conscientes del frágil equilibrio de los ecosistemas han mantenido, desde principios del siglo XX, una lucha sin descanso en contra de numerosos grupos que ven en esta región sólo un almacén de materias primas. Cuatro de esas reservas se encuentran del lado mexicano y las otras cuatro del lado estadounidense.

La más antigua de tales áreas es el *Cabeza Prieta National Wildlife Refuge*, que ocupa una extensión de 3480.46 kilómetros cuadrados entre los condados Pima y Yuma, en el estado de Arizona. Desde 1939, ya funcionaba como refugio para la vida salvaje y, en 1990, el congreso estadounidense designó el 93.4 por ciento de dicha área como zona protegida en su *Arizona Desert Wilderness Act*.

En segundo lugar, tenemos el famoso *Organ Pipe Cactus National Monument*, ubicado en el condado Pima, al sur de Ajo y al oeste de Tucson, en el estado de Arizona, que cubre un área de 1338.30 kilómetros cuadrados. Protegido por el gobierno federal estadounidense desde 1937, fue designado por la UNESCO como reserva de la biósfera en 1976.

La tercera de las áreas protegidas, en orden cronológico, es el *Barry M. Goldwater Range*, con 7017.18 kilómetros cuadrados, es un terreno ubicado justo al sur del río Gila y al norte del área de *Cabeza Prieta Refuge*. Se utiliza como campo de entrenamiento de la fuerza aérea y los cuerpos de marina de los Estados Unidos desde 1941.

Si sumáramos el territorio que ocupan todas las islas de la república mexicana, encontraríamos que los casi novecientos cuerpos insulares (islas e islotes) que se encuentran en el Golfo de California ocupan más de la mitad del total de dicha suma. Es este un verdadero e interesante archipiélago, en medio del desierto sonorense, donde se encuentra, además, la isla más grande del país: la isla Tiburón que, desde el 15 de marzo de 1963, fue decretada como *Zona de Reserva y Refugio de Fauna Silvestre*. Al año siguiente, el 30 de mayo de 1964, la Isla Rasa obtuvo el estatus de *Zona de Reserva y Refugio de Aves Migratorias y Fauna Silvestre* con el fin de proteger a las aves marinas que, año con año, llegan a ella.

En conjunto, doscientas cuarenta y cuatro de las islas del Mar de Cortés fueron declaradas por el gobierno federal como *Área de Protección de Flora y Fauna* el 2 de agosto de 1978, abarcando una extensión aproximada de 3800 kilómetros cuadrados. El 15 de julio de 2005, reconociendo la importancia mundial de esta cadena insular, la UNESCO la declaró *Patrimonio Mundial de la Humanidad*.

Por otro lado, en la península de Baja California se encuentra la *Reserva de la Biósfera Desierto de El Vizcaíno*, declarada como tal por la UNESCO el 30 de noviembre de 1988. Ocupa una extensión aproximada de 25467.90 kilómetros cuadrados, lo que la convierte en una de las áreas protegidas más grandes del mundo.

Su importancia radica en incluir una amplia variedad de ecosistemas, además del propiamente desértico, y en que cada año sus costas se convierten en un santuario natural donde la ballena gris arriba durante su temporada de reproducción.

Además, en El Vizcaíno, se intenta proteger a otras especies endémicas en peligro de extinción, como el borrego cimarrón y el berrendo, animales característicos del desierto sonorense. Por estas y muchas otras razones, la UNESCO decidió declarar a esta reserva como *Patrimonio Mundial de la Humanidad* en diciembre de 1993.

La *Reserva de la Biósfera El Pinacate y Gran Desierto de Altar*, se creó por decreto presidencial también en 1993. Se ubica en el noroeste del estado de Sonora, entre los municipios de Sonoyta y San Luis Río Colorado, y cubre un área de 7146.56 kilómetros cuadrados.

La *Reserva de la Biósfera Alto Golfo de California y Delta del Río Colorado*, creada también por decreto presidencial el mismo año de 1993, se ubica en la parte más septentrional del Golfo de California y abarca la franja costera entre la Bahía de Adair, en Sonora, y el puerto de San Felipe, en Baja California Norte, pasando, por supuesto, por la isla Montague en la desembocadura del río Colorado. Cubre un área de 9422.70 kilómetros cuadrados, aunque el sesenta por ciento de la misma se encuentra en el mar.

El área protegida de más reciente creación es el *Sonoran Desert National Monument*, designada como monumento nacional por decreto presidencial el 17 de enero de 2001. Cubre un área 2008.68 kilómetros cuadrados y se ubica al suroeste de la ciudad de Phoenix, Arizona.

En suma, de las ocho reservas de la biósfera que hemos mencionado, cuatro se encuentran del lado mexicano del Desierto de Sonora: la *Reserva de la Biósfera El Pinacate y Gran Desierto de Altar*, la *Reserva de la Biósfera Alto Golfo de California y Delta del Río Colorado*, la *Reserva de la Biósfera Desierto de El Vizcaíno*, y la *Zona de Reserva y Refugio de Aves Migratorias y de la Fauna Silvestre* que aunque en México no es considerada oficialmente como reserva de la biósfera en la UNESCO sí recibe dicha distinción.

Y parezca mucho o poco, la suma de todas estas áreas representa, aproximadamente, sólo el veinte por ciento de la extensión total del Desierto de Sonora. Sin embargo, defender esta quinta parte ha costado mucho tiempo,

trabajo y dedicación por parte de los grupos conservacionistas, en especial para mantener fuera a otros grupos que pretenden explotar irracionalmente sus recursos naturales, a la caza y pesca furtivas, a la tala inmoderada, a los saqueadores culturales y, en fin, a todos aquellos empresarios, turísticos o industriales, que anteponen sus ganancias económicas no sólo a la supervivencia de muchas especies animales y vegetales sino a las mismas declaratorias de protección de los gobiernos mexicano y estadounidense. Por si esto fuera poco, los incendios amenazan constantemente los ecosistemas del desierto. Además, el equilibrio ecológico es sumamente frágil y, aunque cueste creerlo, los desiertos también resienten las sequías prolongadas.

Hay quienes abogan por trabajar en pro de que se declare como zona protegida a la mayor parte del desierto sonorense, teniendo como núcleo a las áreas de reserva que hemos mencionado arriba. Dicha propuesta tiene como punto de partida un hecho irrefutable: si no cuidamos lo que todavía tenemos lo veremos perderse irremediabilmente en el transcurso de una o dos décadas y se necesitaría más de un siglo para que pudiera comenzar a recuperarse, aunque las especies extintas se perderían para siempre.

Negar la importancia ecológica que tienen todos estos lugares, razón por la cual han recibido la atención del mundo, sería no sólo políticamente incorrecto sino muestra palmaria de ignorancia y desinterés. Sin embargo, y a pesar de las declaratorias de protección, abundan los planes de “desarrollo” turístico e industrial que no solamente afectarán el equilibrio natural que ha prevalecido en estos paisajes durante milenios sino que, además, borrarán de la superficie del planeta cientos de especies biológicas endémicas al destruir directa e indirectamente sus hábitats naturales.

Es importante no perder de vista que, a pesar de su importancia, todas estas reservas naturales no constituyen sino un pequeño porcentaje del territorio total del desierto sonorense. Las actividades humanas, como la agricultura, la ganadería, la minería, la industria, la cacería, el turismo y el propio desarrollo urbano, por mencionar sólo algunas, cuando no están planeados y regulados, a la larga producen más problemas de los que solucionan.

Las áreas naturales protegidas no sobrevivirán por el mero hecho de que alguna autoridad haya firmado algún convenio oficial. En la práctica, las reservas de la biósfera siguen tan unidas con el resto del desierto *no protegido oficialmente* que, si no cuidamos este último ninguna de ellas durará mucho tiempo.

La región

Específicamente, la cuenca baja del río Asunción se ubica en el centro geográfico del Desierto de Sonora, lo que la convierte en uno de los lugares más calientes y áridos del planeta, rebasando con frecuencia los cincuenta grados centígrados durante el verano; sin embargo, en el centro de dicha cuenca, debido a la confluencia del río principal con dos de sus afluentes, uno al oriente de la ciudad de Caborca y otro al poniente, se encuentran dos sendas áreas de inundación, mismas que convierten dicha zona en un valle no sólo altamente productivo, tanto en productos silvestres como agrícolas, sino indiscutiblemente deseable en términos de subsistencia.

Como veremos más adelante, la clasificación del desierto sonorense propuesta por Forrest Shreve en su *Vegetation and flora of the Sonoran Desert*, publicado en 1964, resulta una herramienta asaz útil para el análisis de las culturas que habitaron esta región, especialmente si consideramos que la adaptación humana en este tipo de ecosistemas requiere de un conocimiento detallado del entorno para poder aprovechar todos sus recursos, mismos que, aunque indiscutiblemente diversos, no destacan por su abundancia, aunque sí por sus cualidades efímeras. Así, la clasificación de Shreve nos permite apreciar la distribución de dichos recursos en zonas bien definidas lo que, en concurso con la información arqueológica, etnohistórica y etnográfica, nos brinda un punto de partida sólido para el análisis de las relaciones entre los grupos que habitaron la región.

La cuenca del bajo río Asunción

El área específica a la que se aboca esta investigación se ubica *grosso modo* entre los 30° 30' – 31° 00' de latitud norte y los 112° 00' – 113° 05' de longitud oeste. Se encuentra casi en su totalidad en el municipio de Caborca, aunque en su extremo oriental incluye parte del municipio de Pitiquito, en el estado de Sonora. Las poblaciones principales son, sin duda alguna, ambas cabeceras municipales, mismas que distan entre sí menos de diez kilómetros.

El núcleo de la región de estudio lo constituye, desde un principio, la cuenca de un río cuyo nombre varía en relación con la bibliografía consultada. Así, el más común, y el que se ha adoptado aquí, es el de río Asunción; sin embargo, en textos de diversa índole puede aparecer como río Concepción, Magdalena o, incluso, como río Altar.

Se ha tomado como referencia, para delimitar esta región, un criterio meramente geográfico, la cuenca del bajo río Asunción; sin embargo, se entiende aquí que ni la región geográfica se limita a este, como se verá más adelante, ni la problemática arqueológica se circunscribe a la región geográfica aquí definida. Son únicamente razones de orden metodológico y logístico las que han determinado, en este caso, la restricción del espacio a estudiar.

Fisiografía

La región se encuentra, en su totalidad, dentro de la provincia fisiográfica conocida como Desierto Sonorense. La provincia, que se extiende más allá del territorio mexicano hacia Estados Unidos, adopta en Sonora la forma de una cuña orientada hacia el sur. Colinda en su extremo noroeste con la península de Baja California; hacia el oriente, con la Sierra Madre Occidental y, en su extremo sur, con la Llanura Costera del Pacífico. Es, con mucho, la provincia fisiográfica más grande del estado y se subdivide, a su vez, en dos subprovincias, Sierras y Llanuras Sonorenses y Desierto de Altar, y una discontinuidad, Sierra del Pinacate.

La subprovincia que atañe a esta investigación es la de Sierras y Llanuras Sonorenses, que es la mayor de las tres subdivisiones mencionadas. Comprende un área de 81 661.40 km² que abarca por entero 14 municipios y parcialmente otro número similar. Está formada por sierras bajas separadas por llanuras, rasgos de los que obtiene su nombre. Las sierras son más elevadas (700 a 1 400 msnm) y más estrechas (rara vez más de 6 km de ancho) hacia el oriente y más bajas (de 700 msnm o menos) y más amplias (de 13 a 24 km de ancho) hacia el occidente. En la región que comprende este estudio, la única elevación que supera los 700 msnm es Sierra La Gloria, ubicada justo al norte de la ciudad de Caborca; las

restantes elevaciones principales, como Sierra La Víbora, La Proveedora, Cordón de Lista Blanca y Sierra El Álamo, ubicadas a lo largo del cauce del río Asunción, se encuentran entre los 400 y 600 msnm. En todas ellas se encuentran numerosos vestigios arqueológicos de índole diversa.

En estas sierras predominan rocas ígneas intrusivas ácidas, aunque también son importantes, particularmente en la parte central de la subprovincia, las rocas lávicas, metamórficas, calizas antiguas y conglomerados del Terciario. La famosa isla Tiburón, la más grande del país, forma parte de este sistema de sierras, cuyas cimas son bajas y muy uniformes. Las pendientes son bastante abruptas, siendo frecuentes las mayores de 45°, especialmente en las rocas intrusivas, lávicas y metamórficas; en tanto que, las menores a 20° son raras. En general, las cimas son almenadas, es decir, dentadas. Los arroyos que drenan esta región efectúan una fuerte erosión produciendo espolones laterales que se proyectan en las llanuras.

Las llanuras representan alrededor del 80% de la subprovincia. Están cubiertas en su mayor parte, o en toda su extensión, por amplios abanicos aluviales (bajadas) que descienden con pendientes suaves desde las sierras colindantes. La llanura aluvial de Hermosillo (200 msnm), que baja hacia la costa ensanchándose en sentido noreste-suroeste, tiene 125 km de largo y 60 km de ancho en la costa siendo la mayor de la subprovincia.

El río más grande de esta subprovincia es el *Sonora*, que nace en Cananea, en la provincia Sierra Madre Occidental, desde donde fluye hacia el sur. A la altura de Hermosillo se une con el *San Miguel Horcaditas*, procedente también de la misma provincia, y con el *Zanjón*, que se origina en esta subprovincia. Sin embargo, como se mencionó arriba, el rasgo hidrográfico más importante para esta investigación es el río *Asunción* mismo que se describirá más adelante.

Geología

La provincia fisiográfica “Desierto Sonorense” se caracteriza, como se ha apuntado arriba, por la alternancia de sierras, bajadas o pendientes suaves y

llanuras. Las sierras, que se formaron por procesos tectónicos, tienen una orientación noroeste-sureste y se encuentran próximas unas de otras hacia el oriente de la provincia, aunque más separadas hacia el poniente lo que constituye un rasgo que caracteriza particularmente a nuestra región de interés. Su composición litológica es variada, aunque dominan las rocas anteriores al Terciario las cuales, en el este, están cubiertas por efusiones volcánicas del Cenozoico.

En esta provincia, desde el sur de Caborca hasta el noroeste del estado, afloran rocas metamórficas, ígneas y sedimentarias del Precámbrico. El Paleozoico, por lo general, está representado por calizas, ortocuarcitas y dolomías metamorfizadas. El Mesozoico, por calizas y rocas detríticas de ambientes marino y continental; además, de volcánicas (con predominio de composición andesítica) e ígneas intrusivas (granitos y granodioritas) que son las de mayor distribución. Del Cenozoico se encuentran rocas volcánicas entre las que predominan las de composición ácida. Los afloramientos de conglomerados del Terciario tienen también una amplia distribución. Sin embargo, la mayor parte de esta provincia se encuentra cubierta por depósitos sin consolidar del Cuaternario, localizados en las llanuras y bajadas, mismos que son de considerable importancia para nuestra investigación.

Hidrología

En la porción noroeste del estado de Sonora el clima es muy seco y no permite, actualmente, la formación de corrientes perenes, aunque existen varias intermitentes; por esto, el uso de agua subterránea es de suma importancia para el desarrollo de las actividades agrícolas. En el pasado, aunque las corrientes hidrológicas eran más constantes igualmente importantes fueron los pozos permanentes o semipermanentes para los grupos que habitaron estos paisajes desérticos.

De las cinco regiones hidrológicas que corresponden al estado de Sonora, según la SARH, la llamada *Sonora Norte (RH-8)* es la que corresponde a este estudio. Se encuentra prácticamente toda en el estado de Sonora, ocupando casi

por completo el noroeste del mismo. Comprende desde el sureste de San Luis Río Colorado a las proximidades de Cananea, y desde Punta Chueca, frente a la isla Tiburón, hasta el Golfo de Santa Clara. Cubre el 30.7% de la superficie del estado y se subdivide en tres cuencas: Cuenca Río San Ignacio y Otros, Cuenca Río Concepción-Arroyo Cocóspera y Cuenca Desierto de Altar-Río Bámori.

Aunque la cuenca del río Concepción (en adelante “Asunción”), que es el núcleo de la región de estudio definida aquí, se encuentra en su totalidad en la segunda de las subdivisiones mencionadas en el párrafo anterior, las otras dos pueden considerarse como los límites tangenciales de dicha región, al menos en su mitad más occidental.

El río Asunción

La Cuenca del Río Concepción (en adelante, Asunción) tiene una superficie de 28 000 kilómetros cuadrados, de los que el 90% se encuentran en territorio mexicano. Nuestra región de estudio, como se verá más adelante, se circunscribe, aproximadamente, a los últimos 100 kilómetros del cauce del río y zonas aledañas. La corriente inicia al sur de Nogales formando el río de Los Alisos para dirigirse, posteriormente, hacia Magdalena de Kino en donde, tras recibir el aporte del arroyo Cocóspera, cambia su nombre por el de río Magdalena; más adelante, en sus porciones media y baja, su nombre cambia al de Asunción (o Concepción, según el mapa) y recibe como afluentes a los ríos Boquillas o Coyotillo, Altar, Seco y Coyote o Tajitos (este último se forma, a su vez, de la conjunción de los arroyos El Plomo y El Humo o El Arenoso), antes de desembocar en el Golfo de California, precisamente en la población de Desemboque.

Como se puede apreciar, la diversidad de los topónimos riparios con respecto a los mismos rasgos geográficos es considerable y puede dar lugar a confusiones. Lo anterior, se ha hecho notar desde, al menos, las postrimerías del siglo XIX, cuando Alfonso Luis Velasco menciona que “hay mucha confusión en el verdadero nombre de este río” (Velasco, 1893:28) Este mismo autor, ofrece un interesante dato al apuntar que: “A dos kilómetros de la desembocadura de este

río hay algunos jacales de indios y gran cantidad de agua potable en cualquiera estación del año” (*Ibidem*)

La Cuenca del Río Asunción (o Concepción)-Arroyo Cocóspera es la que mayor área drena en la entidad con un 14.25% de la superficie estatal. Tiene una precipitación media anual de 305 mm con un coeficiente de escurrimiento de 1.71%. Las presas de mayor importancia son: Cuauhtémoc, en el río Altar; Comaquito, sobre el arroyo Cocóspera; El Plomo, en el arroyo del mismo nombre, e Ignacio R. Pesqueira, en el arroyo El Yeso. El uso más extendido, al menos hasta antes del Tratado de Libre Comercio en 1994, ha sido el agrícola y, en menor proporción, el doméstico, pecuario e industrial.

El río Asunción, como ya se ha dicho, recibe varios nombres de acuerdo con el mapa que se consulte. El más común es el que se ha adoptado aquí, aunque, como ya se mencionó, otros también muy usados son río Concepción y río Altar. Es a partir de la confluencia del río Seco con el cauce principal, a la altura de la población de Pitiquito, algunos segundos al oeste del meridiano 112, que comienza propiamente la parte baja de la cuenca y, con ello, nuestra región de estudio.

El misionero franciscano del siglo XVIII, fray Francisco Antonio Barbastro, nos refiere, en su *Informe*, de 1793, alguna noticia acerca de este río: “Otro arroyo se forma también cerca de Terranate, y este tomando luego el rumbo para el poniente, atraviesa toda la Pimería, bajando por los Pueblos de Cocospera, el despoblado de Imuris, la Misión de San Ignacio, su visita la Magdalena, y acercándose al presidio del Altar, recibe las aguas del arroyo que viene regando las misiones del Saric, Tubutama, Santa Teresa, Atti y Oquitoa [sic]; y prosigue por los pueblos del Pitiqui, Caborca y Bisanig, con el mismo rumbo hasta desembocar en el Mar Califónico cerca del Puerto de Tepoca, guarida común de los alevosos indios seris,...”, puerto que se encuentra “cerca de una sierra corta que tiene muchos ojos de agua”.⁸ Esta sierra no es otra que la Sierra El Álamo.

⁸ Barbastro, 1993[1793]:21-22.

Continúa diciendo: “Tiene también esta Pimería *muchos ojos de agua* abundantes, y en terreno muy propio para mantener inmensas crías de todo ganado. Como esta Provincia de la Pimería es marítima por su parte occidental, tiene unas proporciones bellísimas para recibir todo el fomento que se le quiera dar; en esta costa, que pertenece a la Pimería, se cría *muchísima sal* de excelentísima calidad en los *esteros* que forma el mar y llena en su ascendiente. En estos mismos se introduce *mucho y buen pescado*; de éste cogen alguno, de la sal se surten todas las Misiones, sin más diligencia que ir a amontonarla *a tiempo señalado*.”⁹

⁹ Barbastro, 1993[1793]:22. Cursivas mías.

Breve historia del desierto

El Desierto de Sonora, tal y como lo conocemos, comenzó a formarse al final de la última glaciación, es decir, aproximadamente once mil años antes del presente o, dicho de otra forma, durante el periodo de transición entre el Pleistoceno y el Holoceno. En un proceso lento y gradual, las condiciones de aridez y altas temperaturas fueron ocupando las regiones que antes ocupaban bosques templados. En esta transición, que duró unos cuatro mil años, muchas especies de plantas y animales emigraron, se adaptaron y/o se extinguieron¹⁰.

Dicho de otro modo, imaginemos que los últimos doce mil años corresponden a los doce meses de un año (ver recuadro). Así, a su vez, cada mes de nuestro año imaginario abarcaría mil años de historia y cada tres días corresponderían a un siglo. El inicio de la era cristiana sería equivalente, por ejemplo, con el primero de noviembre de nuestro año.

Paleoindio

Hace doce mil años, el periodo más largo de la prehistoria humana, el *Paleolítico*, se encuentra en su etapa final, el *Paleolítico superior*, correspondiente con lo que en América se conoce con el nombre de *Paleoindio*, periodo, este último, que comienza con el poblamiento del continente americano y termina con el final del último periodo glaciación conocido como *Glaciación de Würm* en Europa y en América del Norte como *Glaciación Wisconsin*, esto es aproximadamente entre 40 000 y 10 000 años antes del presente.

De esta forma, tendremos que durante el mes de *enero* de nuestro año imaginario, esto es, hace entre doce y once mil años, podríamos contemplar un paisaje boscoso, con pinos, encinos y pastizales; temperaturas entre cinco y diez grados centígrados más frescas que las actuales; especies animales hoy extintas, como mamuts, bisontes, castores, tortugas de gran tamaño, boas y caballo americano, entre otras muchas; grandes lagos y, por supuesto, los primeros seres humanos de que se tiene evidencia directa para estas regiones. Se han

¹⁰ Cf. Hernández, 2006.

encontrado diversas herramientas de piedra, especialmente puntas de lanza, asociadas con animales de esta época.

Entre los meses de *febrero* y *marzo*, aproximadamente, esto es, de once a nueve mil años antes del presente, comenzó a formarse el enorme sistema de dunas en el corazón de la región, es decir, en lo que actualmente se conoce como *Gran Desierto* en la parte noroccidental del estado de Sonora. Es posible que, durante este primer trimestre de nuestro año milenario, algunos de los últimos eventos volcánicos del Desierto del Pinacate hayan podido ser presenciados por los pobladores tempranos de la región, como los del controvertido Complejo San Dieguito o como los artífices de la industria Clovis, por ejemplo.

Para el mes de *abril*, o sea, hace entre nueve y ocho mil años, este panorama está sufriendo ya cambios evidentes. Lo que antes eran pequeñas islas de vegetación desértica, comienzan a ocupar regiones cada vez más extensas y, aquellos bosques de montaña empiezan a reducirse, a la vez que comienzan a proliferar especies más desérticas como el saguaro y la gobernadora. La temperatura comienza a subir, día con día, siglo tras siglo. Aquellos grandes mamíferos son cada vez más escasos y muchos de ellos, al menos el sesenta por ciento, para estas épocas, están prácticamente extintos. Los grupos humanos nómadas continúan desplazándose, ocupando territorios cada vez más extensos y adaptándose poco a poco a los cambios mencionados. Una economía de subsistencia basada en la caza, la pesca y la recolección se encuentra, para este momento, bien desarrollada.

Arcaico

Se conoce como periodo Arcaico, o Mesoindio, en Norteamérica, al que sigue del Paleoindio. Corre aproximadamente de los 8 500 a los 2 200 años antes del presente y se caracteriza por los inicios de la agricultura y la vida sedentaria. En el suroeste estadounidense, además, por los primeros artefactos de molienda, cestería y, hacia el final, el uso de vasijas cerámicas.

Entre los investigadores del desierto, hay consenso en que hacia el quinto milenio antes del presente, correspondiente a nuestro mes de *agosto*, la

transformación se ha completado. Como una curiosa coincidencia, podríamos decir que el desierto quedó por completo instalado durante el verano de nuestro año imaginario o lo que académicamente se conoce como *Altitermal*, periodo consistente en un cambio de las condiciones climáticas, más calurosas y con mayores precipitaciones que tuvo lugar aproximadamente entre el noveno y el quinto milenios antes del presente. Ahora es posible contemplar un paisaje de saguaros y gobernadoras, sí, pero también de mezquites, paloverdes, palofierros, órganos y demás plantas desérticas que tan familiares nos resultan hoy día.

Hace mucho ya, han desaparecido los grandes mamíferos. De muchos de ellos quedan únicamente sus huesos en proceso de fosilización. Sin duda, en aquellos tiempos, y después, la mera presencia de enormes huesos petrificados que no correspondían con ningún animal vivo conocido debió despertar la imaginación de quienes los encontraban, dando lugar a las más variadas interpretaciones y a no pocas leyendas y mitos¹¹. En cambio, varias especies de cérvidos, felinos de montaña, cánidos, como el coyote y la zorra, reptiles, aves y roedores como las ardillas y los omnipresentes *juancitos*, entre muchos más, se han adueñado, a la sazón, del noroeste sonorense.

Los grupos humanos, por su parte, han hecho lo propio. Han pasado de las enormes lanzas al uso del arco y la flecha y las hachas de piedra; comienzan ya a utilizar instrumentos de molienda para majar semillas y algunos frutos; se encuentran mejor adaptados a los ciclos anuales de la naturaleza y se desplazan estacionalmente dentro de regiones mucho más restringidas en lo que suele llamarse nomadismo estacional o semisedentarismo. Los restos de maíz más antiguos encontrados hasta el momento datan de estas épocas, lo que sugiere, ya para entonces, el inicio de cultivos, aunque rudimentarios, en las regiones desérticas.

Post Arcaico

Durante el tercer milenio antes del presente, inicia lo que se ha conocido como el periodo *Post Arcaico*, aunque se reconoce que es muy difícil de

¹¹ Cf. Mayor, 2005.

caracterizar pues la diversificación de adaptaciones culturales a partir de este momento rebasa cualquier intento de síntesis totalizadora. Son las periodizaciones locales o, a lo sumo, regionales, las que permitirán análisis culturales útiles desde una perspectiva arqueológica. En la llamada *Mesoamérica*, por ejemplo, inicia el periodo *Preclásico* o *Formativo*, de cuño mayista; en el *Southwest*, sobresale la tradición *Basketmaker* de la cultura Pueblo.

Hacia el mes de *octubre* de nuestro año imaginario, entre tres y dos mil años antes del presente, los grupos humanos del desierto sonoreense comenzaron a utilizar la cerámica. Muchos de estos grupos han adoptado ya lo que podemos llamar un *sedentarismo estacional*, es decir, que en los meses fríos o de secas viven en un lado mientras que durante los meses cálidos o de lluvias se trasladan a otro. Todavía pueden verse cuerpos de agua superficiales permanentes, como ríos, arroyos y lagunas.

Nuestro mes de *noviembre*, entre dos mil y mil años antes del presente, es el que ve surgir y desarrollarse a las culturas indígenas que ahora conocemos por medio de la arqueología: Anasazi, Mogollón, Patayán y, sobretodo, la cultura Hohokam, del sur de Arizona y la cultura Trincheras, del noroeste de Sonora, por mencionar sólo las más conocidas. La agricultura está ya plenamente asimilada, aunque la caza, la pesca y la recolección continúan formando la parte más importante de la economía de subsistencia.

Es en la primera mitad del último mes de nuestro año imaginario, cuando las culturas que surgieron el mes anterior comenzaron su etapa de decadencia. Grandes centros regionales, como *Cerro de Trincheras*, en el estado de Sonora, y *Casa Grande*, en Arizona, por ejemplo, están ya abandonados cuando el primer europeo en caminar por estas latitudes, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, toma rumbo hacia el sur después de haber cruzado a pie casi todo el continente tras su famoso naufragio en lo que actualmente es Florida. En términos de nuestro año imaginario, los primeros europeos llegaron al desierto sonoreense hacia mediados del mes de *diciembre*, esto es, hace quinientos años, y la frontera internacional con los Estados Unidos no comenzó a trazarse sino hasta el veintiséis de diciembre, es decir, hace apenas ciento cincuenta años.

Nuestro año termina exactamente el treinta y uno de diciembre del año dos mil. Estamos comenzando un nuevo año milenario, del cual apenas han transcurrido unas cuantas horas. En toda su historia, el Desierto de Sonora nunca había sido tan vapuleado, sobreexplotado, ensuciado y puesto en peligro como en los últimos cien años, los tres días finales de nuestro año imaginario.

Estructura interna del Desierto de Sonora

Como hemos visto, el *Desierto de Sonora* ocupa un área superior a la que ostenta el setenta y uno por ciento de los países del mundo¹². Con sus más de trescientos mil kilómetros cuadrados, resulta lógico pensar, en contra de los estereotipos, que la geografía de tan vasta extensión de terreno dista mucho de ser uniforme.

A mediados del siglo XX, el botánico estadounidense Forrest Shreve fue el primero en proponer una subdivisión sistemática de las características geográficas de la región. Basándose en estudios sobre la distribución florística, la diversidad climática y las diferencias topográficas, principalmente, este investigador logró reconocer siete áreas distintas dentro del desierto sonorense a la vez que definía los límites del mismo¹³.

Cada una de dichas áreas tiene características propias y distintivas, aunque todas ellas comparten rasgos esenciales que las asemejan y que permiten englobarlas dentro del mismo ecosistema. Las siete subdivisiones propuestas por Shreve son: *Valle del Bajo Río Colorado*, *Tierras Altas de Arizona*, *Llanos de Sonora*, *Costas Centrales del Golfo de California*, *Vizcaíno*, *Magdalena* y *Pies de Monte de Sonora*.

El *Valle del Bajo Río Colorado* no sólo es la mayor de dichas áreas sino que es la región más árida y calurosa de Norteamérica y el lugar donde se han registrado algunas de las temperaturas más altas del planeta, alcanzando, en ocasiones, los cincuenta y siete grados centígrados a la sombra. No es raro, pues, que aquí se encuentre el mar de dunas más extenso de América. El principal rasgo geográfico de esta primera subdivisión es, como su nombre lo indica, la parte baja de la cuenca del río Colorado y se ubica en el norte y noroeste del *Desierto de Sonora*. Aquí se encuentra también el *Desierto del Pinacate*. Como veremos más adelante, es en esta área donde se ubica principalmente nuestra zona de estudio. Las culturas arqueológicas que se desarrollaron específicamente

¹² Cf. **CIA World Factbook 2008**

¹³ Cf. Shreve y Wiggins, 1964.

en esta área son Patayán, Hohokam y Trincheras, aunque estas dos últimas también ocuparon la siguiente.

La segunda subdivisión, *Tierras Altas de Arizona*, se ubica en el noreste del desierto sonorense, siendo la parte con mayor altitud del mismo. Por lo general, el clima es más fresco aquí que en el resto del desierto y en invierno las heladas son más severas. Incluye el *Sahuaró National Park*, al oeste de Tucson, Arizona. Constituye el límite norte de nuestra área de estudio.

Llanos de Sonora, la tercera subdivisión, comprende los alrededores de la ciudad de Hermosillo, capital del estado de Sonora. Tiene mayores precipitaciones que las dos anteriores, por lo cual puede encontrarse una vegetación más densa y una menor frecuencia de heladas en invierno. Constituye el límite sur de nuestra área de estudio.

La cuarta subdivisión, *Costas Centrales del Golfo de California*, abarca dos franjas costeras a ambos lados del Mar de Cortés, incluyendo las islas intermedias, como Tiburón y San Esteban. No obstante estar junto al mar, esta región es muy árida y alberga poca vegetación. Históricamente, éste ha sido el territorio ocupado por los grupos indígenas Seris desde antes de la llegada de los europeos al continente. Es el límite suroeste de nuestra área de estudio.

En quinto lugar, *Vizcaíno*, es la subdivisión del desierto que comprende la parte central de la península de Baja California. Aunque es una región muy árida, con una predominancia de lluvias en invierno, los vientos húmedos procedentes del Océano Pacífico atenúan un poco esta condición. Mundialmente conocidas son las pinturas rupestres que se encuentran en ésta región de la península.

Magdalena, la sexta de las subdivisiones, se ubica debajo de la anterior, ocupando buena parte de Baja California Sur. Se diferencia de *Vizcaíno* en que las lluvias caen principalmente durante el verano, lo que contribuye a que la fauna y la flora sean un tanto diferentes.

Por último, la séptima de las subdivisiones del desierto propuestas por Shreve, en 1964, *Pies de Monte de Sonora*, se ubica al este de las ciudades de Hermosillo y Guaymas en el estado de Sonora. Aquí la vegetación es más alta y densa que en todas las demás subdivisiones dado que se trata de una zona de

transición entre el matorral desértico y el bosque tropical caducifolio. Por esta razón, algunos investigadores optan por no considerarla parte del *Desierto de Sonora*. Propiamente dicho, es aquí donde termina la región tropical mexicana y comienza el desierto sonorense.

La clasificación presentada no hace sino resaltar el hecho de que, más allá de nacionalidades y fronteras, el *Desierto de Sonora* es una región heterogénea que alberga una biodiversidad notable. Como vimos anteriormente, más del cincuenta por ciento de las especies del desierto sonorense, tanto de plantas como de animales, son endémicas, es decir, no existen en ningún otro lugar del planeta.

Curiosamente, la clasificación de Shreve ha pasado desapercibida para los estudios arqueológicos en el desierto sonorense en los que prima la visión de una geografía más o menos uniforme, distorsión provocada, tal vez, por la supuesta uniformidad de los restos arqueológicos. De nuevo, cerámica y arquitectura eclipsan cualquier otro rasgo que pudiera enriquecer el conocimiento de la adaptación de diversos grupos humanos a regiones sutilmente distintas de un ecosistema pretendidamente homogéneo. En el desierto, son estas sutiles diferencias las que influyen en, si no es que determinan, la permanencia de un grupo en una cierta región, ya que los recursos, aunque suficientes, no son abundantes ni perenes.

Generalmente, y casi por tradición, los arqueólogos han parcelado su universo de estudio por medio de áreas, regiones, culturas, etc., definiéndolas con base en una serie de rasgos materiales que las caracterizan. Estos rasgos, suelen ser elementos materiales altamente visibles que se encuentran en los sitios arqueológicos, principalmente cerámica y arquitectura; en otros casos, aunque no es muy común, pueden incluirse patrones funerarios. Cuando no está presente ninguno de los elementos anteriores, se recurre a la lítica o a las expresiones gráficas, como las manifestaciones rupestres, pero esto suele ocurrir casi exclusivamente en estudios de prehistoria o de sociedades consideradas precerámicas.

En todos los casos mencionados, el arqueólogo, por no aludir a esa confusa entidad llamada arqueología, cae en un supuesto tan evidente como inadvertido: asume que los rasgos *distintivos* mediante los cuales caracteriza su objeto de estudio son *esenciales* al mismo y, por ello, prácticamente *constitutivos* del área-cultura-región cuyo estudio pretende acometer. Para decirlo en términos del materialismo dialéctico, confunde forma y contenido con fenómeno y esencia, es decir, reduce la fenomenología a la forma y la esencia al contenido. De aquí, que le parezca de lo más natural proponer relaciones entre las culturas arqueológicas prescindiendo por completo de los grupos humanos de los que estas derivan, como si no hubiesen sido estos últimos los que verdaderamente sostuvieron las relaciones de las que el desplazamiento de los objetos no fue sino una de sus múltiples consecuencias.

Esta falacia puede evidenciarse fácilmente al elegir elementos diagnósticos distintos a los tradicionales. Por ejemplo, si optamos por caracterizar las culturas arqueológicas en términos de sus componentes malacológicos, óseos o palinológicos, obtendríamos una geografía del pasado considerablemente distinta, a tal punto que las “relaciones” entre dichas culturas podrían resultar considerablemente diferentes. La razón es simple: *estamos considerando relaciones entre elementos distintivos y no entre rasgos esenciales*. Además, los elementos que tradicionalmente toma en cuenta la arqueología, derivan de la relación entre la sociedad y sus objetos propia de la cosmovisión occidental del

mundo, específicamente de la europea occidental de los siglos XIX y XX. Una enciclopedia completa sobre los elementos cerámicos de una determinada región no *explica* necesariamente ni su uso, ni su distribución, mucho menos su relación con otras regiones, entendiéndose, claro está, que las culturas arqueológicas no representan *de facto* a grupos humanos particulares.

Así, el mero hecho de considerar *diagnósticos* a elementos como la cerámica o la arquitectura sesga de origen la imagen que podamos formarnos sobre una cultura ya desaparecida. La omnipresencia de la cerámica no le confiere a ésta necesariamente facultades explicativas; la monumentalidad de la arquitectura, tampoco.

De esta forma, marginar a los grupos humanos de determinada región de las relaciones que presumiblemente ocurrieron en la misma, solo porque no presentan determinados rasgos materiales, resulta por lo menos discutible.

Antecedentes¹⁴

En general, aunque el noroeste del estado de Sonora es el que ha sido objeto del mayor porcentaje de los proyectos arqueológicos realizados en la entidad (Cf. Villalobos, 2004), la región acotada líneas arriba para llevar a cabo la investigación que aquí se propone es de las que menor atención han recibido por parte de los investigadores. Los escasos datos que sobre ella se tienen provienen, en su mayoría, de visitas tangenciales por parte de investigadores cuyos proyectos, en realidad, estuvieron enfocados a otras regiones cercanas, aunque inmersas también en la problemática que existe en torno a la cultura Trincheras. Solo un número muy reducido de investigaciones ha tenido como interés principal la parte occidental del municipio de Caborca.

La investigación antropológica en el septentrión sonorense inicia, prácticamente, en las postrimerías del siglo XIX con las visitas de pioneros tales como Adolph F. Bandelier, Carl Lumholtz y William J. McGee. El primero de ellos, aunque no llegó a recorrer la parte baja del río Asunción, sí visitó la parte alta y media del mismo, esto es, la región ubicada al sur de Nogales, como parte de sus investigaciones etnográficas y arqueológicas del suroeste norteamericano, por lo que tanto su *Final Report of Investigations among the Indians of the Southwestern United States Carried on mainly in the Years from 1880 to 1885* como sus *Journals*, especialmente los correspondientes a 1884, aportan datos de gran importancia para la discusión de la problemática arqueológica en la que nuestra región de estudio se encuentra inmersa.

Posteriormente, el conocido explorador Carl Lumholtz, a quien Bandelier calificara como “un noruego que jamás había puesto un pié en América, que no entendía ni media palabra de español, que jamás había hojeado ni una sola obra tocante a la historia de México y que era incapaz de distinguir un manuscrito del siglo XVI de una piedra de Chalchihuite”¹⁵, recorre la región nororiental del estado como parte de sus primeras visitas al *México Desconocido*, como titulara su obra más famosa, entre 1890 y 1898. Posteriormente, en la primera década del siglo

¹⁴ La información de este apartado se ha apoyado, además de en los autores citados, en la siguiente bibliografía: Álvarez *et al* (1988), Braniff (1982), Braniff y Quijada (1978), Johnson (1966) y Villalobos (2004)

¹⁵ Bernal, 1960:315.

XX, Lumholtz realiza sus *New Trails in México* durante los cuales visita, a lo largo de un año, lo que desde el siglo XVIII, Francisco Eusebio Kino de por medio, se ha dado en llamar “la papaguería” o “pimería alta”, con lo que realiza un valioso aporte sobre la situación de la región hace exactamente cien años.

Todavía a finales del siglo XIX, y mientras Lumholtz realizaba sus primeros viajes en el noroeste mexicano, el antropólogo William J. McGee realiza un estudio sobre los grupos seris de la costa sonorenses. El recorrido necesario para llegar a ellos incluía una travesía por el noroeste del estado, así que las observaciones que dicho investigador dejó plasmadas en sus obras y diarios revisten, también, suma importancia al momento de caracterizar la etnología y arqueología de la región.

Ya entrado el pasado siglo, y terminado el caos revolucionario, los geógrafos Carl Sauer y Donald Brand llevan a cabo una investigación arqueológica con el fin de rebatir algunas hipótesis del antropogeógrafo estadounidense Ellsworth Huntington sobre determinismo ambiental referentes a los sitios conocidos como “cerros de trincheras” que se encuentran en el noroeste de Sonora. Durante su investigación caracterizaron la *Cultura Trincheras* por medio de los tipos cerámicos *Púrpura sobre Rojo* y *Púrpura sobre Café* además, por supuesto, de los mencionados cerros terracados. Durante sus recorridos reportaron vestigios arqueológicos en el rancho “El Vado” (Son:E:7:3) en la cuenca del bajo Asunción. (Sauer y Brand, 1931)

Es necesario mencionar que los arqueólogos se apresuraron a desechar las tesis de Huntington con la velocidad con la que los científicos sociales se desembarazan de todo lo que huele a determinismo ambiental; sin embargo, cuando uno anda en el desierto es fácil pensar que Huntington no andaba tan errado. En todo caso, en lo personal, me parece que algunas hipótesis recientes podrían tildarse de neodeterministas o, en el mejor de los casos, semideterministas. Huntington merece una relectura a la luz de los datos actuales.

Más adelante, hacia el final de los años treinta, Gordon Ekholm, como parte de su *American Museum of Natural History's Sinaloa-Sonora Archaeological Project*, aunque orientado éste hacia el sur de Sonora y el norte de Sinaloa,

reporta, entre otros, un par de sitios al oeste de la ciudad de Caborca (Son E:7:4 y Son E:7:5), en la cercanía de lo que se conoce todavía hoy como “El Bísani”. (Ekholm, 1937-1938)

Casi dos décadas después, Thomas Hinton de la *Amerind Foundation Inc.* lleva a cabo el proyecto *Survey of Archaeological Sites in the Altar Valley, Sonora*, aunque no se limita al Valle de Altar y reporta algunos sitios al oeste de dicho valle, en la parte baja de la cuenca del río Asunción (Son E:6:1, Son E:7:1, Son E:8:1, Son E:8:2, Son E:8:3, Son E:8:5a, b y c, Son E:8:6 y Son E:8:7) (Hinton, 1955)

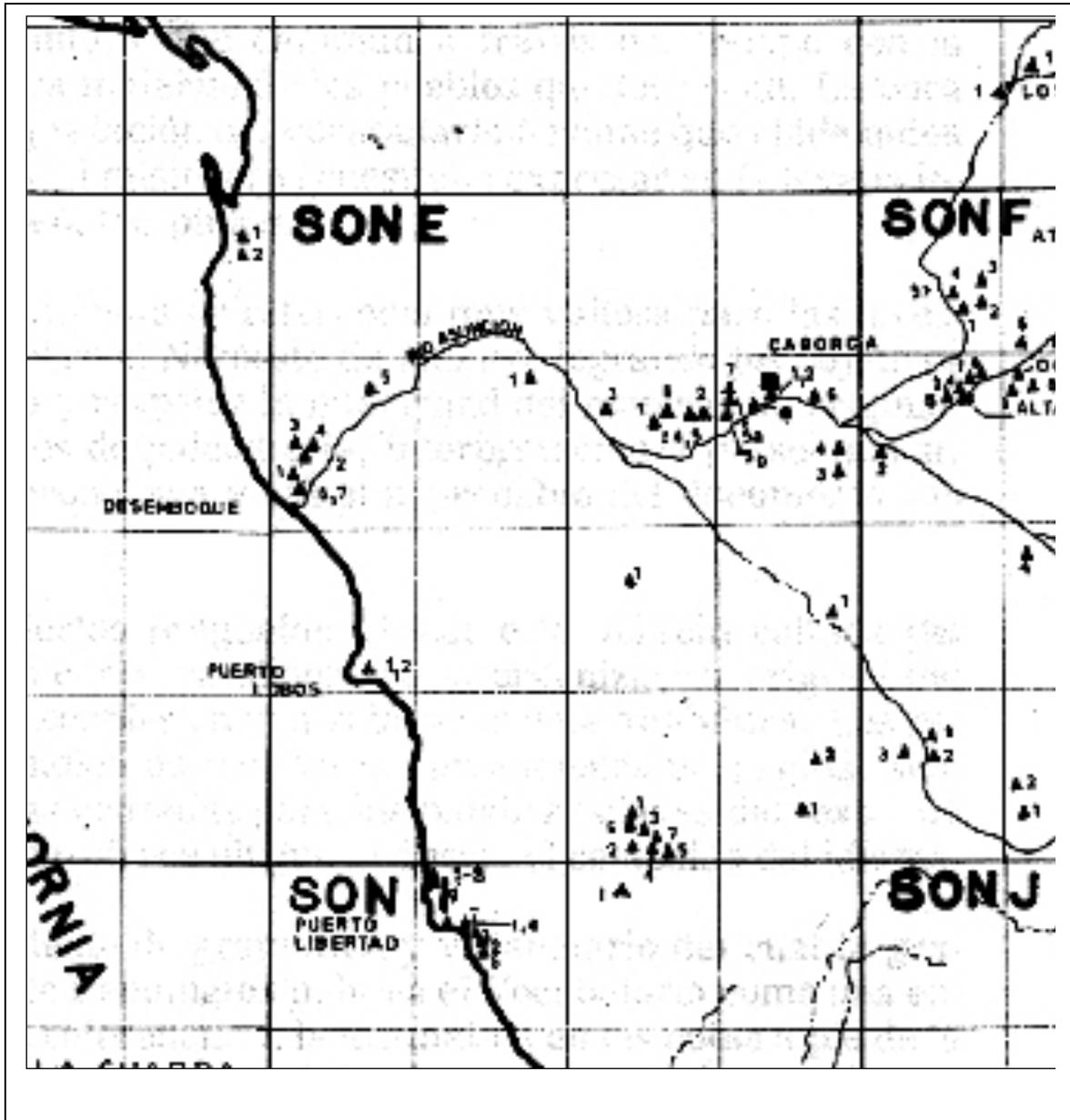
En la década siguiente, William Wasley, del *Arizona State Museum*, dirige el proyecto *The Arizona State Museum Sonora-Sinaloa Project* con la finalidad de encontrar evidencias de migraciones Hohokam al sur de la frontera internacional. Dentro de los sitios que reporta se encuentran algunos en nuestra región de estudio (Son D:4:1, Son D:4:2, Son E:5:1,2,3,4,5,6 y 7; Son E:7:1 y 2; Son E:8:1,2,3,4 y 5a; Son E:9:1 y 2; Son E:11:1)(Wasley, 1966-1967)

Ya en la década de los setenta, Thomas Bowen, durante un recorrido que pretendía reevaluar lo conocido entonces sobre la cultura Trincheras, visita algunos sitios en la región que nos atañe. Aunque la mayoría son sitios que habían sido reportados, anteriormente, por otros investigadores, especialmente Wasley, es interesante confrontar los distintos puntos de vista ya que, en ocasiones, no son del todo coincidentes. (Bowen, 1972)

En los ochenta, Beatriz Braniff, como parte de su tesis doctoral, realiza excavaciones en el sitio “La Proveedora” (Braniff, 1992). Al mismo tiempo, Dominique Ballereau, del Observatorio de París, lleva a cabo una serie de visitas a diversos puntos de la región, en especial al sitio Son E:8:5, mismo que excavara Braniff, con el objeto de realizar un estudio sobre las numerosas manifestaciones gráficas rupestres que allí se encuentran. Ballereau reporta algunos sitios de los que no se tenía noticia, como algunos en la sierra El Álamo o en el Cordón de Lista Blanca entre otros, con lo que contribuye a incrementar no solo el catálogo de sitios sino el conocimiento de un tipo de vestigios poco estudiado en nuestro país (Ballereau, s/f, 1988, 1989)

Finalmente, en el año 2003, como parte del proyecto interdisciplinario *Antropología del Desierto* del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, el Arqueólogo César Villalobos coordina el *Proyecto Arqueológico de Manifestaciones Rupestres en La Proveedora, Sonora*, durante el cual se realiza un recorrido exhaustivo del sitio con el fin de ubicar e inventariar los miles de petrograbados, las terrazas y otras estructuras que se encuentran en el lugar (Villalobos, 2002 y 2003) Este último proyecto y el que aquí se propone son, de alguna manera, complementarios.

La región propuesta para el recorrido queda inmersa dentro de la problemática arqueológica referente a la Cultura Trincheras; sin embargo, se han mencionado aquí únicamente aquellas investigaciones que se han llevado a cabo estrictamente en la región de interés de este proyecto. Otros estudios enfocados a la problemática de la Cultura Trincheras en el noroeste de Sonora, demasiado numerosos para ser discutidos en este espacio (i. e. Villalpando 1992, 1999; McGuire 1987; McGuire y Villalpando 1997; Bowen 1976; Braniff 1982, 1985; Hayden, 1976; Hinton 1955; Johnson 1960, 1963, 1966; Wasley 1966, entre muchos más), resultarán esenciales, en especial McGuire y Villalpando (1993, 1995), Villalpando y McGuire, 2009 y Fish y Fish (1997, 1999 y 2003), para entender los procesos que tuvieron lugar en la cuenca del bajo Asunción ya que, como se mencionó antes, nuestra región de estudio no se encuentra aislada con respecto al resto del Desierto de Sonora, sino íntimamente ligada a la larga historia que se ha desarrollado en él, especialmente a aquella que tiene relación con las partes alta y media del río Asunción así como con sus tributarios.



Región de la cuenca del bajo río Asunción. La cuadrícula corresponde a la nomenclatura adoptada por el Centro INAH Sonora en correspondencia con la metodología empleada en *Arizona State Museum* para la nomenclatura de sitios arqueológicos (Cf. Braniff, 1978 y 1982)

Contexto teórico general de investigación

La arqueología del norte de México ha estado relacionada, desde sus inicios, con las posibles rutas de comercio e intercambio que, se asegura, existieron entre las culturas del suroeste estadounidense, conocido arqueológicamente como *Southwest*, y aquellas otras originarias del área cultural conocida como Mesoamérica.

La discusión en torno a este problema se ha centrado en tres aspectos principales: 1.- que existieron relaciones de comercio directas y de largo alcance entre Mesoamérica y el *Southwest* (Teoría Mundial de Sistemas); 2.- que existieron relaciones de intercambio locales y regionales que, “eslabonadas”, permitieron un amplio desplazamiento de diversos productos entre ambas áreas culturales (*Peer Polity Interaction*), y 3.- que las dos propuestas anteriores son plausibles, solo que asociadas con diferentes grupos, épocas y espacios.

Parece no haber gran desacuerdo en torno a la existencia de tales rutas de intercambio; sin embargo, la diversidad de opiniones se multiplica cuando se trata de ubicar dichas rutas y de reconocer su direccionalidad y sus esferas de influencia. Y es que, desafortunadamente, la mayor parte del área por la que dichas rutas tuvieron que haber cruzado se encuentra inexplorada: el norte de México ha sufrido los efectos de la polarización de los estudios arqueológicos mexicanos y estadounidenses. La tradición arqueológica mexicana se ha centrado en los aspectos mesoamericanos de su pasado prehispánico mientras que, en los Estados Unidos, las investigaciones arqueológicas se han enfocado, principalmente, en los vestigios ubicados al norte de la actual frontera internacional. Queda así una especie de vacío cultural entre dicha frontera internacional y la llamada frontera septentrional mesoamericana, ubicada a la altura del Trópico de Cáncer, espacio que corresponde a la mitad norteña del territorio mexicano.

No obstante la falta de investigación, parece sensato proponer que las dos rutas comerciales más importantes entre Mesoamérica y el *Southwest*, corrían más o menos paralelamente a las estribaciones oriental y occidental de la Sierra Madre Occidental, el mayor rasgo fisiográfico de la república mexicana, ya que

ésta se extiende desde el occidente-sur del territorio mexicano hasta, prácticamente, la frontera internacional con los Estados Unidos. Y parece haber cierta tendencia, en términos generales, entre quienes postulan las rutas directas de largo alcance, en proponer la vertiente oriental de la serranía como la más plausible (Mesoamérica-La Quemada-Casas Grandes-*Southwest*); mientras que, los que proponen el encadenamiento de rutas de corto alcance o regionales, se inclinan más por la vertiente occidental (Mesoamérica-Occidente-Noroeste-*Southwest*)

Claro está, que hay un tercer grupo de investigadores que postula que las relaciones comerciales o de intercambio entre Mesoamérica y el *Southwest* utilizaron interconexiones perpendiculares entre ambas vertientes en distintos periodos, como, por ejemplo, las relaciones propuestas entre las culturas Chalchihuites y Aztatlán, en el centro y occidente de México, respectivamente, o aquellas otras entre Casas Grandes y la Cultura Trincheras en el norte y noroeste del país, respectivamente. Sin embargo, muchas otras culturas arqueológicas, como las llamadas “Huatabampo”, “Río Sonora” y “Loma San Gabriel”, por mencionar solo algunas, quedan como cabos sueltos en esta enorme red de relaciones culturales dada la falta de investigación arqueológica en muchas de sus áreas aledañas.

Además, el estudio de muchos aspectos que, tradicionalmente, han sido subestimados, como el papel que lo grupos costeros de Sonora y Sinaloa tuvieron en las redes de intercambio o la importancia del uso / función del paisaje como motor de movimientos sociales, podrían aportar nuevos enfoques que permitan reconsiderar algunas de las hipótesis en boga, sobre todo las relacionadas con la cronología y las fronteras espaciales que se dibujan en los mapas arqueológicos.

Desafortunadamente, la enorme extensión de territorio sin explorar en el norte mexicano deviene en una gran cantidad de espacios en blanco en los mapas que pretenden reconstruir el pasado prehispánico de la América del Norte y en numerosos hiatos de información en cuanto a cronología, movilidad y relaciones culturales de los grupos humanos que hicieron posible las relaciones de intercambio entre las culturas mesoamericanas y aquellas otras del suroeste

estadounidense. Por tal motivo, la exploración y el estudio de dichos “espacios en blanco” brindaría a los investigadores información de gran relevancia para dilucidar los problemas que las rutas de comercio e intercambio plantean.

En particular, la problemática relacionada con este proyecto requiere de un enfoque regional para examinar las relaciones de producción locales, especialmente de productos marinos del Golfo de California, y su posible inserción en una esfera de interacción más amplia. Para esto, consideramos que un recorrido extensivo y sistemático nos permitiría tener una visión de conjunto que podríamos contrastar con otros estudios de carácter regional que han sido realizados tanto en Sonora, México, como en Arizona, Estados Unidos.

Lo poco que se conoce acerca de la Cultura Trincheras indica un desarrollo prehispánico relativamente complejo, con cambios importantes en las adaptaciones y en la organización social, un avanzado desarrollo en los contactos interregionales y una continuidad en la ocupación de la región hasta tiempos históricos.

Es bien sabido que las conchas marinas fueron uno de los artículos de intercambio más importantes a lo largo de la ocupación prehispánica del SW/NO. En general, se considera a las culturas Hohokam, Casas Grandes y Trincheras como los proveedores más importantes de conchas (Brand, 1938; Di Peso, 1974; Tower, 1945; Woodward, 1936) La propuesta de Bowen (sin fecha) de que la Cultura Trincheras intensificó su participación en el comercio de concha alrededor del año 1100 d. C., tiene amplias implicaciones para nuestra comprensión de lo ocurrido en otras regiones aledañas, especialmente la Hohokam. Como veremos más adelante, la presencia del sitio El Tren, al suroeste de Caborca, parece confirmar esta hipótesis. La Cultura (¿región?) Trincheras participó, sin duda alguna, como núcleo de las redes de intercambio a gran escala que unieron el Noroeste de México y el Suroeste de los Estados Unidos.

La parte baja de la cuenca del río Asunción nos parece el espacio indicado para acometer la investigación propuesta ya que, al igual que el Valle de Altar y la parte media de la cuenca del río Asunción, en torno al Cerro de Trincheras, la

cantidad y variedad de los sitios arqueológicos e históricos no deja lugar a dudas sobre su importancia; además, desde sus inicios, la investigación arqueológica ha identificado a esta región, junto con las dos mencionadas arriba, como una de las vías más importantes que unían a las culturas Hohokam y Trincheras con el Golfo de California.

Desde hace un par de décadas, se ha venido discutiendo sobre la conveniencia de tratar a las regiones arqueológicas como sistemas independientes y/o autosuficientes. Se ha observado que debido a que las sociedades en época prehispánica interactuaron con las de otras regiones en aspectos tales como el consumo y la producción mediante sistemas de intercambio, se debe considerar entonces un sistema mayor de relaciones para poder dar cuenta de su desarrollo. Estas observaciones han conducido a que muchos investigadores decidan emplear ciertos aspectos de la Teoría Mundial de Sistemas de Wallerstein en el estudio de las sociedades prehispánicas. Por otro lado, algunos investigadores ingleses han utilizado el concepto de *prestige goods economy*. Sin embargo, estas propuestas le restan importancia a la región como unidad independiente y tienden a buscar explicaciones en las relaciones interregionales.

En el Suroeste de Estados Unidos, varios investigadores con tendencias teóricas diversas han defendido la Teoría Mundial de Sistemas. Pero la aceptación de esta teoría ha variado desde su uso como elemento heurístico hasta su aplicación directa a la prehistoria de dicha área cultural. Incluso, algunos otros investigadores que no defienden esta teoría han propuesto diversas interpretaciones que contemplan el Suroeste norteamericano como una unidad (Cordell, 1997; McGuire, 1989), o cuestionan la separación que a veces se propone entre el Suroeste y Mesoamérica (Mathien y McGuire, 1986)

Por otro lado, algunos arqueólogos europeos han propuesto la noción de *peer polity interaction* como una alternativa al enfoque del Sistema Mundial (Renfrew, 1986) Este modelo pone énfasis en una escala intermedia de análisis entre lo local y lo interregional, es decir en las interacciones dentro de una región,

y asume que éstas son de mayor importancia para el cambio cultural que los lazos externos de la propia región.

Sin embargo, enmarcar nuestro propio estudio en términos de escoger entre uno cualquiera de ambos enfoques no nos parece lo más pertinente. No son, en realidad, teorías diametralmente opuestas sino que sus argumentos solo enfatizan el análisis a diferentes escalas. El marco teórico que se propone para esta investigación es uno basado en un enfoque de múltiples escalas que pretende encontrar una respuesta a cómo ciertas relaciones e interacciones a diferentes escalas, en casos específicos, pueden crear los patrones y los cambios que observamos en el registro arqueológico (Villalpando y McGuire, 2009) Si cambiamos la escala de nuestro análisis, podremos enmarcar un conjunto diferente de relaciones y el patrón de esas relaciones será diferente en otra escala. En este sentido, consideramos que los grupos sociales viven y actúan en un mundo de escalas variables y su posición frente a otros cambia al cambiar su escala de referencias. Nuestra elección de la escala, por lo tanto, puntualiza un área de estudio que nos permite visualizar un conjunto particular de relaciones sociales, aunque nos dificulta el acceso a conjuntos de relaciones en otras escalas. Tenemos así, que unos modelos teóricos son más informativos en una escala mientras que otros lo son en otras, por lo que la elección de los modelos depende en parte de la escala de nuestro análisis.

Un punto clave para nuestro enfoque es la naturaleza de las interpretaciones sobre la interacción entre el Suroeste norteamericano y Mesoamérica (Frisbie, 1983; Villalobos, 2004) En un extremo, algunos investigadores han sostenido que el Suroeste, Noroeste de México incluido (SW/NO), fue simplemente la zona límite septentrional de Mesoamérica y que los acontecimientos mesoamericanos, como la incursión de comerciantes provenientes de esta última (los llamados *Pochtecas*), determinaron en gran parte su desarrollo (Di Peso, 1974) En el otro extremo, se ha tratado el área norteamericana como única, aunque reconociendo que muchas de sus características, como la agricultura y la cerámica, se originaron en el área meridional mexicana, pero fuera de estos orígenes restan importancia a las

conexiones con Mesoamérica (McGuire, 1980) Formulaciones más recientes, llegan a proponer una polarización más temprana con argumentos que tienden a centrarse en la naturaleza de las interacciones y el grado de impacto que éstas tuvieron en la época prehispánica (McGuire, 1986; Withwotten y Pailles, 1986) Sin embargo, permanece todavía cierto desacuerdo ya que algunos continúan argumentando que los eventos y procesos del SW/NO fueron determinados por eventos y procesos originados en Mesoamérica (Weigand, 1988; Braniff, 2001), mientras que otros se inclinan más por la valoración de los procesos regionales locales (Villalpando, 1992, 1995, 1996, 1999; McGuire y Villalpando, 1989, 1991, 1994, 1997)

El mayor obstáculo empírico para la resolución de estos debates es y ha sido la escasez de información sobre los eventos prehispánicos en los estados de Sonora y Chihuahua ya que muchos de los productos “exóticos” que se desplazaron a través del área interior del SW/NO se originaron en el norte de México, como, por ejemplo, los cascabeles de cobre y las plumas de guacamaya en Casas Grandes (Di Peso, 1974), y las conchas marinas que fluyeron a lo largo del área de la Cultura Trincheras (Bowen, 1972, 1976), Casas Grandes (Di Peso, 1974 y Río Sonora (Pailles, 1978) Parece existir también una fuerte evidencia de que hubo individuos que, al norte de la frontera actual, viajaron de forma regular dentro del SW norteamericano y el Golfo de California (Hayden, 1972) Necesitamos, sin embargo, un mayor conocimiento de estas regiones septentrionales para lograr reconstrucciones arqueológicas que nos permita tener una visión de conjunto y entender el desarrollo específico de las culturas del SW/NO.

Tanto un enfoque basado en la Teoría de Sistemas Mundiales como en el modelo de *peer polity interaction* nos lleva a buscar relaciones interregionales y no solo a enfocarnos en la ecología cultural de un valle o cuenca fluvial específicos. No podemos, sin embargo, asumir *a priori* la existencia e importancia de estas conexiones ni la escala en la que operan. Más bien, debemos responder qué tan independientes y que tan interdependientes fueron las sociedades del SW/NO y qué tan extenso fue el conjunto mayor de relaciones en el que participaron. La

desventaja de los dos enfoques teóricos descritos radica en ver solo las relaciones de escala mayor como separadas de las ecologías culturales de cuencas y valles específicos. Por todo lo anterior, consideramos que un enfoque teórico de múltiples escalas nos permitirá abordar diferentes aspectos de las sociedades prehispánicas de estas latitudes y examinarlas como un producto complejo de la intersección de diferentes escalas y procesos.

Un enfoque adicional: el paisaje cultural marítimo

“Esos hombres silenciosos que siempre están en los muelles nos preguntaban adónde íbamos, y cuando decíamos <<Al Golfo de California>>, sus ojos brillaban de deseo, porque hubieran querido ir también.”

John Steinbeck, *Por el Mar de Cortés*, 1952

Como ya expusimos antes, el Desierto de Sonora es el único desierto americano que alberga un mar interior, el más pequeño del planeta, el Golfo de California, *Ja' Tay Eñoom* (mar del oriente, en Kiliwa) o *Xepe* (mar, en Seri), el único mar que pertenece a un solo país: a México, y es uno de los cinco ecosistemas marinos con mayor productividad y biodiversidad en el mundo. Sin embargo, la impactante presencia de este enorme cuerpo de agua ha sido inexplicablemente ignorada por los arqueólogos especialistas en las culturas del desierto, aún cuando las actividades marítimas de los grupos locales han sido documentadas a través de los contextos arqueológicos, las fuentes etnohistóricas y las etnografías durante, por lo menos, los últimos trescientos años.

Una de las razones por la que esto ha sido así, más allá del mero antagonismo superficial entre desierto y agua, es el desarrollo propio de la arqueología en general y el de la arqueología específicamente en México y en el *Southwest* estadounidense. La frontera internacional entre México y Estados Unidos ha limitado, incluso en la actualidad, el alcance de muchos proyectos norteamericanos, razón por la cual, las caracterizaciones de las culturas del suroeste norteamericano, entre las que se cuentan las del norte mexicano, han surgido de estudios realizados en estados como Arizona, Nuevo México, Colorado, Utah y Nevada, ninguno de los cuales tiene contacto directo con el mar, por lo tanto la presencia de elementos marinos en sus culturas arqueológicas ha sido limitada y de carácter distante y periférico.

Por otro lado, la arqueología mexicana, centrada en el nacionalismo, ha favorecido las interpretaciones que ensalzan a las culturas del Altiplano Central, donde las condiciones son similares a las que hemos mencionado para el

Southwest. Siendo los arqueólogos formados, por lo general, en escuelas oficialistas, resulta difícil que puedan acceder a, o interesarse por, contextos que ni siquiera figuran en la agenda institucional.

Pero quizá otro factor, y no el menos importante, es que los arqueólogos, por lo general, no provienen de lugares ligados a la vida marina, por lo que no han sabido aquilatar la importancia o el carácter de este tipo de actividades y/o el que los sitios costeros no sean precisamente monumentales.

Pero el mar está dentro del desierto: así lo testimonian las decenas de miles de conchas y caracoles que se encuentran en los sitios arqueológicos, los corales y las toneladas de sal que fluían por las redes de intercambio; los peces secos que nadaban, en esas mismas redes, de una población a otra; los dibujos en las piedras representando especies marinas... ¿Por qué no iba a estar también en la cosmovisión de los habitantes de la región?

Y sin embargo, seguimos considerando al mar como algo periférico, liminal, algo que termina en la playa, que se queda detrás de sus olas, una especie de despensa acuosa sin ningún impacto en el pensamiento de los que interactuaban con él, o con “ella” dirían los pescadores y marinos para quienes “la mar” es una entidad femenina.

Dada la indiscutible importancia que el mar y sus recursos han tenido para las culturas del desierto sonorense, la incorporación de un enfoque como el de la arqueología marítima resultaría de gran utilidad por varias razones.

En primer lugar, porque permitiría reconsiderar el papel que han desempeñado los grupos costeros e isleños en los procesos económicos, sociales y culturales que han tenido lugar en ambos lados del Golfo de California. De grupos marginales, como se les ha considerado tradicionalmente, pasarían a ser dimensionados en su propio contexto, lo que permitiría comprender mejor su organización interna y el carácter de sus relaciones con otros grupos de la región.

En segundo lugar, obligaría a reevaluar el material arqueológico proveniente de la costa que se ha encontrado en sitios arqueológicos de tierra

adentro como los de las culturas Trincheras, Hohokam, Casas Grandes, Mimbres, etc. *El simple hecho de que cambie la naturaleza de los actores obligaría a replantear las características de las relaciones entre estos.*

Por otro lado, una arqueología del paisaje del desierto sonorense que no tome en cuenta la presencia del Mar de Cortés se quedaría inevitablemente corta en sus interpretaciones dado que desde buena parte de los cerros del desierto, especialmente desde algunos puntos estratégicamente ubicados, el mar es más que visible, es *patente*, y muy posiblemente serviría como referencia constante.

Además, respaldaría el estudio de los medios de transporte tanto marinos como riparios. Lamentablemente, el estudio de este tipo de evidencias ha sido prácticamente nulo, lo cual no es sino un reflejo del poco interés que suscitan estos contextos, por no decir este enfoque, en los arqueólogos tradicionales a pesar de que las fuentes etnohistóricas son explícitas en cuanto a dichas prácticas se refiere.

Por último, la aplicación de la arqueología marítima permitiría situar dentro de un contexto teórico y jurídico distinto los sitios arqueológicos costeros, especialmente los relacionados con manglares y aquellos llamados *concheros* que, precisamente por no considerarse importantes carecen de protección y son presa fácil de las compañías constructoras y del saqueo indiscriminado.

De particular interés para todos los aspectos mencionados, sería la aplicación del concepto de *Maritorio* y del de *Paisaje cultural marítimo*, dado que, en este caso, el mar se encuentra circundado por tierra y los grupos que vivían en sus orillas no sólo subsistían del mismo sino que, además, navegaban entre sus islas e interactuaban entre sí, razón por la cual debió haber ocupado un importante papel en sus cosmovisiones.

Considerar, por ejemplo, la Costa Central de Sonora, lugar tradicional de los grupos seris, como un inmenso maritorio, islas incluidas, limitado al este y al oeste por un largo y delgado borde terrestre cambia sin duda la perspectiva con la que abordaríamos el estudio de la cultura Comca'ac.

Por otro lado, para los habitantes de la península de Baja California, cuya superficie es menor que la del mar que tiene al oriente y muchísimo más que la del

que tiene al occidente, superficies acuosas ambas que se divisan desde casi cualquier elevación de la serranía peninsular, para estos habitantes como Kiliwas, Cochimíes, Pericúes, etc., el mar ha sido una entidad omnipresente, pero el enfoque arqueológico con el que se les ha estudiado no difiere mucho del que se aplica para regiones continentales que no tienen contacto con el mar.

De igual forma, al proponerse la costa del Pacífico como una de las rutas más probables de poblamiento americano y habiéndose encontrado pruebas de la presencia humana en el desierto desde, por lo menos, el periodo Paleoindio, por no hablar de los paleolagos del Cuaternario, el estudio de esta ruta costera desde el enfoque marítimo enriquecería notablemente los estudios de la prehistoria americana.

Pero aplicar este tipo de enfoques en regiones que tradicionalmente ni siquiera los han considerado implicaría, antes que nada, romper la inercia institucional y académica, lo que implicaría, al menos, una fisura paradigmática considerable. ¿Cómo, si no, podrían crecer en relevancia aquellas culturas que siempre se han considerado marginales?

El material malacológico, amén de otros recursos marinos, es abundante, no sólo en el desierto sino en todo el contexto arqueológico mexicano y estadounidense. Sin embargo, aunque su mera presencia implicaría consideraciones económicas relacionadas con los grupos costeros, resaltar la importancia de los mismos parece hacer mucho ruido a la hegemonía de los grupos favorecidos por el nacionalismo. Reconocer el verdadero papel jugado por los grupos costeros quizá implicaría diluir la preeminencia de las culturas tradicionalmente preponderantes.

Otro obstáculo significativo es la formación profesional que tiende a privilegiar el estudio de los sitios monumentales en detrimento de los que no lo son. Parecería que la importancia de los sitios fuera proporcional a su tamaño, razón por la cual aquellas culturas que no hubiesen edificado grandes construcciones serían, en consecuencia, de escaso interés.

Y si todo lo anterior sucede con el mar, los problemas se acrecientan al tratar de dilucidar la repercusión que el río Asunción, eje de nuestro proyecto, pudo tener como vía de comunicación que articulaba las relaciones entre los grupos del desierto y entre estos y los de otras regiones. A menudo se ha propuesto este cauce como una de las rutas de intercambio de recursos marinos entre la costa y culturas alejadas de la misma pero, curiosamente, nunca se ha reconocido el papel que los grupos locales tuvieron que haber desempeñado en dichas rutas, como si se pensara que la ruta se encontraba deshabitada o, más bien, como si se evitara pensar que estaba poblada.

Parece haber cierta resistencia, entre los arqueólogos, a reconocer en los contextos de su competencia la enorme movilidad de los grupos del desierto que se encuentra referida en las fuentes etnohistóricas y etnográficas. Como si la visión occidental moderna de este tipo de hábitats como regiones inhóspitas, desoladas e inhabitables impidiera ver a los grupos mismos que, sin importarles lo que los occidentales piensen de ellos, continúan con sus modos de vida y tradiciones a lo largo y ancho de lo que el urbanismo, la reformas agrarias y el turismo les han dejado de desierto.

Algunos indicadores

Dirigiendo la mirada hacia los aspectos marítimos, vale la pena preguntarse sobre el tipo de *tradiciones* que se podrían encontrar en las comunidades pesqueras prehispánicas, sobre las *conductas* y *procesos* que estarían presentes y sobre la manera en que esto se reflejaría en el contexto arqueológico.

A la llegada de los españoles, durante la primera mitad del siglo XVI, las comunidades pesqueras del Golfo de California no conocían la escritura, de tal modo que cabe suponer que el conocimiento se transmitía de forma oral. Los españoles registraron en sus escritos algo de dicho conocimiento interrogando a sus informantes indígenas respecto a la existencia de recursos y poblados, principalmente, no sin enfrentarse muchas veces con las dificultades que menciona Hasslöf (1972), como la imposición del punto de vista del interrogador, la negativa de los indígenas a hablar sobre ciertos temas, las distintas

cosmovisiones y, por supuesto, las diferencias lingüísticas. En estos casos, la evangelización forzada incrementaba las dificultades de comunicación y de obtener información veraz. La ubicación de yacimientos de sal o de concentración de ciertas especies específicas, como bivalvos perlíferos, y las épocas favorables o desfavorables para la obtención de recursos específicos, como mariscos o huevo de tortuga, deben haber sido transmitidas por *tradición oral*. La mera presencia de este tipo de materiales en contextos arqueológicos costeros sería un indicador de dicho conocimiento. Su aparición en contextos arqueológicos de tierra adentro lo confirmaría. Es de suponer que tales conocimientos, al no existir tradición escrita, se transmitieran de forma oral, lo cual confirman las crónicas tanto religiosas (Péres de Ribas), como militares (Balthasar de Obregón)

Las comunidades pesqueras que bordeaban el golfo californiano practicaban, no obstante, otra tradición: la *representación gráfica* de muchos de los elementos que revestían alguna importancia para ellos. Las pinturas rupestres y los petrograbados, la decoración de cerámica y cestería y las figuras de arenas de colores efectuadas en algunos rituales dan cuenta de una considerable cantidad de representaciones de fauna, entre las cuales se encuentran a veces algunas especies acuáticas como peces, pulpos, tortugas, etc.; además, las representaciones astronómicas y las propias de algunas especies animales nos permiten inferir un conocimiento fenológico preciso que sólo pudo haber sido adquirido a través de una observación constante durante generaciones y transmitida por vía oral. Sitios como El Panel Ballereau o La Proveedora alientan sin duda este tipo de hipótesis.

Los relatos de los colonizadores europeos describen la manera en que los niños indígenas aprendían las artes y las habilidades necesarias para la vida por medio de la práctica. La guerra, la caza, la recolección, la cestería, la confección de indumentaria, la agricultura y, por supuesto, la pesca y la obtención de recursos marinos eran algunas de las actividades que aprendían los indígenas desde la primera infancia por medio de la observación y la imitación de *actividades manuales*, los gestos y el comportamiento de los adultos. Incluso la realización del arte rupestre se hacía de este modo según consta en algunos registros

etnohistóricos y etnográficos del suroeste norteamericano. Por ejemplo, en las partidas de caza comunales se hacía participar a los niños para que adquirieran gradualmente habilidades tanto para las actividades cinegéticas como para las bélicas. En algunas manifestaciones rupestres de tema cinegético aparecen figuras antropomorfas de menor tamaño que podrían estar representando infantes.

Derivado de lo anterior, se desprende que durante la imitación y el aprendizaje se enseñaba el uso y función de los artefactos y materiales relacionados con las actividades en cuestión así como de las técnicas apropiadas para su aprovechamiento.

Ninguna de las tradiciones anteriores habría sido posible si no estuviera sancionada, de alguna forma, social o institucionalmente. Los hábitos, las costumbres y la normatividad social implican un grado mínimo de consenso así como una cosmovisión e ideología compartidas. Refieren las fuentes que, en el caso de algunas comunidades pesqueras de la Costa Central sonoreense, se acostumbraba colocar un amasijo de diversas plantas y huesos en la playa justo antes de entrar al mar. Los indígenas explicaban que era una especie de ofrenda a los tiburones para que no atacaran a los que, buceando en busca de algunos elementos marinos específicos, como *Spondylus*, perlas, concha nácar, etc., se adentraban en aguas profundas o en mar abierto. Dicha práctica sólo puede haber sido aprendida mediante una *tradición social*. El trabajo de la concha para la fabricación de ornamentos puede haber tenido alguna regulación de este tipo dado el grado de especialización que requiere y los ámbitos específicos en que, según las fuentes, se utilizaban algunos de ellos como el deslumbrante atavío de concha nácar, que mencionamos arriba, que portaba un jefe guerrero yaqui en el sur de Sonora durante un enfrentamiento con los españoles en el siglo XVI.

La organización social necesaria para la construcción de sitios como El Tren o el Panel Ballereau, cercanos a la costa, o para el intercambio a gran escala de productos marinos como la sal, el pescado seco, la concha trabajada, etc., permite inferir una tradición social sólida.

¿Y lo rupestre?

“Es probable que en México la falta de mayores y mejores estudios sobre gráfica rupestre se deba de alguna manera al desarrollo propio de la arqueología, que privilegió la investigación mesoamericanista por sobre la de las sociedades norteamericanas, autoras de la mayor parte de las manifestaciones de este tipo”

(Viramontes, 1999:30)

En un reciente coloquio, un conocido arqueólogo invalidaba mis pretensiones de incluir las manifestaciones rupestres como un elemento arqueológico para analizarlo, junto a la cerámica, lítica, etc., como un componente más de los sitios arqueológicos. Sus razones, o mejor dicho, su único argumento para justificar a aquellos arqueólogos, entre los que se contaba, que no registran este tipo de vestigios, los rupestres, era que “no pueden fecharse” y, según dijo, “En arqueología, el fechamiento lo es todo. Si algo no puede fecharse, no sirve para nada” (*sic*).

Disiento.

La mayor parte de los elementos que se recuperan en los proyectos arqueológicos, provengan estos de superficie o de excavación, no son fechables directamente; y los que lo son, en su mayoría no suelen datarse por diversas razones como los elevados costos de las técnicas, la reticencia a destruir las muestras o, simplemente, por no considerarse necesario en vistas de contar con otros elementos que permiten situar el contexto en cuestión de manera relativa, aunque aceptable, en el tiempo.

Siendo francos, de unas décadas a la fecha, la ubicación temporal de los sitios arqueológicos ha venido dependiendo cada vez más de pedacitos de carbón. Las dataciones por radiocarbono, al considerarse absolutas, se han convertido en el recurso más utilizado para ubicar contextos arqueológicos en el tiempo; sin embargo, a menudo suele olvidarse que lo único que se está fechando con esta técnica es el pedazo de carbón en sí, y nada más. El hecho de que mediante análisis contextuales pueda extrapolarse la datación del carbón a otros elementos arqueológicos no significa, necesariamente, que estos últimos *sean fechables* o, al menos, no directamente.

Así pues, la mayor parte de los elementos arqueológicos suelen ubicarse temporalmente de manera indirecta y, aunque muchos otros materiales no puedan fecharse, no por eso dejan de registrarse en los informes arqueológicos.

Pero, en realidad, este asunto de la datación es el que menos me preocupa. El registro de vestigios rupestres es importante también por otros motivos: complementan los análisis de uso y función del espacio; permiten estudios estilísticos y simbólicos; son una fuente gráfica para la investigación de actividades y uso de recursos; y, junto con las puntas de proyectil, suelen ser los elementos arqueológicos preferidos por el saqueo hormiga.

Es sintomático el hecho de que en la mayoría de los manuales sobre métodos y técnicas arqueológicas no se encuentre un apartado, no digamos ya un capítulo, referente a las manifestaciones gráficas rupestres, arte epilítico, arte rupestre, arte parietal o, en términos de “los que saben”, *rock art*.

Encontramos sesudas y detalladas explicaciones en torno a lo que debe y no debe hacerse si el investigador tiene que vérselas con elementos tales como cerámica, lítica (pulida o tallada), concha, hueso, vidrio, metales, polen, semillas, madera, textiles, estratos, sedimentos, arquitectura, áreas de actividad, orientaciones astronómicas y otras cosas por el estilo; sin embargo, da la impresión de que la pintura rupestre, los petrograbados y los geoglifos no tuvieran el *status* suficiente, o el grado de *materialidad* necesario, para merecer la atención de los arqueólogos “serios”, ni requirieran, por su particular naturaleza, de una metodología de estudio propia y bien estructurada:

“Es posible que la reticencia tradicional de los arqueólogos a estudiar este producto de la sociedad humana se deba precisamente al hecho de que se le ha colocado en una situación en que se convierte en el objeto de estudio de una disciplina ajena a nuestro entrenamiento profesional como podría ser la historia del arte (...) o la crítica del arte, y ajena también a las finalidades de la arqueología entendida ésta como una ciencia de la historia” (González, 1987:13)

Son textos especializados y aislados los que tratan sobre la problemática que gira en torno a este tipo de manifestaciones.¹⁶ No obstante, a pesar del creciente número de estudios, las manifestaciones gráficas rupestres no han recibido todavía carta de aceptación por parte de la arqueología tradicional para ser consideradas “oficialmente” como elementos arqueológicos y ser estudiadas como tales y no, como ha venido siendo el caso, como meras “inflorescencias” artísticas aisladas cuyo laberinto semiótico se esconde detrás de la forma y el estilo y solo puede ser desentrañado por imaginativos estetas, hermeneutas y expertos historiadores del fenómeno artístico:

“En el nivel más general, debe observarse que el estudio de arte rupestre por los arqueólogos aún está en su infancia. En general, aquellos no han desarrollado una metodología sofisticada para describir o interpretar el arte rupestre y han dejado esta área de la arqueología principalmente a los historiadores del arte, divulgadores y periodistas, por lo que el grupo de gente que excava en sitios arqueológicos y que ha desarrollado técnicas eficaces para estudiar los restos de las sociedades pasadas engloba a muy pocos que han contribuido al análisis de producciones artísticas” (Meighan, 1978)

Lo anterior no deja de resultar paradójico si se toma en cuenta que las manifestaciones gráficas rupestres son uno de los vestigios arqueológicos más abundantes en nuestro país, principalmente en el norte del mismo.

Ya desde los últimos años del siglo XIX, se reportaba la existencia de este tipo de yacimientos arqueológicos en México y la necesidad de estudiarlos con el fin de aumentar el conocimiento sobre las sociedades que los produjeron (Cf. Diguët, 1895; Lumholtz, 1971, 1986) Cabe recordar, que es también en las postrimerías del siglo XIX cuando se descubren y dan a conocer algunos de los grandes yacimientos del arte parietal y mobiliario europeo como Altamira (1879), Chabot, Brassempouy, La Mouthe, Pair-non-Pair, Marsoulas, Combarelles y Font-de-Gaume, con toda la controversia que se suscitó en torno a su autenticidad pues el evolucionismo social imperante se resistía a reconocer que el “hombre prehistórico” poseyera facultades mentales para la abstracción y el simbolismo

¹⁶ (Ballereau, 1988; Bosch-Gimpera, 1964; Contreras y Quijada, 1991, 1999; González, 1987, 1999, 2000; Guevara, 1996; Hayden, 1972; Martínez del Río, 1940, 1943; Meighan, 1978, Mendiola, 1992, Messmacher, 1981a, 1981b; Mountjoy, 1987; Orellana, 1953; Quijada, 1977a, 1977b; Robles, 1982; Viramontes, 1999).

(Cf. Daniel, 1987; Giedion, 1985) Algunos de estos descubrimientos fueron publicados en la revista *L'Anthropologie*, espacio donde León Diguet publica también, en 1895, sus notas sobre la pictografía de Baja California. Lamentablemente, no hace falta decir mucho sobre el desarrollo claramente desigual que han tenido los estudios sobre gráfica rupestre en ambos lados del Atlántico.

En la *Tercera Mesa Redonda* de la *Sociedad Mexicana de Antropología*, celebrada en 1943, Pablo Martínez del Río hacía un nuevo llamado sobre la importancia del estudio en esta materia:

“Hay otro punto a que desearía aludir en esta ocasión, aunque no pienso se remonte a épocas tan remotas [es decir, la prehistoria]. Me refiero a las diversas manifestaciones, no necesariamente muy antiguas, del arte epilítico o, en otras palabras, a las pinturas rupestres y petroglifos. El material, claro está, resulta muy difícil de interpretar aunque [...] se pueden obtener resultados verdaderamente valiosos si se acomete su estudio partiendo de una base sólidamente cuantitativa. Pero el hecho es que, a pesar de las dificultades propias del asunto, tenemos ahí un verdadero archivo de información de que quizá podamos hacer gran uso algún día y que no debe despreciarse” (Martínez del Río, 1943)

Como vimos al principio de este capítulo, hoy día, casi setenta años después, la investigación en torno a la problemática de las manifestaciones gráficas rupestres no parece haber avanzado mucho ya que, en comparación con otro tipo de vestigios arqueológicos, el estudio de la gráfica epilítica no solo continúa siendo escaso sino que tiene que enfrentarse con un agravante de consideración, a saber, el hecho de que la pintura rupestre y los petrograbados, al no estar, por lo general, enterrados, sufren con mayor intensidad los efectos del intemperismo y son presa fácil de actos vandálicos.

Por otro lado, las interpretaciones metonímicas, o “el todo por la parte”, parecen marcar la pauta en la exégesis de la gráfica rupestre. Así, por ejemplo, si un grafismo parece tener relación con algún tipo de práctica mágico-religiosa se extiende dicha solución al resto del universo epilítico, sobreentendiendo un origen único y común para todas las manifestaciones de este tipo. Pero “sería absurdo pensar que todas se hicieron con el mismo propósito” (Martínez del Río, 1940)

Finalmente, no podemos menos que acordar con el recientemente finado Clement W. Meighan en que: “Ignorar el arte rupestre es omitir la discusión en una parte del comportamiento antiguo que era extremadamente importante para la gente de aquel tiempo, posiblemente, en verdad la actividad más importante para ellos” (Meighan, 1978)

La intrínquilis metodológica

A primera vista, el universo gráfico rupestre del desierto sonoreño se antoja como un desalentador galimatías donde la lógica de un orden, cualquiera que este fuese, brillara por su ausencia. Sin embargo, el trabajo que implica tallar un panel de petrograbados o pintar un mural multicolor sobre una superficie rocosa indica, al menos, cierto nivel de planeación que permite suponer que dichas manifestaciones son el reflejo de una concepción ordenada de la realidad:

“Es necesario, entonces, pensar en la imaginería rupestre como una forma de expresión que contiene un orden y una estructura y ampliar el concepto de estructura, ya no únicamente hacia la relación entre figuras, sino asimismo a los elementos asociados de los que depende su presencia, como es el propio ámbito geográfico, por una parte, y los segmentos de roca y terreno vacíos dentro de un mismo sitio o entre sitios” (González, 2000:55)

El primer impulso, como es lógico suponer, es el de buscar regularidades dentro del aparente caos que se presenta ante los ojos del investigador. Todas aquellas asociaciones que permitan identificar secuencias, conjuntos o referencias son bienvenidas. Pero el peligro de distorsión que subyace al mero análisis formal es tan obvio que, paradójicamente, el investigador *no puede menos que caer en él*. ¿Cuáles regularidades, de entre las descubiertas, son intencionales y cuales otras son fortuitas? ¿Qué asociaciones, de entre las identificadas, son producto de la planeación y qué otras son producto de la imaginación del observador? Esto nos lleva al problema de la *apofenia* del que trataremos más adelante.

Si se piensa con detenimiento en como los seres humanos han demostrado, a lo largo de la historia, una capacidad innata para encontrar regularidades y asociaciones en donde, de hecho, no las hay (e.g. constelaciones,

astrología, numerología, etc.), se verá que las preguntas formuladas en el párrafo anterior no son ociosas.

Las manifestaciones gráficas rupestres brindan al interesado un vasto campo de investigación con no pocas dificultades. A diferencia de otro tipo de vestigios, los geoglifos, las pinturas rupestres y, sobre todo, los petrograbados son extremadamente difíciles de datar, de asociar culturalmente y, por si fuera poco, de interpretar. Incluso su registro presenta más dificultades que las que suelen sortearse en un registro convencional de cualquier sitio arqueológico. Sumado a lo anterior, la falta de una metodología coherente por medio de la cual acercarse a este objeto de estudio no ha hecho sino obscurecer el panorama:

“...a pesar de la abundancia y potencial de investigación del arte rupestre, el estudio ha sido, con frecuencia, descuidado por los arqueólogos profesionales. En parte es debido a la dificultad de datarlo, correlacionarlo con una cultura específica e interpretarlo de modo científicamente aceptable” (Mountjoy, 1987)

Además:

“Las razones a la limitada atención que se ha puesto al arte rupestre por los arqueólogos son variadas. Algunas son autoevidentes, como el hecho de que los sitios con arte rupestre frecuentemente se presentan sin un sitio ‘excavable’ en asociación, por lo que el arte de un pueblo prehistórico puede estar físicamente separado de sus otros restos” (Meighan, 1978)

Hasta fechas muy recientes (Cf. Viramontes, 1999; Messmacher, 1981; González, 1987), no se disponía en nuestro país de bibliografía generada por investigadores nacionales preocupados por el estudio sistemático de esta parte del patrimonio arqueológico, paradójicamente menospreciada por los mismos arqueólogos. Salvo algunas excepciones (Martínez del Río, 1940; Dahlgren y Romero, 1951; Orellana, 1953; Bosch-Gimpera, 1964), la literatura referente al estudio de la gráfica rupestre se ha caracterizado, casi por tradición, por sus descripciones inconexas y superfluas que hacen parecer a pinturas y petrograbados casi como detalles curiosos del paisaje. De hecho, “el problema que tienen ante sí los prehistoriadores con las pinturas rupestres y petroglifos, es la falta de un procedimiento que permita responder al gran número de

interrogaciones que nos plantean estas manifestaciones culturales” (Messmacher, 1981:17)

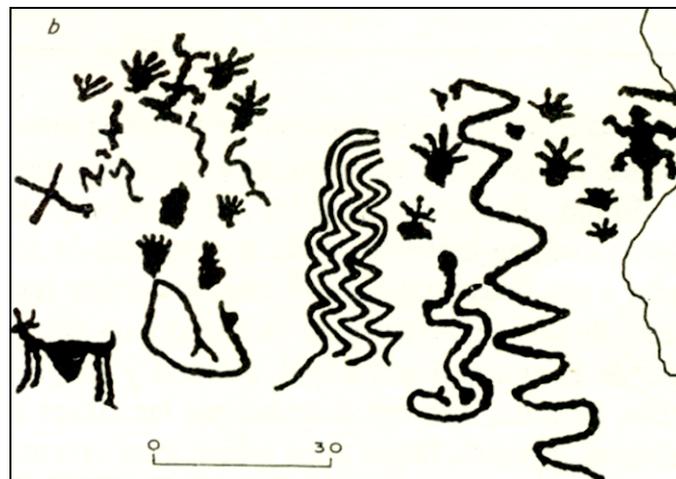
Meighan (1978), define la problemática a la que debe enfrentarse el investigador de las manifestaciones rupestres, identificando tres grandes dificultades: 1) la necesidad de métodos de registro sistemático; 2) el problema de la cronología y determinación de la edad de los grafismos, y 3) la dificultad de la interpretación (Op. cit.)

Por su parte, en un análisis más reciente y profundo sobre el fenómeno epilítico, Carlos Viramontes (1999) plantea que:

“A pesar de que el panorama sobre el estudio de la gráfica rupestre es hoy día más optimista en su búsqueda de nuevas metodologías que enriquezcan de manera sustancial el conocimiento de este fenómeno, persisten una serie de problemas que aún no han sido salvados del todo: la dificultad de asociar a las pinturas o petrograbados con el material producto de la excavación [cuando esta es posible, claro está], la escasa sistematización en el registro (registro incompleto, ausencia de croquis, mapas generales, contextos naturales, contextos arqueológicos, etc.), lo problemático de establecer postulados concluyentes; la confusión que existe entre función y significado, ya que la función está relacionada de manera directa al contexto arqueológico, es decir, la utilidad práctica de la pintura rupestre, mientras que el significado tiene que ver con lo que representa; finalmente, la casi imposibilidad de establecer fechamientos absolutos directos, cosa que, aunque ya es posible realizar, aún continúa fuera del alcance de la mayor parte de los arqueólogos” (Op. cit., p. 34-35)

Por otro lado, no hay que olvidar que las manifestaciones gráficas rupestres son uno de los vestigios arqueológicos más vulnerables ya que, al encontrarse, por lo general, en espacios abiertos y en lugares visibles, están expuestos al deterioro constante por intemperismo y, lo más grave, por vandalismo (Cf. Magar, 2001). La consabida frase de algunos colegas “si han aguantado allí durante cientos de años sin que les pase nada entonces no hay de qué preocuparse” quizá sea aplicable refiriéndose a cambios climáticos lentos y graduales pero, lamentablemente, no resulta válida cuando entran en juego factores antrópicos como el crecimiento urbano, el turismo, el vandalismo, etc. Ejemplo lamentable, el del sitio El Metate donde uno de los elementos inmuebles más significativos que registramos durante la temporada de campo de 2007 se encuentra actualmente destruido por actos de vandalismo locales.

Recientemente, se pudo comprobar que los mayores daños sufridos por los vestigios arqueológicos en sitios como La Pintada, al sur de Hermosillo, y La Provedora, al oeste de Caborca, fueron producidos por saqueo y vandalismo en los últimos diez años: graffiti, basureros, y hasta sanitarios improvisados no son, por desgracia, infrecuentes en estos sitios. La destrucción parece estar directamente relacionada con el incremento de visitantes y la escasa, por no decir nula, conciencia que existe sobre el verdadero valor histórico que tienen estos lugares. La protección y conservación son también un problema metodológico inherente al estudio de este tipo de vestigios.



Panel de petrograbados en La Provedora

**Segunda Parte:
Arqueología de lo invisible**

“... recorrer en asombro tras de asombro, esos mares de arenas y esas moles de lava, que guardan todavía una historia no narrada donde la Geología y la Arqueología son las primeras protagonistas; donde las huellas de razas desaparecidas de animales y de hombres son los eslabones de una cadena cuyo principio se pierde en la noche de los tiempos”

Adalberto Sotelo, *Campos de Fuego*, 1928

“Allá está el desierto, en donde tiene todos sus cactus y toda su belleza. Junto con ellos somos felices en el desierto, porque en él vivimos y es nuestro desierto, ahí hay sahuaros y pitahayas, que dan sus frutos, por eso le cantamos al desierto.”

Canto Pápago

“En ciertos relices su textura fina ha sido utilizada por artistas anónimos para grabar diversas figuras, algunas de las cuales quizá no sean muy antiguas, pues muestran hombres con sombrero; otras, en cambio, pueden referirse a la situación de los agujajes, sin cuyo conocimiento les hubiera sido enteramente imposible a las tribus antiguas transitar por esos parajes.”

Cooper, 1956

Introducción

"El paisaje en el suroeste es
impresionante todo el tiempo"
Adolph Bandelier, 1890

Un lugar tan lleno de recursos naturales como lo es el *Desierto de Sonora*, contra lo que pudiera pensarse, no podía pasar desapercibido para los seres humanos. Basta recorrer un poco de su geografía para encontrar numerosos vestigios que nos hablan de una larguísima historia.

En efecto, las evidencias históricas, arqueológicas y paleontológicas abundan en este aparentemente desolado paisaje. La presencia humana es al menos tan antigua como el desierto mismo, es decir, milenaria. Sin embargo, no es sino hasta hace apenas poco más de cien años que dicha historia ha venido estudiándose de manera sistemática.

Sabemos que, desde la llegada de los europeos al continente americano, además de encontrarse con grupos humanos culturalmente distintos a los suyos, los conquistadores se toparon también, en no pocas ocasiones, con muchos lugares y objetos que ya para entonces, siglo XVI, fueron catalogados como *antigüedades de los indios*, mismos que a partir del siglo XIX estudiamos desde la perspectiva de la arqueología.

Pero la mirada de los europeos, durante el periodo colonial, aunque moderna distaba mucho de la observación pretendidamente objetiva y científica y del rigor metodológico que se exige a las ciencias sociales hoy en día. No obstante, toda la información que misioneros, militares, comerciantes y viajeros, entre otros, nos dejaron por escrito resulta hoy invaluable. Actualmente, llamamos en términos generales *fuentes históricas y etnohistóricas* a este legado que, junto con los restos históricos y arqueológicos, nos van permitiendo reconstruir la historia poco a poco. Con este bagaje, PRACBRA ha podido contextualizar los sitios arqueológicos e históricos que ha venido registrando desde su inicio.

Caracterización arqueológica preliminar de la región de estudio de PRACBRA

Introducción

No siendo este trabajo un informe técnico, y encontrándose el proyecto de referencia a la mitad de su desarrollo, se presenta aquí una caracterización general tentativa de las áreas y los sitios registrados durante las temporadas de trabajo de campo de PRACBRA¹⁷. La idea de estas descripciones generales es dar una visión arqueológica de conjunto de la región de estudio basada en lo que ha podido registrarse hasta el momento, considerando que al proyecto en cuestión le falta recorrer todavía el cincuenta por ciento del área propuesta originalmente.

Más estrictamente, lo que se pretende es tener una idea, aunque incompleta, de la utilización del espacio regional. Por tal motivo, nos enfocaremos más en las áreas como conjuntos de sitios que en los sitios particulares, sin dejar por ello de mencionar las características sobresalientes de algunos de ellos.

Área El Cuchillón

Esta se ubica justo en la confluencia del río Asunción con el arroyo El Muchachito, exactamente en el extremo oriental de la región de estudio propuesta por el proyecto. Más puntualmente, se encuentra en la punta norte de la sierra La Víbora. Los sitios registrados allí son El Cuchillón 1 (Concentración de materiales cerámicos), El Cuchillón 2 (Petrograbados sobre la ladera oeste) y el Panel Cuchillón (Petrograbados sobre la ladera este). Como puede apreciarse, predominan los elementos gráficos rupestres. Dadas las características específicas de este punto, nuestra primera estimación es que se trata de una entrada natural hacia el valle de Caborca.

¹⁷ Las descripciones detalladas se encuentran, por supuesto, en los informes técnicos del proyecto y en las cédulas de registro.

Área Las Aguilañas

Esta se ubica justo al norte de la anterior y constituye la parte complementaria de la sierra La Víbora con respecto a la entrada natural que mencionamos antes. En otras palabras, entre Las Aguilañas y La Víbora se forma un puerto natural por donde fluye el río Asunción ya como una sola corriente de agua. Los sitios registrados allí, en realidad podrían corresponder a uno sólo, pero se registraron separados por razones metodológicas. Se encontraron aquí varias concentraciones de petrograbados en distintas partes de este macizo montañoso, especialmente en su elevación más oriental. En esta última, se localizaron también algunas terrazas de tamaño considerable que miran hacia el oriente comunicadas entre sí por algunas rampas. Cabe resaltar que desde la cima de esta elevación, donde se encuentra la mayoría de los grabados, se tiene una excelente visibilidad de toda la región oriental, y en días especialmente despejados podía apreciarse a la distancia la prominencia del Cerro de Trincheras, lo cual no es decir poco pues este se encuentra a casi cien kilómetros.

Quien se acercara desde el oriente siguiendo el curso del río no sólo sería detectado fácilmente sino que, a su arribo, se encontraría de frente con numerosos petrograbados en ambas riberas del Asunción. Si consideramos que los registros históricos del siglo XVI y XVII sitúan la frontera oriental de los grupos Sobas en esta zona, no parece descabellada la hipótesis del puerto natural como una entrada al valle caborqueño.

Lamentablemente, la prospección de la parte occidental de esta área no pudo ser completada por motivos de inseguridad.

Área Cerro Cañedo

Inmediatamente después de las anteriores, siguiendo el curso del río hacia el poniente, se encuentra un enorme conjunto montañoso cuyo cerro más destacable, aunque no el más alto, es el Cerro Cañedo. Este se ubica en el extremo noroccidental del conjunto y tanto por su forma peculiar como por su coloración distinta destaca de entre todos los demás. A finales del siglo XIX, William J. McGee pasó por esta zona en su viaje hacia la Costa Central y reportó

la presencia de terrazas y vestigios arqueológicos en el cerro mencionado. Lamentablemente, las mismas condiciones de inseguridad que nos impidieron concluir en el área anterior nos imposibilitaron la investigación en este lugar.

Sin embargo, un poco más al sur, dentro del mismo conjunto, fuimos más afortunados. Sobre la ribera sur del Asunción, justo donde este dobla hacia el norte para rodear los cerros, se encuentra un sitio de proporciones considerables conocido localmente como Puerto de Conejos. Se trata de una concentración de petrograbados ubicada en la boca de lo que podría considerarse un atajo, aunque un tanto accidentado para nuestros estándares, que conecta el lado oriental con el occidental de este macizo montañoso. Puerto de Conejos está conformado por cientos de petrograbados distribuidos en varias pequeñas laderas de este pasaje. El cerro que sirve de referencia local es el cerro Quisuani, aunque los vestigios no se limitan a este.

Además, en una pequeña elevación muy cercana al conjunto gráfico, se localizaron tres estructuras circulares de muros sólidos aunque no muy altos, lo suficiente, sin embargo, para no tratarse de meras cimentaciones. Las piedras grandes alcanzan hasta un metro de altura y conforman estructuras donde fácilmente caben dos o tres personas.

Nuestro guía nos comentó de la existencia de más vestigios en el área y está pendiente un reconocimiento más amplio y detallado del lugar.

Del otro lado del pasaje mencionado, adyacentes a las laderas occidentales del conjunto montañoso, se encuentran dos cerros, uno a cada lado del río Asunción, que parecen franquear el paso del mismo. Sobre la ribera norte, se localiza el Cerro Prieto. Actualmente son pocos los vestigios que pueden verse en él, pero la población local refiere que hace algunos años había muchos petrograbados sobre su ladera sur, la que mira hacia el río; sin embargo, durante una crecida que socavó los cimientos de la misión de Caborca, fundada por Eusebio Kino en 1694, las autoridades decidieron rellenar la parte afectada con piedra procedente del cerro en cuestión por ser el más cercano. Así, el afán por

evitar la destrucción total de un monumento histórico dio cuenta de uno arqueológico.

Pero sobre la ribera sur del Asunción, se levanta el otro cerro, conocido como El Mójqui, mismo que se encuentra en su totalidad dentro del rancho del mismo nombre. Aquí la historia es muy distinta, pues los dueños propietarios han sabido explotarlo como atractivo turístico, aunque el sitio no ha sido estudiado arqueológicamente. El Mójqui es más bien una loma baja pero, como se encuentra aislada destaca en el paisaje. Está cubierta de petrograbados, predominantemente en su ladera norte, la que mira hacia el río, encontrándose también algunos vestigios cerámicos.

Para quien siguiera el curso del río, las manifestaciones rupestres habrían sido altamente visibles, lo que nos lleva a preguntarnos sobre su carácter como marcadores itinerarios, especialmente por lo que el viajero encontraría más adelante.

Área La Proveedora

Apenas traspuestos los cerros descritos arriba, unos ocho kilómetros hacia el oeste siguiendo el curso del río, se encuentra otro puerto natural, el que forman el conjunto de cerros conocido como La Proveedora y la sierra que lleva el nombre de Cordón de Lista Blanca, ambos topónimos refieren a las actividades mineras que se han llevado a cabo en estos lugares.

La Proveedora es uno de los sitios de arte rupestre más grandes del país, aunque su importancia arqueológica no ha sido reconocida sino hasta hace muy pocos años. En un inventario efectuado en el año 2003 por el arqueólogo César Villalobos, se registraron 5873 petrograbados, 152 terrazas, una estructura cimera conocida como “La Fortaleza”, y numerosos elementos cerámicos, líticos y malacológicos que ubican al sitio en un rango de temporalidad desde el Arcaico hasta el presente, aunque se le ha considerado principalmente como un sitio de la tradición Trincheras.¹⁸

¹⁸ Villalobos, 2003.

La preeminencia regional de este sitio es indiscutible, aunque su naturaleza predominantemente rupestre lo ha vuelto más una curiosidad profesional que un elemento importante dentro de la discusión de la problemática Trincheras. Muy pocos investigadores han realizado algún sondeo en el sitio con miras a ubicarlo temporal y culturalmente.

Unos cinco kilómetros al noroeste de La Proveedora, se ubica un cerro mucho más modesto, apenas una loma conocida como El Metate. Identificado desde los cuarenta como un yacimiento de basalto muy apropiado para la fabricación del artefacto que le da nombre, el sitio se compone de un conjunto de elementos arqueológicos peculiares que, sin embargo, han pasado desapercibidos a pesar de encontrarse junto a la carretera.

Entre el 02 y el 09 de octubre de 1984, Dominique Ballereau, del Observatorio de Paris, realizó la que sería la última de las cuatro breves temporadas de trabajo de campo que, durante los primeros años de la década de los ochenta, dedicaría principalmente a registrar el arte rupestre del conjunto de cerros conocidos como La Proveedora y La Calera, ubicados, como ya vimos, en las inmediaciones de la ciudad de Caborca. Sin embargo, a pesar de la brevedad de sus estancias en la región, el astrofísico francés nunca se limitó a los cerros referidos sino que, por el contrario, dedicó buena parte de su tiempo a localizar y explorar otros lugares cercanos donde pudiera encontrar lo que andaba buscando: manifestaciones gráficas rupestres.

De este modo, los días cuatro y cinco de ese mismo mes, tuvo ocasión de visitar el sitio en cuestión y al que se refiere como “cerro metatitos”. Tras una noche lluviosa, el día cuatro hizo su primera visita al sitio, entre las diez y media de la mañana y la una y media de la tarde, bajo un cielo “perfectamente transparente”:

“...exploramos un conjunto de pequeñas colinas de alrededor de 25 m de altura situadas al norte de la carretera que une Caborca con Desemboque, a 4 km al oeste del cerro La Cueva. El contorno presenta numerosos grupos de grabados rupestres, cuya repartición es uniforme. La roca es oscura, pero su superficie es alveolada, por lo que fue

difícil ejecutar el grabado. Entre estos grabados, se encuentran numerosas medias lunas. En conjunto, son menos elaboradas que las de La Provedora y Calera, pero podrían ser más antiguas puesto que su pátina es más oscura. Al extremo norte de estas colinas se encuentra una pequeña eminencia de 10-15 metros de altura cuyas laderas muestran al noreste, rocas con pequeños agujeros (metates) de algunos centímetros de diámetro, siendo una treintena en total. Hay metates más grandes; miden 50 cm. En el sur de estas colinas, se ven numerosos tepalcates de cerámica. El conjunto es conocido como cerro metatitos.” (Ballereau, s/f:12)

Al día siguiente, dado el comprensible interés que dicho lugar seguramente despertó en el investigador, este regresó al sitio para continuar su exploración ya que, como hemos podido comprobar personalmente, un día no es suficiente ni siquiera para un vistazo general:

“En la ladera noreste –nos dice-, encontramos numerosos grupos de grabados, uno de ellos contiene más de 150. Algunos motivos están muy bien grabados, sobre todo cuando la roca es lisa. Hay una gran proporción de grabados con pátina muy oscura lo que confirma que este sitio es probablemente de cierta antigüedad. Dentro de los motivos más característicos, se encuentran medias lunas, antropomorfos, lagartijas, un pájaro, un escorpión, espirales y otros motivos geométricos.” (Ballereau, s/f:13)

Sin duda alguna, las descripciones que Ballereau nos brinda sobre el sitio, aunque muy generales, son de sumo interés para nuestro trabajo. Sin embargo, llama la atención, sin que esto suponga un defecto en su trabajo, que no mencione otros aspectos de gran relevancia y que resulta imposible pensar que no los hubiera visto. Entre estos últimos, podríamos apuntar las terrazas, la cuartería, los caminos, la plaza y algunos otros grabados realmente sobresalientes, como el del antropomorfo cargando a un infante o las maravillosas escenas de cacería, por ejemplo.

Caso lamentable el del antropomorfo cargando a un infante en su espalda. Esta figura se encontraba grabado sobre la cara sur de un elemento muy peculiar: una especie de metate con pie tallado directamente sobre una roca aislado lo que le confería la apariencia de una pila bautismal bordeada con una treintena de pequeñas horadaciones que parecían tener algún significado simbólico. En una

visita realizada en septiembre de 2007, el arqueólogo Randy McGuire propuso que el petrograbado en cuestión podría corresponder con el mito pápago de la Mujer Caníbal ya que se le representa robándose a los niños cargándolos en la espalda. En 2009, esta pieza única fue encontrada completamente destruida, “como si le hubieran puesto dinamita”, según testimonio de uno de nuestros informantes. Alguien quiso robarla y la destruyó en el intento.

Área Cordón de Lista Blanca

Al sur de La Proveedora, se ubica el complemento del puerto natural del que hablamos antes: el Cordón de Lista Blanca. Es esta una sierra de aproximadamente diez kilómetros de largo, en un eje longitudinal de norte a sur perpendicular a la corriente del Asunción. Podríamos decir que el puerto entre Proveedora y Lista Blanca es la entrada al valle donde se ubica la última zona de inundación, la más occidental, del territorio caborqueño, aunque este último valle está dominado por otro sitio, El Tren, el más señero de cuantos hemos registrado y que trataremos más adelante.

El Cordón de Lista Blanca, a lo largo de su extensión, cuenta con numerosos vestigios de diversa índole: terrazas, petrograbados, materiales arqueológicos variados y, si no nos equivocamos, hasta un enorme geoglifo. Sin embargo, estos se presentan en concentraciones discretas en diferentes puntos de la elevación.

Sobre su ladera noroeste, encontramos veinte concentraciones de petrograbados, solo visibles para quien camina de sur a norte, más o menos equidistantes unas de otras, siendo las más grandes las que se encuentran casi en el extremo norte de la serranía, justo donde se forma un hiato que permite atravesar la sierra de este a oeste. En este punto, los petrograbados son más variados, numerosos y complejos y comparten el espacio con algunas terrazas como si se tratara de un asentamiento más permanente que estuviera vinculado con el pasaje mencionado. Por otro lado, la visibilidad del resto de los grabados únicamente para quien transita de sur a norte nos lleva también a consideraciones sobre la posible función itineraria de las representaciones. Falta investigar la

ladera este de la mitad septentrional de esta sierra y su porción central para corroborar si continúan los rasgos mencionados.

La parte sur del Cordón de Lista Blanca, por otro lado, resulta por demás interesante. Desde el sitio denominado Laberinto del Coyote hasta la ladera más meridional del cerro La Mosca, los vestigios arqueológicos localizados en esta porción de la sierra parecen sugerir una ocupación más compleja.

Si dividiéramos la sierra en tres segmentos, justo entre la parte del centro (aún no explorada) y la del sur existe una discontinuidad que da lugar a un pequeño puerto lo que permite atravesar la sierra de este a oeste sin dificultad alguna, incluso, de no encontrarse cercado, podría hacerse fácilmente en camioneta. El Laberinto del Coyote se ubica en la parte oriental de dicho puerto, en un cerro pequeño casi aislado del resto. El nombre del sitio le viene por un petrograbado que representa a un cánido junto a un laberinto, figura altamente visible por encontrarse casi a nivel de suelo en una zona de tránsito sobre la ladera oeste del cerrito.

En esta elevación, además, se localizan varios paneles de petrograbados, siendo de los sitios con mayor abundancia de conjuntos de este tipo, amén de las numerosas representaciones aisladas que rodean el cerro y de algunas terrazas que se localizan tanto en este como en el cerro contiguo, hacia el oeste, que contiene también grabados en su cima.

Cabe destacar, que en el resto del puerto no hay más elementos arqueológicos que los mencionados. Es posible que este sitio fungiera como puesto de control hacia el valle que se abre hacia el oeste.

Un poco más hacia el sur, registramos lo que parece ser un pequeño asentamiento casi en la cima de esta porción de la sierra, aunque más pronunciado hacia su ladera occidental. Se vincula a este asentamiento una cañada que se abre hacia el oeste y donde se presenta el fenómeno acústico conocido como eco, de aquí se deriva el nombre asignado al sitio: El Eco. Está conformado por algunas terrazas situadas sobre las laderas de la cañada y hasta casi alcanzar su cima, todas orientadas hacia la abertura occidental de la misma,

aunque ninguna visible desde el nivel del suelo del valle adyacente. Salvo la figura de un círculo pequeño a la entrada de la cañada y algunos fragmentos de cerámica, pertenecientes a una misma vasija, encontrados al pie de lo que aparenta ser una vereda de ascenso al sitio, no se localizó ningún otro material relacionado directamente con las terrazas. Hay que señalar, sin embargo, que la visibilidad desde las mismas se orienta mayormente hacia el oeste, hacia el valle que media entre el Cordón de Lista Blanca y El Tren.

Más adelante, se abre otra discontinuidad en la sierra, aunque ésta es de mayores proporciones que las anteriores y separa la mayor parte del conjunto del último cerro que remata el Cordón en su extremo sur. Desde la ladera sur de la mayor parte del conjunto serrano hasta la ladera norte del último cerro hay un par de centenares de metros salpicados de lomas muy bajas que dan la apariencia de una cadena pétreo que uniera la sierra con su último eslabón.

Precisamente en la esquina oriental de la ladera sur del conjunto mayor se localiza una estructura por demás visible a distancia aunque de propósito menos claro. Se trata de un enorme círculo de piedras de aproximadamente diecisiete metros de diámetro con un conjunto de piedras amontonadas al centro donde actualmente se observa un gran cactus tipo órgano. Podría pensarse que el círculo corresponde al basamento de alguna estructura habitacional o ceremonial, sin embargo, la peculiaridad de este elemento es su grado de inclinación con respecto a la planicie. Dado que se encuentra construido sobre la ladera, el conjunto tiene una inclinación de más de treinta grados con respecto al suelo adyacente, lo que lo vuelve poco práctico para el uso humano, ya sea doméstico o ceremonial. No obstante, su alta visibilidad lo convierte en un buen candidato para fungir como un geoglifo un tanto *sui generis* pues los que se conocen en la región son completamente horizontales y se encuentran trazados directamente sobre el suelo. Quien transita de este a oeste o viceversa por este puerto no puede dejar de notar su presencia, aunque ahora su significado esté fuera de nuestro alcance.

Otro rasgo altamente visible en este puerto es el petrograbado de un antropomorfo de tamaño natural que se encuentra sobre una pequeña covacha en la ladera sur de una de las lomas mencionadas anteriormente. Semejante en

estilo a algunos de La Proveedora, este destaca por mostrar los dientes, los ojos muy abiertos y lo que podría ser un bezote en el labio inferior, características que le confieren una expresión más agresiva, tal vez *ad hoc* con su emplazamiento.

Ambos elementos, el geoglifo y el petrograbado antropomorfo, son visibles sólo desde el sur al igual que los conjuntos rupestres al noroeste de la misma sierra que mencionamos antes. Y también altamente visibles desde el sitio más meridional del Cordón de Lista Blanca

Casi aislado del resto, el cerro La Mosca es de los más sobresalientes de los registrados hasta el momento tanto por los elementos que lo conforman como por su ubicación. Se encuentra, como ya dijimos, en el extremo meridional del Cordón de Lista Blanca y desde ahí hasta la Sierra El Viejo se abre un extenso valle de miles de kilómetros cuadrados en los que no existe ningún otro rasgo orográfico de relevancia, por lo que puede considerarse que se encuentra en una situación liminal con respecto a la región de Caborca lo cual le confiere una importancia estratégica ya que en dicho valle se encontraría la frontera con otros grupos habitantes de la Costa Central y de las Planicies de Sonora.

En cuanto a los elementos que lo constituyen, el Cerro la Mosca presenta una interesante variedad de elementos. Sobre su ladera norte se concentra un gran número de petrograbados, lo que sería visible para quien atravesara el puerto antedicho, además de encontrarse asociados otros elementos como cerámica, lítica tallada y pulida y algunas terrazas. Se encontró aquí la mitad de un brazalete de Glycimeris y algunos otros fragmentos de concha que pudieron haber sido arrastrados desde arriba por una bajada de agua que, según se aprecia, corría por las terrazas.

Arriba de las terrazas se localiza un área plana y desprovista de derrumbe que pudo haber sido la base de un pequeño asentamiento o algún área ceremonial cuyas actividades sólo serían visibles estando en ella o desde la cima del cerro. En ésta, sin embargo, no se localizó material de ningún tipo.

Sobre la ladera oeste, fue posible registrar la presencia de varias terrazas circulares asociadas al cauce de otra bajada de agua. En esta parte la

concentración de vegetación revela una concentración de humedad superior a otras zonas circundantes.

La ladera este del cerro La Mosca solo presenta algunos petrograbados en las paredes de un pequeño circo que se abre hacia el oriente.

La ladera sur, aunque carente de petrograbados y con la presencia de un par de santuarios modernos, uno a san Judas Tadeo y otro a una virgen de manto negro, presenta elementos muy peculiares. Un par de estructuras circulares sobre la planicie y, cercana a una de estas, encontramos una punta de proyectil con acanaladura tipo Clovis, aunque de proporciones menores, sin duda una punta de lanza que podría atestiguar la ocupación temprana de la región.

Cabe señalar, que desde este cerro se tiene una visibilidad completa de la ladera occidental de todo el Cordón de Lista Blanca y de La Proveedora, puerto intermedio incluido, además del valle que se extiende hacia el oeste, hacia el sur y hacia el este. Sin embargo, no es visible la porción de la sierra desde el Laberinto del Coyote hacia el norte.

Lo que sí es altamente visible en su conjunto es el sitio más relevante de la región: El Tren.

Área El Tren – Los Arrojos

A escasos diez kilómetros del Cordón de Lista Blanca, corre una pequeña sierra paralela a este, dividida justo en medio por una discontinuidad, y de la mitad de su longitud. A la mitad norte le llamamos Los Arrojos y a la mitad sur El Tren

En noviembre de 1941, durante un reconocimiento general del norte de Sonora realizado para Petróleos Mexicanos, los geólogos Isauro G. Gómez L. y Lorenzo Torres Izabal localizaron los primeros trilobitos del Cámbrico en territorio mexicano. Dicho descubrimiento tuvo lugar a escasos quince kilómetros al suroeste de la ciudad de Caborca, en la pequeña serranía, que en realidad es una “cadenita de cerros” de cinco kilómetros de largo con orientación perfectamente longitudinal (N-S), conocida localmente como Los Arrojos, El Tren o La Confitura.

Tal hallazgo suscitó, por supuesto, el interés de numerosos especialistas, a tal grado que, tanto el Instituto de Geología de la UNAM como la *Smithsonian*

Institution organizaron una expedición conjunta, llevada a cabo en la primavera de 1943 y 1944, para explorar en detalle la región. Producto de dicha expedición fue una serie de monografías paleontológicas que, hoy día, nos permiten acceder también a numerosos datos no paleontológicos que han sido de gran utilidad para nuestra investigación arqueológica en la región de Caborca (Cf. Cooper *et al*, 1956) Uno de dichos datos es, precisamente, el nombre que hemos decidido asignar al área arqueológica de que trataremos aquí.

Según los autores citados, el nombre de El Tren le viene a estos cerros del hecho de que vistos desde el oriente, es decir, desde las inmediaciones de Caborca, “su perfil alargado sugiere a la imaginación la figura de un tren”.

El área arqueológica denominada El Tren, sorprendentemente no visitada por Ballereau¹⁹, podría ser el más occidental de los centros de primer orden de la denominada cultura Trincheras, aunque dicha denominación tendría que ser sometida a revisión precisamente por la existencia de este lugar. En particular, el sitio El Deseo pudiera ser el “cerro de trincheras” más cercano a la costa que fuera construido sobre el cauce del río Asunción. Todo esto, claro está, a reserva de que durante la exploración de la sierra El Álamo se encuentren otros de igual o mayor tamaño. Precisamente por esto, llama la atención que a la par del interés paleontológico no hubiera una contraparte arqueológica. Hasta el 2003, año en que localizamos el sitio, el lugar era absolutamente desconocido tanto para nacionales como para extranjeros e incluso localmente.

El Tren se forma por lo que, hasta el momento, se han registrado como sitios arqueológicos distintos, aunque dada la cercanía entre ellos y la continuidad del registro arqueológico, bien podríamos estar hablando de un solo sitio de gran envergadura, de hecho, el mayor y el más complejo de todos los registrados.

El sitio se compone tanto de la mitad meridional de la sierra como de once cerritos aledaños a la misma y la planicie circundante. Se han denominado las concentraciones de vestigios como El Deseo, El Deseo A, El Deseo B, El Deseo

¹⁹ Existe únicamente la siguiente mención que podría estar relacionada: “En la tarde, exploramos algunas colinas situadas al sur de la carretera Caborca-Desemboque (mapa SPP Jesús García H12 A65). Una de ellas posee una decena de grabados” (Ballereau, s/f) Pero, dado que el inicio de la sierra El Tren dista de la carretera alrededor de diez kilómetros hacia el sur y que hay que cruzar el río Asunción, lo cual no menciona nuestro autor, consideramos que no se refiere a ésta sino a los pequeños cerros que se encuentran junto a la carretera apenas unos kilómetros al oeste de La Proveedora.

C, El Deseo D, El Deseo E, El Deseo F, El Deseo 2 (La Planicie), Estribación Sur (Tres cerros), Extremo Sur, El Cerrito Bura, La Superestructura (parte media de El Tren), Extremo norte y Cerrito noreste. Aunque en todos estos puntos se encuentran vestigios, sin duda los más sobresalientes son los primeros cuatro Deseos, la Estribación sur y la Superestructura.

En general, en El Tren se han contabilizado más de quinientas terrazas, la mayoría de las cuales se encuentran en El Deseo y los Deseos A, B y C, lo que lo convierte en el segundo asentamiento prehispánico con más elementos arquitectónicos de este tipo después de Cerro de Trincheras. La cerámica encontrada en estas terrazas ubica el sitio en la fase previa a la del Cerro de Trincheras.

Por otro lado, aunque también en este sitio abundan los petrograbados, estos se encuentran distribuidos de manera discreta: en la mitad sur del cerro El Deseo, en la ladera sur del Deseo C, en los tres cerritos que conforman la Estribación sur, en el Extremo sur de la sierra, en el Cerro Bura y en un brazo de la ladera este que conduce hacia la Superestructura.

En El Deseo, además, se encontró un pequeño yacimiento de cristal de roca y otro de lo que a decir del arqueólogo Steve Swanson es turquesa. En este mismo cerro, son visibles las veredas que comunican unas terrazas con otras; incluso hay un par de caminos delimitados con piedra que no dejan lugar a dudas de su función.

En la cima de la sierra, se localizó una estructura de dimensiones tales que la coloca como la tercera más grande de las halladas en sitios de este tipo. Desde esta se domina todo el panorama hacia los cuatro puntos cardinales. Cuenta con dos accesos, al norte y sur. El norte comunica con una explanada cercana mientras el sur parece conectar con algunos senderos del lado oeste de la sierra, lo que podría constituir su acceso original.

Cercanas a esta estructura, hacia el norte, hay otras dos de proporciones mucho menores y forma circular que podrían estar vinculadas funcionalmente con la más grande ya que no es difícil llegar de unas a otras caminando por la cima.

En la Estribación sur abundan los petrograbados, aunque son distintos los motivos en cada uno de los tres cerritos. En el más meridional predominan los motivos astronómicos; una buena cantidad de soles se encuentran sobre su ladera oeste desde donde, en el equinoccio de primavera del 2008, vimos la salida de este astro coincidiendo justo con el puerto del Cordón de Lista Blanca donde se encuentra el sitio Laberinto del Coyote. Además, algunos conjuntos ordenados de puntos sugieren algún tipo de cuenta calendárica.

En el cerro central de esta Estribación sur, es notoria la cantidad de motivos antropomorfos, sobre todo el que varios de ellos hayan sido representados con el rostro oscuro aprovechando manchas negras propias de las rocas.

Además del material cerámico, se localizó en el sitio lítica tallada y pulida y un pendiente de concha nácar.

La mitad norte de la sierra, Los Arrojos, también presenta elementos interesantes. La casi total ausencia de terrazas en esta parte en comparación con la abundancia de las mismas en El Tren, llama la atención. Solo se localizaron algunas terrazas en los extremos norte y sur de Los Arrojos, asociadas a manifestaciones rupestres tampoco muy abundantes.

La situación de los elementos rupestres, por otro lado, es bastante peculiar. Tanto en uno como en otro extremo se encuentran dentro de abrigos rocosos lo que los hace visibles únicamente para quien está dentro de los mismos. En el extremo norte, además, se encontraron pinturas rupestres que, aunque de pequeñas dimensiones, han sido las únicas localizadas por este proyecto y de las pocas encontradas en toda esta región del desierto. Cabe mencionar, que esta parte de la sierra se encuentra muy cercana al sitio de La Proveedora, apenas unos cuatro kilómetros hacia el suroeste de la misma cruzando el Asunción, y es en La Proveedora donde se localiza el elemento pictórico rupestre más cercano: una pintura también de pequeñas dimensiones y poco visible dentro de un abrigo rocoso. Aproximadamente unos cinco kilómetros justo al norte de Los Arrojos se localiza el sitio El Metate que describimos anteriormente.

El río Asunción corre al pie de la ladera norte de Los Arrojos, exactamente donde da inicio la planicie de inundación de la que hablamos más arriba y que formaba la sección occidental del oasis caborqueño que en tiempos históricos habitaban los Sobas.

La sierra de El Tren – Los Arrojos parece ser la columna vertebral de un extenso valle, de por lo menos diez kilómetros de diámetro, que es atravesado de este a oeste por el río Asunción, que en su camino lo inunda, y que en su perímetro norte, este y sureste se encuentra limitado por sitios como La Proveedora, El Metate, Cordón de Lista Blanca. Hacia el noroeste, el área siguiente...

Área Bízani

Aproximadamente cinco kilómetros al noroeste del extremo norte de Los Arrojos se encuentra el área que hemos denominado como Bízani y que se conforma por tres sitios: Cerro Bízani, El Bízani y el Bízani Histórico.

El Bízani Histórico es el lugar considerado como el más occidental de los asentamientos permanentes registrados por los jesuitas y en donde fundaron una pequeña misión de visita dependiente de la misión de Caborca. Según las fuentes documentales de los jesuitas, más al oeste no había asentamientos de relevancia. Actualmente, se encuentran en el lugar algunos muros de adobe derruidos, supuestamente pertenecientes a la capilla de la visita y un pequeño cementerio pápago que, a juzgar por la enorme cantidad de restos de vasijas y veladoras, todavía recibe ofrendas de los deudos pues algunas tumbas son bastante recientes. A decir de los rancheros cercanos, hasta mediados del siglo XX habitaban en las cercanías algunos pápagos.

El Bízani y el Cerro Bízani se localizan, casi juntos, apenas unos centenares de metros el noroeste del Bízani Histórico. El primero es un caserío abandonado, al parecer perteneciente a un solo rancho, que lleva deshabitado algunas decenas de años y en el cual no se encuentran más que restos culturales modernos. Destaca, sin embargo, la presencia de un pozo de agua, al parecer en

buenas condiciones, que sería prudente no descartar como elemento de análisis para la sobrevivencia en esta región del desierto.

El Cerro Bízani, en cambio, a pesar de su cercanía parece no haber notado la presencia del rancho salvo por un montón de basura en su ladera oeste donde, también, se localizan los únicos petrograbados de la elevación. Además de su carácter extremadamente austero, el cerro destaca porque en sus faldas localizamos una cantidad inusual de puntas de proyectil diseminadas sobre el terreno. Pudiera pensarse que el lugar fue alguna vez un coto de caza al que los animales acudían atraídos tal vez por la presencia del agua. Por otro lado, es el único cerro en decenas de kilómetros a la redonda donde podría encontrarse refugio. Y, siguiendo el curso del río de este a oeste, es el último cerro antes de llegar al rasgo orográfico más sobresaliente, y el más cercano a la costa, de toda nuestra región de estudio: La sierra El Álamo.

Área Sierra El Álamo (Norte)

Cuenta la historia que el afamado padre Eusebio Francisco Kino divisó la península de Baja California desde un cerro ubicado en la costa de Sonora al oeste de la ciudad de Caborca. Y tanto le impresionó la visión que quiso construir un barco en mitad del desierto para cruzar ese mar. El cerro en cuestión aparece referido en las fuentes históricas como “El Nazareno” y, aunque ningún historiador sabe con exactitud de cuál de los cerros conocidos se trata, el candidato ideal es la sierra El Álamo. En efecto, desde sus cotas más elevadas se alcanzan a divisar perfectamente tanto el Golfo como la península de California; aunque es justo decir que esto es posible también desde otros cerros situados al noroeste y al sur de esta sierra.

La sierra El Álamo es, con mucho, la más prominente de las elevaciones montañosas de la región. Alcanza una longitud de aproximadamente veinte kilómetros de norte a sur, superando los quince de este a oeste y se localiza a no más de una treintena de kilómetros del Mar de Cortés. La profusión de especies de flora y fauna que en ella se refugia es considerable, tanto que existe el reciente

proyecto de establecer allí la *Sierra El Álamo Wildlife Preserve* que, aunque con fines turísticos, no deja de reflejar la riqueza natural de la región.

Siendo esta sierra tan grande y diversa, solo hemos podido visitar algunos puntos pues, además de sus proporciones, la entrada a muchos de los ranchos que en ella se encuentran es estrictamente limitada, aunque por motivos distintos a los del área de Pitiquito. Aquí el asunto es que se trata de áreas protegidas y de territorios cinegéticos y uno no puede andar por ahí metiendo la camioneta por donde mejor le parezca.

No obstante, las zonas que pudimos visitar revisten un enorme interés para este proyecto.

Siguiendo el curso del río, unos kilómetros al oeste de Bízani se localizan el poblado de Laguna Prieta y el rancho El Vado, sitios reconocidos a nivel local como yacimientos arqueológicos destacables. Aunque no pudimos explorarlos detenidamente, sí tuvimos la oportunidad de examinar materiales arqueológicos provenientes de los mismos los que, aunados a los testimonios de los lugareños no dejan lugar a dudas de que los sitios mencionados fueron asentamientos prehispánicos importantes a nivel regional y que albergaban a un número considerable de habitantes. Es en esta zona donde el río Asunción vuelve a tornar hacia el norte para bordear el enorme macizo de la sierra siguiendo su perímetro septentrional.

Pero es también aquí, un par de kilómetros al oeste de Laguna Prieta, donde se abre un cañón en la sierra que se adentra mucho más de lo que pudimos explorar y que podría ser parte de un pasaje natural que cruce la sierra por su zona media. A pocos kilómetros de la entrada del cañón, se localiza el sitio Panel Ballereau, reportado por Dominique Ballereau en 1984 y olvidado desde entonces por los investigadores nacionales. Decidimos visitarlo para corroborar el reporte del astrónomo francés, pero la dificultad de acceso al sitio, como ya había notado aquél, nos impidió intentar nada más que constatar su presencia y efectuar un registro rápido de sus elementos. Cabe decir, sin embargo, que alcanzamos a notar el potencial arqueológico de la zona, por lo que valdría la pena explorar el lugar más detenidamente.

Panel Ballereau es un sitio singular. Sobre una pared lisa y alta de la cañada se despliegan cientos de petrograbados de motivos muy variados a lo largo de varias decenas de metros y alcanzando al menos una de ellas de altura. Predominan las representaciones geométricas y abstractas, aunque sobresalen también las figuras de lanzas o flechas, dos mujeres embarazadas y algunos dibujos que sugieren especies marinas, al parecer pulpos o calamares.

Dada la dificultad para llegar a este sitio, consideramos que o bien era de acceso restringido o bien en efecto el cañón forma parte de un corredor natural y el enorme panel fue colocado allí para ser visto por los transeúntes, aunque es fácil pensar que el tránsito por dicho corredor no sería de acceso libre.

Mucho más cercano a la entrada del cañón, localizamos otra concentración de petrograbados mucho más pequeña que el panel, aunque altamente visible desde el cauce seco del arroyo por el que caminábamos. Porque ese es el sendero que corre a lo largo del cañón: el cauce seco de un arroyo que en tiempos de lluvia necesariamente impedirá el paso hacia el interior, colocando el panel en un contexto más restringido ya que solo puede ser visto desde el nivel del suelo y no desde las cimas cercanas.

Entre la Laguna Prieta y la entrada del cañón encontramos, en una loma de poca elevación, una concentración de desechos de talla que pudieran corresponder al campamento ocasional de algún grupo que fuera siguiendo la ribera sur del río, mismo que se encuentra pocos metros hacia el norte.

Por último, en el extremo norte de la sierra El Álamo, justo donde el Asunción se une con su último afluente el arroyo Tajitos, se encuentra el rancho conocido actualmente como El Paisaje, mismo que nos había sido referido por su antiguo nombre El Escalón. En este, además de un afloramiento de fósiles, pudimos registrar la pared de un cerro con numerosos petrograbados y un par de terrazas sobre el mismo. Los grabados eran difíciles de ver por encontrarse muy borrados, quizá debido a una mayor antigüedad con respecto al resto o por una mayor intemperización. Al pie de la pared encontramos algún material cerámico.

En una colina cercana, se localizaron varios cimientos de piedra que podrían corresponder a una estructura de varios cuartos, aunque esto sólo podría verificarse por medio de una excavación.

Consideraciones generales

No es esta la totalidad de los sitios registrados por el proyecto PRACBRA durante sus cuatro temporadas de campo, pero sí son los más significativos. Para su estudio puntual hace falta todavía más trabajo de prospección y de excavación; sin embargo, aquí interesa su mera presencia en un área donde tradicionalmente se supone que sólo había bandas trashumantes de cazadores recolectores semidesnudos y belicosos porque pone en entredicho la visión tradicional de que los únicos asentamientos con cierto grado de civilización, y por ende los únicos que interesarían a la arqueología oficial, serían aquellos que se encontraran hacia el este, más allá de las márgenes orientales del desierto, aquellos que habrían recibido la influencia de Casas Grandes o de los Hohokam.

Según Sauer y Brand, *“Caborca is and has been through most of historic time about at the Western limit of the permanently settled country, though it is probably by many miles nearer that limit today than it has been in the earlier historic past”* (Sauer y Brand, 1931:100) Es decir, que la posibilidad de que existieran asentamientos permanentes durante la época prehispánica más allá de lo que se supone hoy en día, no escapó a las observaciones de estos geógrafos quienes, de hecho, reportaron el sitio El Vado (Son:E:7:3), en el rancho del mismo nombre, aproximadamente a ocho kilómetros al oeste del Bízani, Incluso Huntington, en 1910, había ido más lejos al reportar sitios similares en la sierra El Álamo, en el ejido San Francisco y en las inmediaciones de Desemboque. El también geógrafo Alfonso Luis Velasco había apuntado ya, en 1893, que: *“A dos kilómetros de la desembocadura de este río hay algunos jacales de indios y gran cantidad de agua potable en cualquier estación del año”* (Velasco, 1893:28)



Olla proveniente del rancho El Vado, recuperada en años recientes por sus propietarios actuales.

El sitio *El Vado* de Sauer y Brand podría corresponder a lo que, veinte años antes, Lumholtz registró como *Álamo Muerto* y que define en los siguientes términos:

“Mexican ranches, formerly Papago rancheria. In Papago, *Aupa* (“Cottonwood Tree.” Plural is *aúpa*). Eight leagues west of Caborca and four leagues north-east of Pozo Moreneño, it is situated on the Altar River, on the llano; the ranches are about north of the Sierra del Alamo, which is near by, and three leagues west of Bisani.” (Lumholtz, 1971:387)

Como podemos ver, la existencia de un lugar como El Tren no resulta atípica si nos atrevemos a echar un vistazo más allá de lo convencionalmente aceptado ya que las condiciones de la región lo hacen perfectamente posible. En este, como en muchos otros casos, quitarnos los anteojos ibéricos del XVII, y especialmente los académicos del XX, resulta más útil que hacer la prospección con ellos puestos. Los europeos describieron, con mayor o menor acierto, lo que vieron mientras estaban inmersos en unas circunstancias muy particulares y, aún cuando asumiéramos que fueron más veraces que desatinados, debemos aceptar que, por fortuna o por desgracia, no pudieron verlo todo. Además, las fuentes registran lo que era visible en su tiempo y no lo que había existido antes. Los criterios de los cronistas del siglo XVI no pueden ser los mismos de los que se sirve la arqueología en la actualidad, en especial si se trata de caracterizar grupos humanos y culturas distintas desde perspectivas tan radicalmente diferentes. Y

siempre cabe preguntarse ¿por qué fundarían la misión del Bísani en un área que hoy día muchos investigadores suponen deshabitada para esa época?

Clasificación preliminar de los sitios

Con base en los datos disponibles hasta el momento, proponemos una clasificación provisional de los sitios de acuerdo con las siguientes categorías:

A) Tipo I.- Aquellos sitios que por sus dimensiones y multiplicidad de vestigios arqueológicos destacan ostensiblemente por sobre los demás. Este tipo de sitios integra, en su composición, dos o más cerros. En esta categoría, hasta el momento, de entre los sitios registrados por el proyecto PRACBRA solo podríamos incluir a El Tren. El sitio de este tipo más cercano al mencionado sería La Proveedora, ubicado algunos kilómetros al noroeste, aunque en la margen opuesta del río Asunción. No se descarta una alta probabilidad de relación entre ambos asentamientos.

B) Tipo II.- Aquellos sitios que, siendo de menores dimensiones que los del Tipo I, presentan una riqueza de vestigios similar. De hecho, pueden encontrarse muy cercanos a los primeros y estar relacionados con estos. En su composición integran, al menos, un cerro. De entre los registrados hasta el momento, incluiríamos en esta categoría a El Metate, El Mójoqui y El Cerro del Pápago.

C) Tipo III.- Aquellos sitios que, aunque presentan una variedad significativa de elementos arqueológicos, no integran en su composición ningún cerro y suelen estar mayormente en la planicie. Entre estos incluiríamos a El Pozo del Pápago, El Bízani Histórico y Las Palomas.

D) Tipo IV.- Aquellos sitios que presentan una variedad de materiales arqueológicos menor, limitándose a dos o tres de ellos (especialmente cerámica, lítica, concha y/o manifestaciones rupestres) y que, pudiendo estar asociados a algún cerro no presentan, sin embargo, restos visibles de arquitectura de ningún tipo. Entre los registrados, proponemos a el Cerro Bízani, El Cerro de la Ventana, El Paisaje y Las Calenturas.

E) Tipo V.- Aquellos sitios que, aunque se definen por la presencia de algún rasgo arquitectónico (e. g. terrazas, corrales, etc.), no presentan ningún otro tipo de material o escasamente algún fragmento aislado. Entre estos ubicamos al Cerro Colorado, las Terrazas de Las Aguilieñas y El Moreneño.

F) Tipo VI.- Aquellos sitios que no presentando vestigio arquitectónico alguno se definen por la presencia de algún otro tipo de elemento arqueológico aislado, como concentraciones cerámicas, líticas o de manifestaciones rupestres, etc. Aquí incluiríamos al resto de los sitios no mencionados en los tipos anteriores, como las concentraciones rupestres de Las Aguilieñas, El Cuchillón 1 y 2, el Panel Cuchillón, Panel Ballereau, etc.

Esta clasificación no pretende sugerir una escala en términos de importancia, aunque en los sitios de Tipo I y II pueda asumirse razonablemente una mayor complejidad interna. Sin embargo, pensamos que sitios como El Moreneño o el Panel Ballereau, por ejemplo, revestían particular importancia para los grupos a los que pertenecían dado que, a pesar de la aparente simplicidad del registro arqueológico, su ubicación, su carácter simbólico y posiblemente ceremonial sugieren que debemos verlos como sitios más complejos y de particular relevancia.

Discusión y Comentarios

El Paisaje

El término *Paisaje* se refiere tanto a la humanización física del entorno natural como a una determinada perspectiva cultural del mismo.

Los estudios de paisaje en arqueología han oscilado entre dos posturas extremas bien definidas: la primera, es aquella que asume la primacía de la naturaleza por sobre la cultura y según la cual los grupos humanos se relacionan con su entorno de una manera meramente adaptativa, es decir, pasiva.

La segunda, en cambio, postula que no hay entorno natural que las sociedades humanas, con su sola presencia, no haya modificado de manera evidente, esto es, humanizándolo consciente o inconscientemente, y que todo estudio sobre el paisaje parte, necesariamente, de una preconcepción cultural.

En el Desierto de Sonora, una observación superficial nos llevaría fácilmente a caer en cualquiera de estos polos. Si bien, las condiciones extremas del desierto invitan a adoptar una agenda precisa para la supervivencia, también es cierto que ésta no sería posible sin una amplia diversidad cultural por medio de la cual pueden aprovecharse un mayor número de recursos.

El habitante del desierto está obligado a conocer minuciosamente su entorno; su geografía, sus ciclos, sus demás habitantes, incluso sus horarios, ya que el desierto puede ser pródigo en diversidad pero no lo es en abundancia. En este sentido, el conocimiento del medio se torna estratégico, no sólo para la supervivencia individual sino para la convivencia social. Es éste un lugar de alta competencia, de tal forma que convertir el entorno en un sistema de referencias, en un paisaje humanizado, puede resultar una herramienta de gran utilidad.

Dicho sistema de referencias incluye, necesariamente, tiempos y lugares para la caza, la recolección, la pesca, la agricultura, pero también para la veda, para la conservación de alimentos, para la obtención de materias primas, para el aprovechamiento del agua subterránea.

Gran parte del desierto sonoreño está cubierto de referencias: una enorme riqueza gráfica, lamentablemente poco estudiada, se descubre en, al menos, el

70% de los cerros de la región. Desafortunadamente, no disponemos de las referencias intangibles, del conocimiento oral necesario para el entendimiento de este paisaje humanizado. No obstante, resulta plausible pensar, con base en algunos registros históricos, que buena parte del sistema referencial del desierto iba más allá de la mera supervivencia.

Los estudios antropológicos sobre el paisaje no son nada nuevos. Ya en los primeros números de las revistas *American Anthropologist* y *Antiquity*, por citar solo dos ejemplos conocidos, encontramos artículos sobre diversos aspectos relacionados con este tema. Sin embargo, con la entrada en escena de la llamada *Nueva Arqueología*, a mediados del siglo pasado, la mayoría de las propuestas sobre estudios del paisaje pasaron a segundo término. Al neopositivismo no pareció llamarle particularmente la atención este tipo de estudios, quizá por no ser cuantificables y manejables estadísticamente.

No obstante, muchos investigadores han abordado el estudio arqueológico del paisaje enfocándose en la geografía mensurable, por medio de *Sistemas de Información Geográfica* (GIS) y otros procedimientos análogos, logrando detalladas interpretaciones donde los tradicionales *sitios arqueológicos* constituyen el punto de fuga argumental y la razón de ser de los estudios mismos.

Por otro lado, hay también quienes han sostenido que esto no es suficiente. La vasta extensión de espacio que media entre los sitios, por lo general, desempeña un pobre papel, cuando desempeña alguno, en la mayoría de dichas interpretaciones: los senderos, los caminos, a veces las calzadas, que cruzan estos espacios suelen obviarse, a menos que se trate de algún estudio sobre comercio e intercambio. Pero aún en este último caso, suele asumirse que dichas redes itinerarias fungían como meros lugares de tránsito cuyo único fin era el de facilitar la satisfacción de necesidades económicas de los grupos en cuestión.

Nosotros pensamos que tanto la cultura itineraria como otros aspectos del paisaje, por ejemplo las fronteras, los lugares sagrados o incluso las orientaciones cardinales, no necesariamente obedecían en su totalidad a imperativos geográficos o económicos, sino que eran el resultado de la interacción social e histórica de los grupos humanos con su entorno. Un sendero, por ejemplo, puede

utilizarse tanto por necesidades económicas, e. g. comercio, como religiosas, e. g. peregrinaciones; incluso puede servir como marcador territorial o identitario.

La manera en que los grupos humanos *ven* su entorno, lo *usan*, lo *conceptúan*, esto es, lo *interpretan* y lo *asimilan*, puede sugerirnos mucho acerca del *ethos* de su cultura, es decir, de su esencia, de su forma histórica de haberse ido organizando, de su sistema de referencias. En otras palabras, la relación que los grupos humanos tienen y mantienen con su entorno puede atisbarse desde la perspectiva del análisis del *cómo lo enuncian*: qué dicen y qué callan de su paisaje inmediato, cotidiano; qué aprovechan y qué evitan; qué permiten y qué prohíben; qué ven y qué no ven alrededor suyo los grupos, las comunidades, los pueblos.

Paisaje y Cultura itineraria

El desierto es un contexto ideal para desarrollar estudios de arqueología del paisaje. En particular, en el desierto sonoreño las sierras de la región constituyen un sistema de referencias singular en esta concepción itineraria del espacio. Consideramos que no es casual, por ejemplo, que casi todos los macizos montañosos visibles a gran distancia alberguen numerosos conjuntos de manifestaciones gráficas rupestres, principalmente petrograbados.

En este proyecto, estamos de acuerdo con Charles Trombold en que, a despecho del grado de complejidad que pueda tener una sociedad con respecto a otra distinta, las redes itinerarias desarrolladas por cualesquiera de ellas conectan diversos puntos del paisaje que varían con respecto al valor con que dichas sociedades los ha *cargado*, valor que incluso puede cambiar en la misma sociedad a través del tiempo.

Según este mismo autor, vistos en conjunto, los sistemas de caminos usados por una sociedad particular, desde el momento en que se ha decidido conectar ciertos puntos del paisaje a expensas de otros, puede decirnos mucho acerca no sólo de la manera en que dicha sociedad se relacionaba con su entorno sino también de su organización interna e incluso de su sistema de valores²⁰. Así, por ejemplo, si comparamos nuestro actual sistema de carreteras y vías

²⁰ Cf. Trombold, 1991

ferroviarias con aquellos otros de finales del siglo XIX y principios del XX, obtendremos una imagen cuantitativa y cualitativamente distinta de la sociedad mexicana o estadounidense de ambos periodos; además, para nadie es desconocido el hecho de que construir carreteras nuevas cambiando ligeramente el emplazamiento de las vías en algunos puntos puede dar al traste con la economía de ciertos asentamientos y, en cambio, favorecer el desarrollo de la de algunos otros en función de su cercanía a la nueva ruta.

Lo anterior, puede resultar muy evidente con ejemplos contemporáneos; sin embargo, debemos de ser muy cautelosos a la hora de aplicar este tipo de análisis a otros contextos y a otras épocas. En los desiertos, por ejemplo, es posible encontrar rutas articuladas por rasgos visibles del paisaje que a manera de piedras miliarias van orientando a los caminantes; sin embargo, no encontraremos caminos físicamente visibles y delimitados sobre el terreno más allá de los que el uso constante demarcaría. Suponemos que no tendría mucho sentido construirlos ya que, debido a las constantes tormentas de arena y al movimiento permanente de las dunas, estos quedarían sepultados en poco tiempo, además de que su utilidad práctica sería mínima. *Pensamos que la cultura itineraria de los grupos del desierto se basa en un conocimiento profundo del paisaje.* De hecho, los cerros y los ríos mismos pueden fungir como referencias itinerarias, más allá del aprovechamiento económico del que puedan ser objeto.

¿Es posible, a través del estudio (medición, registro y análisis) de su cultura(o estructura o arquitectura) itineraria, conocer la distribución espacial y temporal de las actividades de los grupos humanos? o, lo que es lo mismo ¿Es posible realizar una actografía social a través del estudio de la cultura itineraria? ¿Se puede, por medio de un mapeo exhaustivo de las manifestaciones gráficas rupestres a nivel regional, identificar una cultura itineraria? ¿En qué forma los itinerarios paleoindios se empalman o entrecruzan con los arcaicos, los cerámicos, los históricos y los actuales?

En el *Desierto de Sonora*, un atento estudio de la visibilidad y singularidad de los rasgos orográficos, entre otros componentes del paisaje, como las redes fluviales o la vegetación misma, podría darnos la pauta para comenzar a distinguir

posibles redes itinerarias que nos permitan inferir los patrones de movilidad de los grupos humanos que han habitado esta región desde que los pobladores del continente hicieron su aparición por estos lugares.

Algunas conclusiones provisionales

A pesar de lo impredecible y accidentado que ha sido el trayecto de este proyecto, es posible ahora vislumbrar un rico panorama arqueológico a nivel regional y proponer, con base en los datos obtenidos hasta el momento, una primera interpretación de los procesos ocurridos en esta sección del *Desierto de Sonora* en tiempos prehispánicos y protohistóricos. Para esto, debemos tener constantemente presente el hecho de que existe una diferencia sustancial entre *cultura arqueológica* y *grupo étnico*, debate de viejo cuño, es cierto, pero que suele pasarse por alto con no poca frecuencia.

La región a la cual se avoca este estudio, cuyo núcleo es la cuenca del río Asunción, se encuentra actualmente inmersa por completo en lo que tradicionalmente se ha venido llamando, en arqueología, *Cultura Trincheras*; sin embargo, no puede afirmarse que dicha región haya estado habitada, durante la época prehispánica, por un solo grupo étnico que correspondiera, de parte a parte, con la cultura arqueológica que hoy conocemos.

De hecho, en este proyecto nos inclinamos más por la posibilidad de que el área que se articula en torno al río Asunción haya sido habitada, usada y ocupada de muy diversas maneras por distintos grupos humanos a lo largo del tiempo:

A) *Habitada*, porque sitios monumentales, como El Tren, y canales de irrigación, como los reportados por Bowen²¹ en el área de Pitiquito, no parecen haber sido hechos para estancias breves o estacionales, ya que la gran cantidad de trabajo invertido en ellos nos sugiere que al menos un grupo de personas habitaba permanentemente allí, sea para darles mantenimiento sea porque su posición estratégica así lo exigía;

B) *Usada*, porque la gran diversidad de recursos que ofrece este desierto, desde la flora y la fauna hasta el paisaje mismo, parece no haber pasado desapercibida para los grupos humanos relacionados con él, quienes, de hecho, poseían un conocimiento fenológico profundo de la región. Las constantes guerras que sostenían los grupos Sobas, habitantes de la región de Caborca a la llegada de los españoles, con sus vecinos orientales no serían comprensibles si esta

²¹ Cf. Bowen, 1972.

región del desierto no tuviera más atractiva que tierras yermas y temperaturas extremas; y

C) *Ocupada*, porque el hecho de que la gran mayoría de los cerros de la región presenten algún tipo de vestigio arqueológico, como terrazas, petrograbados, cerámica, etc., evidencia la apropiación cultural que de la misma han hecho los grupos humanos durante miles de años.

Recordemos, que nuestra región de estudio incluye dos grandes áreas de inundación: la primera, justo al este de la ciudad de Pitiquito, donde confluyen el río Concepción, el río Altar y el arroyo El Muchachito, punto que constituía el límite oriental del territorio Soba en el siglo XVII; la segunda, al oeste de la ciudad de Caborca, justo al trasponer el puerto natural que forman los conjuntos montañosos de La Proveedora y el Cordón de Lista Blanca, y donde se une el arroyo Tajitos con el río Asunción. En la fotografía satelital de la página siguiente, pueden apreciarse dichas áreas como dos grandes manchas blancas, señaladas con dos círculos de color azul, a ambos lados de la ciudad de Caborca.

En este sentido, nos parece plausible la posibilidad de que algunas de estas áreas, como la planicie que se encuentra entre el conjunto La Proveedora y la sierra El Álamo, justo al norte del sitio El Tren, hayan presenciado una alta movilidad en sus asentamientos debido tanto a las inundaciones periódicas como al movimiento de norte a sur del cauce del río.

Por otro lado, consideramos que pudo haber existido una suerte de continuidad itineraria entre el Cerro de Trincheras, el sitio Tío Benino, ubicado en el valle de Altar, La Proveedora y el sitio El Tren, descrito más arriba, atendiendo únicamente a los cerros terraceados más prominentes. Sin embargo, por el momento contamos con muy poca información con respecto a nuestra región de estudio como para poder compararla con las descripciones hechas para los sitios del valle de Altar²² y del Cerro de Trincheras²³. No obstante, no podemos dejar de

²² Cf. McGuire y Villalpando, 1993.

²³ Cf. Fish y Fish, 1997; McGuire y Villalpando, 1994, 1995 y 1997.



Zonas de inundación, señaladas con círculos de color azul, al este y oeste de la ciudad de Caborca. Los puntos rojos señalan sitios arqueológicos registrados por PRACBRA.

notar que, por un lado, todos estos sitios se encuentran muy próximos entre sí, entre una y dos jornadas uno de otro, y conectados por el mismo río; y por otro, que cercanos a todos ellos existen muchos otros con manifestaciones gráficas rupestres cuyos motivos, dimensiones y estilo sugieren una diversidad cultural y una variación temporal dignos de ser incorporados a cualquier análisis de patrón de asentamientos que se efectúe sobre la región.

Apuntes en torno a lo Trincheras

Antes que nada, debemos considerar que Sauer y Brand definieron la Cultura Trincheras, y de paso la Aztatlán, de la misma forma en que los geógrafos, como ellos, definen los biomas. De hecho, este es un asunto poco explorado en la arqueología, pero hay una correspondencia entre la forma de definir ambas cosas. Se toma como definitorios los rasgos que se mueven menos y que son más duraderos: las plantas (en los ecosistemas), para definir biomas, y la arquitectura y cerámica (en la arqueología), para definir culturas arqueológicas.

Los *cerros de trincheras* deben descartarse como elemento diagnóstico de la *Cultura Trincheras*, en caso, por supuesto, de que esta denominación pueda seguir siendo válida para caracterizar arqueológicamente a *todo* el desierto sonorense.

Enfocar el estudio del área conocida como *Cultura Trincheras* empezando por la distribución, presencia o ausencia de los *cerros de trincheras*, es completamente erróneo. Los cerros de trincheras no son diagnósticos de las culturas arqueológicas del *Desierto de Sonora*²⁴; de hecho, son tan espectaculares que nos tapan la vista y nos dificultan el reconocimiento de otros elementos que podrían ser verdaderamente característicos de dichas culturas, como los petrograbados, por ejemplo. Por enfocarnos en el papel “internacional” que pudo haber desempeñado el *Cerro de Trincheras*, perdemos la perspectiva de la función local de los cerros terraceados: el árbol no nos deja ver el bosque.

Desde el momento en que la Cultura Trincheras toma el nombre de los cerros homónimos, y una vez que éstos pierden su condición de elementos diagnósticos, debemos considerar si dicha cultura puede seguir ostentando ese confuso nombre y, más importante aún, si debemos seguir llamando a los vestigios arqueológicos de la región noroeste de Sonora con tal denominación. El Cerro de Trincheras no nos permite ver la *Cultura Trincheras*. De igual forma, la *Cultura Trincheras* no nos permite estudiar el territorio del desierto sonorense.

²⁴ Los hay también en las regiones Hohokam y Casas Grandes, por ejemplo.

¿Cultura o culturas?

Con base en los datos etnohistóricos, podemos asumir que, al menos en el siglo XVI, existía una clara delimitación de territorios indígenas en la cuenca del río Concepción y, por ende, en la región de nuestro interés: entre Santa Ana y Oquitoa, se encontraban los Pimas orientales (Pimas); entre Oquitoa y la Sierra El Álamo, los Pimas Occidentales (Sobas), aunque estos últimos se extendían hacia el noroeste, posiblemente, hasta Puerto Peñasco o Sonoyta, y hacia el sur, hasta La Ciénega. Pero ¿qué tanto podemos extender esta distribución hacia el pasado? Creo yo que, por lo menos, hasta el siglo XIV, cuando el *Cerro de Trincheras* estaba todavía en funciones. Las claves son la *sacralidad* del paisaje y el *conocimiento* práctico del territorio, los cuales no se construyen en una ni en dos generaciones.

El *Cerro de Trincheras* se encuentra en una posición estratégica al ubicarse en la zona de confluencia entre *Lower Colorado Valley*, *Arizona Uplands* y *Sonora Plains*, tres de las siete subdivisiones del desierto sonorense identificadas por Shreve. Nuestra región de estudio, como ya vimos, se encuentra en la primera de ellas, aunque colinda con la segunda y con *Central Gulf Coast*.

El Cerro de Trincheras da la impresión de ser un caso atípico, producto de un líder o un grupo (todo parece indicar que se construyó todo de “un jalón”), que lo construyeron en alguna época de *vacas gordas*, que lo gobernaron durante tres o cuatro generaciones (1300-1450) y que, quizá por causas externas (cambio climático, enemigos, pérdida de importancia de los líderes en las redes de intercambio, etc.), no pudo mantener una cohesión interna y se fue abandonando poco a poco, aunque en un lapso de tiempo más bien breve²⁵.

Este sitio, puede haber funcionado, más bien, como un puerto de salida de los productos de la región Pima de la cuenca del río Concepción hacia el sur y el oriente (Río Sonora), de ahí sus peculiares dimensiones y características. Sin embargo, a pesar de su importancia, falló al momento de poder convertirse en un verdadero *lugar central* por razones que desconocemos, pero que podrían estar

²⁵ Toda proporción guardada, algo así como el imperio Carolingio.

relacionadas con el emplazamiento geográfico de este sitio que, aunque estratégico, no habría dejado de ser fronterizo: se encuentra en el margen sureste de la cuenca.

De hecho, el fracaso del *Cerro de Trincheras* como *lugar central*, incluso su mismo abandono, podría ayudar a explicar la hostilidad entre los pimas orientales (Pimas) y occidentales (Sobas) de la cuenca del Asunción que encontraron los españoles a poco más de siglo y medio de haberse abandonado el *Cerro*. Una vez desaparecidas las ventajas de la existencia del centro de intercambio hacia el oriente, concentradas en el *Cerro de Trincheras*, los pimas orientales se volcarían hacia el oasis de Caborca-Oquitoa, lo que habría provocado conflictos y diferencias entre ambos grupos. En cambio, el sitio de *La Playa*, seguiría en funciones, quizá por considerarse sagrado dada la presencia del cementerio, un mamut y varios geoglifos.

No debemos menospreciar el hecho de que los españoles iban en plan de guerra y que los grupos indígenas sabían de su llegada mucho antes de que se encontraran con ellos. Evidentemente, los grupos débiles siempre se han aliado, y se aliarán, con el grupo nuevo que se enfrenta a aquél que los tiene sometidos, especialmente si es fuerte. Sin embargo, esto no significa necesariamente que antes de la llegada de este grupo nuevo, las relaciones hubieran sido las mismas. Toda entrada de un nuevo competidor, especialmente de uno poderoso, radicaliza y agudiza las relaciones entre los competidores existentes.

Cuando los españoles comienzan a hacer sus observaciones y descripciones, el panorama social es el de un momento de crisis (por su llegada, claro está), lo que explica que solo vean relaciones tensas entre los grupos que van encontrando. Además, la disminución de la población por efecto de las epidemias necesariamente habría agudizado de manera crítica relaciones que antes podrían haber sido perfectamente más relajadas, conduciendo a los grupos indígenas a una polarización extraordinaria y, por ello, más evidente a la mirada ibérica que venía entrenadísima en asuntos bélicos a causa de la *Reconquista*.

Así, los grupos indígenas que, en su momento, constituyeron una barrera para las avanzadas españolas (como los Yaquis o los Sobas), pudieron haber habitado territorios mucho más transitables, o menos herméticos al intercambio, antes de la invasión europea; claro está, manteniendo su hegemonía de una u otra forma, mediante guerras o alianzas, por ejemplo, pero sin llegar a convertirse en territorios herméticamente cerrados.

Finalmente, puede que estos grupos hegemónicos no necesitaran nada de los extranjeros, pero eso no significa que los extranjeros no necesitaran nada de ellos. Se volvieron hegemónicos porque eran más autosuficientes que los demás, debido a que ocupaban territorios más fértiles y abundantes en recursos. Esto nos lleva a la circunscripción geográfica de Carneiro y, posteriormente, a la circunscripción social. *La cuenca baja del río Asunción recibe los afluentes de seis ríos, se encuentra junto a la costa, y tenía, al menos, dos manglares.* Tales ventajas, debieron contribuir al conflicto, incluso entre grupos relacionados, provocando la división entre pimas que observaron los españoles y cuya presencia agudizó.

¿Qué podrían haber recibido los Sobas a cambio de sus productos? Quizá, mano de obra, mujeres, estatus, prerrogativas ideológicas (como que los lugares sagrados se encontraran en su territorio, e. g. La Proveedora o la laguna de Quitovac), o productos exóticos como plumería, pieles y plantas alóctonas, etc.

Más que mirar la historia a través del cristal español-católico, debemos considerar al factor europeo como uno más en la dinámica social y territorial de nuestra región de estudio. Los españoles nunca fueron un *enemigo común* para los grupos indígenas dado que entablaron relaciones distintas con cada uno de ellos en diferentes épocas y condiciones.

Algunas especulaciones sobre historia regional

El desarrollo de la cultura Trincheras (si es que tal cosa existió), posiblemente se dio de poniente a oriente. Tomando en cuenta que en El Deseo-El Tren sólo se encontró material cerámico Trincheras temprano; que en La Proveedora hay una ocupación también temprana; que en Tío Benino hay

materiales tempranos e intermedios y que en Cerro de Trincheras sólo apareció material tardío, aunque en todos ellos el material lítico y malacológico está presente y el iconográfico predomina en los sitios occidentales, podemos suponer que la llamada cultura Trincheras surgió como una adaptación local al medio desértico (quizá influida por los grupos Hohokam) mucho antes de la expansión Casas Grandes.

En esta etapa temprana, el trabajo de concha comenzó a desarrollarse, quizá a nivel meramente local, aunque después, por alguna razón (tal vez como parte del intercambio de otros recursos, como la sal, pescado, etc.), comenzó a generalizarse su estatus de bien suntuario de intercambio y a refinarse y especializarse la técnica y el trabajo malacológico.

En esta misma etapa, la imaginería rupestre pudo haber tenido un papel social más importante que en épocas posteriores. El hecho de que sitios como El Tren, La Proveedora, El Mojoqui, Panel Ballereau, Cordón de Lista Blanca, El Moreneño o El Metate se encuentren en la parte occidental, y de que los sitios orientales (Cerro de Trincheras) no tengan un componente iconográfico tan espectacular, sugiere que el imaginario simbólico quedó asentado desde épocas tempranas, quedando los sitios más tardíos del este ligados simbólicamente a los sitios más tempranos del oeste, amén de que en el oeste se encontraba el mar, proveedor de recursos permanente y hacia donde convergían muchos intereses.

Posteriormente, el desarrollo de la cultura Casas Grandes propició la expansión de la cultura Trincheras hacia el este impulsado por el interés de los primeros en los recursos de los segundos. Esto alentó el establecimiento de asentamientos cada vez más hacia el oriente con el fin de fortalecer las redes de intercambio. La búsqueda de sitios cada vez más estratégicos conllevó un cambio en el patrón de asentamientos: de asentamientos “dispersos” como El Tren a asentamientos más “concentrados” como los cerros de trincheras propiamente dichos (cerros aislados, etc.), lo que, a su vez, llevaría a la optimización en el uso y construcción de las terrazas siendo ya en la etapa final más elaboradas y multifuncionales como en Cerro de Trincheras.

Este proceso pudo haber propiciado una polarización de los asentamientos. Conforme cobraban mayor importancia las relaciones de intercambio, los asentamientos tempranos fueron siendo abandonados en favor de los más tardíos, aunque los grupos costeros permanecerían en el litoral debido a su adaptación específica a los recursos marinos y a su papel insustituible en las redes de intercambio. Al colapsarse dichas redes (este-oeste), hacia el posclásico tardío o la caída de Casas Grandes, la densidad poblacional quedaría cargada todavía hacia el este, quizá por la agudización de las condiciones desérticas, quizá por motivos socio-económicos de alcance micro-regional que no se han detectado, quizá por alguna ruta de intercambio sur-norte (occidente-southwest) que aún persistiera. Dicha distribución poblacional sería la que encontrarían los europeos hacia los siglos XVI y XVII, razón por la cual las fuentes de la época no registran grandes poblaciones al oeste del río Asunción, aunque sea en ésta área donde se encuentran los sitios con mayor densidad en manifestaciones rupestres. No tomar en cuenta este tipo de elementos puede conducirnos a interpretaciones erróneas, o al menos sesgadas, de los procesos socio-culturales, tanto a nivel histórico como geográfico.

Quizá tras el colapso hubo una revaloración de los sitios simbólicos y, de alguna forma, comenzaba un retorno hacia el oeste que fue interrumpido por la conquista.

Consideraciones finales

Como se ha podido apreciar, la gama de sitios registrados hasta el momento, tomando en cuenta las cuatro temporadas de trabajo de campo (2005, 2006, 2007 y 2008), destaca por su heterogeneidad, tanto en cuanto a las dimensiones de los sitios como a su composición, temporalidad y ubicación. Resultaría difícil y aventurado tratar de caracterizar la región en términos arqueológicos únicamente con los datos con los que contamos hasta el momento, especialmente sin contar con información proveniente de excavaciones. No obstante, esta misma diversidad nos brinda la posibilidad de plantear algunas hipótesis preliminares.

En primer lugar, que nuestra región de estudio fue el escenario de la residencia, movilidad e interacción de diversos grupos, tanto locales como foráneos, algunos de los cuales compartían ciertas características culturales aunque políticamente podrían haber sido grupos distintos. En este sentido, nos parece que la denominación de *Cultura Trincheras* aplicada a todo el noroeste desértico del estado de Sonora es, por lo menos, inadecuada y equívoca ya que da la idea de una uniformidad cultural que está muy lejos de corresponder con el registro arqueológico.

En segundo lugar, la construcción arqueológica de la Cultura Trincheras, al igual que la de tantas otras, no solo tiene más de setenta años de haberse propuesto, habiendo sufrido muy pocas modificaciones hasta el momento, sino que, por un lado, está basada en características cerámicas y arquitectónicas que ni siquiera están presentes en toda la región, a excepción, quizá, del material malacológico mismo que, sin embargo, trasciende los límites de lo *distintivamente* "Trincheras"; paradójicamente, esta construcción cultural nunca ha tomado en cuenta al que posiblemente sea uno de los vestigios arqueológicos más abundantes y ubicuos de toda la región, a saber, las manifestaciones rupestres.

Por otro lado, denominar a la región entera basándose en los rasgos propios de algunos sitios no solo produce el efecto de homogeneizar culturalmente toda la diversidad arqueológica presente en los yacimientos, sino que, lo que es más grave, uniformiza a nivel teórico las consideraciones en torno a los procesos

sociales e históricos en que los grupos humanos de la región pudieron haber intervenido. En particular, desde Sauer y Brand, se tiende a construir “lo Trincheras” de acuerdo al grado formal de semejanza con algunos pocos sitios, especialmente con el *Cerro de Trincheras*, asumiendo que lo *formalmente distintivo* de estos sitios arqueológicos es, en consecuencia, *esencialmente constitutivo* de toda la región (*vid supra*).

En tercer lugar, resulta evidente que la región de nuestro interés ha tenido una ocupación humana no solo de considerable duración sino que, más allá del tardío registro etnohistórico (S. XVII), la plétora y diversidad de yacimientos arqueológicos sugiere una presencia de grupos humanos al menos mayor y más heterogénea que la que hasta ahora se ha supuesto. Cabe añadir, que no deja de tener influencia en dichas suposiciones el hecho de que se trate actualmente de zonas “desérticas” y de que se cuente con muy escasa información sobre grandes porciones de la región.

En cuarto lugar, se echa de ver que la cultura itineraria de los grupos del desierto sonoreense, esto es, sus redes de movilidad, se encontraba íntimamente relacionada principalmente con dos aspectos: primero, la división política interna de la región y, segundo, el paisaje.

En cuanto a la división política interna, podemos decir que, desde el momento en que aceptamos que la región era compartida por grupos diversos asumimos que cada uno de ellos ocupaba un área en específico. Todos los grupos indígenas del noroeste mexicano sobre los que existe alguna descripción para los siglos XVI y XVII, presentaban una división territorial semejante a la que aquí se propone, en especial, aquellos grupos que se asentaban a lo largo del cauce de un río siendo particularmente evidente, entre estos, la división entre grupos costeros, grupos de las planicies y grupos serranos, *aún siendo étnicamente los mismos*.

La relación de la red de caminos con el paisaje podría parece una impresión más subjetiva; sin embargo, es indudable que los rasgos fisiográficos siempre han jugado un papel importante en la cosmovisión de muchos grupos humanos fungiendo, muchas veces, como verdaderas piedras miliare. En este sentido, la

envergadura y la singularidad de muchos de los cerros y serranías de la región de Caborca son altamente visibles desde grandes distancias permitiendo, si hemos de creer a las fuentes históricas, la comunicación visual entre cerros distantes por medio de grandes fogatas durante la noche o de señales de humo durante el día. Significativamente, en la mayoría de los lugares que gozan de alta visibilidad se encuentran vestigios arqueológicos, especialmente petrograbados. Por otro lado, pensamos que tanto el río Asunción como sus principales afluentes (los ríos Altar, El Muchachito y Tajitos) estructuraban, a manera de líneas duras o ejes principales, la red itineraria que aquí se propone. No debemos olvidar que los cerros, además de ser altamente visibles a distancia son excelentes miradores para ver a distancia: *no sólo son visibles desde lejos sino que sirven para ver a lo lejos.*

En quinto lugar, y relacionado con el punto anterior, consideramos que la importancia de las manifestaciones gráficas rupestres *como elemento arqueológico* no ha sido debidamente aquilatada hasta el momento por los mismos arqueólogos, especialmente por los “trinceristas”. La enorme cantidad de información concerniente al paisaje y a los conocimientos astronómicos de los grupos del desierto sonorense no solo se encuentra insuficientemente estudiada sino que, además, la escasa información de que se dispone no suele integrarse a los análisis junto con el resto de la información proveniente de vestigios *más tradicionalmente arqueológicos* (cerámica, arquitectura, lítica, entierros, etc.)

Tristemente, los elementos gráficos rupestres no suelen ser tomados en cuenta ni siquiera a nivel de registro, a menos, claro está, que se trate de un proyecto específico sobre manifestaciones rupestres en cuyo caso suelen registrarse aislados del contexto y su análisis se limita a consideraciones meramente formales. En el mejor de los casos, en los proyectos arqueológicos tradicionales se registra su presencia de manera general (presencia / ausencia) y prácticamente como una mera curiosidad. No hace falta más que echar una mirada a las cédulas oficiales de registro de sitios arqueológicos del INAH para darse cuenta de la poca importancia que a las manifestaciones rupestres se

confiere oficialmente como vestigios arqueológicos no digamos ya como elementos socialmente funcionales.

En consecuencia con lo anterior, este proyecto ha intentado otorgar a los vestigios rupestres la misma importancia que a los cerámicos, malacológicos, arquitectónicos, etc., en el entendido de que esto nos permitirá realizar una interpretación más completa e integral no solo de los sitios arqueológicos en sí mismos sino, además, de la región y sus procesos. Por el momento, y de acuerdo con la información de que disponemos, proponemos que, al menos en el *Desierto de Sonora*, las manifestaciones rupestres desempeñaron un importante papel como *marcadores itinerarios*, amén del que seguramente tuvieron como marcadores territoriales, identitarios, cosmológicos, incluso como elementos mnemotécnicos, etc. La presencia de conjuntos de petrograbados en sitios estratégicamente ubicados y/o altamente visibles del paisaje resulta sumamente sugerente en este sentido.

Finalmente, proponemos que los sitios arqueológicos de la región, al menos los que hemos registrado hasta el momento, cumplían funciones muy diversas y eran “utilizados” en distintas épocas del año, aunque algunos de ellos, como El Tren o El Metate, por ejemplo, pudieron haber mantenido un núcleo mínimo de población permanente, incrementándose la ocupación en ciertos periodos del año.

En resumen

Cuatro temporadas de trabajo de campo y el correspondiente examen en laboratorio de los registros y materiales arqueológicos recuperados durante las mismas, han resultado en una ingente cantidad de datos cuyo análisis se encuentra todavía en proceso. No obstante, ya es posible adelantar, aunque de manera provisional, algunos de los resultados de la investigación.

Se han registrado, hasta el momento, más de setenta sitios arqueológicos no reportados anteriormente. Estos comprenden una amplia variedad en cuanto a su composición se refiere. El elemento arqueológico más abundante es, con mucho, el llamado *arte rupestre*, predominantemente en su variante de petrograbados, aunque también se ha encontrado pintura y una estructura que

bien podría ser un geoglifo. La arquitectura, por su parte, está presente en, al menos, la mitad de los sitios, principalmente en forma de terrazas; sin embargo, destacan las estructuras cimeras de El Tren y los caminos construidos en la ladera de El Deseo. La cerámica corresponde predominantemente a los tipos Trincheras tempranos, aunque la hay también tardía e histórica. Algunos tiestos no Trincheras están todavía en proceso de identificación.

También se ha encontrado material malacológico, tanto trabajado, en forma de anillos, brazaletes y pendientes, como en calidad de materia prima. En este aspecto, destaca el conchero Las Palomas donde dicho elemento se encuentra en abundancia junto con otros materiales. La lítica se encuentra igualmente bien representada, tanto la tallada como la pulida, habiéndose podido encontrar una interesante variedad de artefactos de distintas épocas. Destaca una punta de proyectil acanalada en el sitio La Mosca junto a una estructura circular. Por su parte, los morteros fijos son prácticamente ubicuos aunque de diversos tamaños y profundidades.

Una de las propuestas derivadas de los estudios realizados por este proyecto, es que la cultura Trincheras se originó en la cuenca baja de río Asunción, tesis respaldada por la presencia del sitio El Deseo y la sierra El Tren, y se desplazó, por razones políticas y/o económicas, amén de otras, hacia el oriente culminando en la zona del Cerro de Trincheras, considerado en este proyecto como el canto del cisne de dicha cultura arqueológica. Probablemente, las rutas de intercambio entre la costa sonorensis y otras regiones fomentaron la necesidad de asentamientos de mayor envergadura en puntos intermedios. Sitios como La Mosca, El Moreneño y El Deseo, incluso el Panel Ballereau, podrían ser producto de dicha necesidad.

Por lo que se ha visto hasta el momento, consideramos necesaria una revisión a fondo de lo que se ha venido llamando Cultura Trincheras, especialmente en lo referente a su definición y a su distribución. La definición sigue siendo, prácticamente, la misma de hace setenta años, cuando los geógrafos Carl Sauer y Donald Brand la plantearon por primera vez, en 1931, en

su *Prehistoric Settlements of Sonora with Special Reference to Cerros de Trincheras*. Por otro lado, en este proyecto planteamos la necesidad de sustituir el carácter homogéneo de dicha cultura, con el que actualmente suele rotularse toda la parte noroccidental del estado de Sonora, por un mapa más diverso de grupos que, aunque compartían ciertos rasgos materiales, como la cerámica, no constituían una sola etnia ni compartían del todo una misma identidad.

Bibliografía

Alvarez Palma, Ana María; Gianfranco Cassiano y Elisa Villalpando
1988 “La arqueología en Sonora”, en: **La Antropología en México: Panorama Histórico** No. 12: La Antropología en el Norte de México, p 88. INAH, México.

Alvarez Palma, Ana María; Ariel Echávarri Pérez; Jesús Armando Escárcega Escárcega; Julio César Montané Martí; Raúl Gerardo Pérez Bedolla; María Elisa Villalpando Canchola y Gerardo Rivas
1996 **Historia General de Sonora**. Tomo I: Periodo Prehistórico y Prehispánico. Gobierno del Estado de Sonora. Hermosillo, Sonora, México.

Arnold, David
2000 **La Naturaleza como Problema Histórico. El Medio, la Cultura y la Expansión de Europa**. Fondo de Cultura Económica, México.

Bandelier, A. F.
1890 **Final Report of Investigations among the Indians of the Southwestern United States Carried on Mainly in the Years from 1880 – 1885**. Cambridge University Press, partes 1 y 2. Papers of the Archaeological Institute of America, American Series III y IV.

Ballereau, Dominique
s/f **Reporte sobre Cuatro Temporadas de Investigación en el Sitio de Arte Rupestre de los Cerros de La Proveedora y Calera (Sonora, México)**. Mecanoescrito.

1988 “El arte rupestre en Sonora: petroglifos en Caborca”, en: **Trace** No. 14, p 5-72. CEMCA, México.

1989 “Découverte d’un Panneau Rupestre dans une Vallée de la Sierra El Alamo (Sonora, Mexique)”, en: **L’Anthropologie**, tome 93, No. 2, pp. 605-614. Masson, Éditeur; Paris, France.

Bowen, Thomas
1972 **A Survey & Revaluation of the Trincheras Culture**. Mimeógrafo.

1976 “Esquema de la historia de la cultura Trincheras”, en: **Sonora: Antropología del Desierto**. Beatriz Braniff y Richard S. Felger (eds) Colección Científica No. 27, p 267 – 280, INAH, México.

Braniff, Beatriz
1982 “Catálogo de sitios arqueológicos de Sonora (segunda parte)”, en: **Noroeste de México** No. 6, Centro Regional del Noroeste, INAH, Hermosillo, Sonora.

1985 **La Frontera Protohistórica Pima – Opata en Sonora, México. Propositiones Arqueológicas Preliminares.** Tesis Doctoral, FFyL, UNAM, México.

Braniff, Beatriz (coord.)

2001 **La Gran Chichimeca. El lugar de las Rocas Secas.** Jaca Book / CONACULTA.

Braniff, Beatriz y César Quijada

1978 “Catálogo de sitios arqueológicos de Sonora a enero de 1977”, en: **Noroeste de México** No. 2, Centro Regional del Noroeste, INAH, Hermosillo, Sonora.

Braniff, Beatriz y Richard S. Felger

1976 **Sonora: Antropología del Desierto.** Colección Científica No. 27, INAH, México.

Consejo de Recursos Minerales

1992 *Monografía Geológico-Minera del Estado de Sonora.* Editado por el Consejo de Recursos Minerales (CRM), de la Subsecretaría de Minas e Industria Básica (SMIB), de la Secretaría de Energía, Minas e Industria Paraestatal (SEMIP). Pachuca, Hidalgo, México.

Contreras, Eréndira y César Quijada

1991 “La importancia del arte rupestre en Sonora”, en: **Noroeste de México** No. 10, p 7-17, revista del Centro Regional Sonora, INAH, México.

1999 “Una regionalización de los sitios con manifestaciones gráfico-rupestres en Sonora”, en: **Noroeste de México.** Número especial: Antropología de la identidad e historia en el norte de México. Homenaje a Alejandro Figueroa. P136-145. Revista del Centro Regional Sonora, INAH, México

Cordell, Linda

1997 *Archaeology of the Southwest.* Academic Press, Inc., San Diego, California

Ekholm, Gordon

1938 **Archaeological Sites Visited.** Informe en el Archivo de Monumentos Prehispánicos. INAH.

Escárcega Escárcega, Jesús Armando

1996 “Geología de Sonora”, en: **Historia General de Sonora.** Tomo I: Periodo Prehistórico y Prehispánico. Gobierno del Estado de Sonora. Hermosillo, Sonora, México.

Felger, Richard Stephen y Bill Broyles (Eds.)

2007 **Dry Borders. Great Natural Reserves of the Sonoran Desert.** The University of Utah Press, Salt Lake City.

Fish, Suzanne K. y Paul Fish

1997 **Reconocimiento Arqueológico de Cerros de Trincheras en la Cuenca del Río Magdalena, Sonora. Propuesta de Trabajo.** Archivo Técnico del Centro INAH Sonora.

1999 **Survey and Land Use of Cerros de Trincheras in the Rio Magdalena Valley, Sonora, México.** Report to the National Geographic Society, Hermosillo, INAH-Centro Regional de Sonora, (mecanuscrito)

2003 “En el núcleo del territorio Trincheras”, en: **Noroeste de México** No. 14, pp: 49-59, revista del Centro INAH Sonora, Hermosillo.

García Moreno, Cristina

2008 **El Complejo San Dieguito en el Noroeste de México.** INAH, México.

González Arratia, Leticia

1987 **Teoría y Método en el Registro de las Manifestaciones Gráficas Rupestres.** Cuaderno de trabajo No. 35, Departamento de Prehistoria, INAH, México.

1999 “El chamanismo y sus manifestaciones en la gráfica rupestre del norte árido de México”, en: **Expresión y Memoria: Pintura rupestre y petrograbado en las sociedades del norte de México.** Colección Científica No. 385, p 63-85, INAH, México

2000 “El estudio de los petroglifos: un enfoque arqueológico”, en: **Arqueología, Historia y Antropología: In Memoriam José Luis Lorenzo Bautista.** Jaime Litvak y Lorena Mirambell (coords). Colección Científica No. 415, INAH, México.

Hayden, Julian

1976 “Resumen de la arqueología del distrito de los ríos Sonora y Altar”, en: **Sonora Antropología del Desierto**, Braniff y Felger (eds), Colección Científica No. 27, p 261 – 266, INAH, México.

Hernández, Héctor M.

2006 **La Vida en los Desiertos Mexicanos.** Ed. Fondo de Cultura Económica, México.

Hinton, Thomas

1955 “A Survey of Archaeological Sites in the Altar Valley, Sonora”, en: **The Kiva**, Vol. 21, Nos. 3–4, pp. 1-12. Tucson, Arizona.

INEGI

2011 **www.inegi.gob.mx**

Johnson, Alfred

1960 **The Place of the Trincheras Culture of Northern Sonora in the Southwestern Archaeology**. Tesis, University of Arizona, Department of Anthropology.

1963 "The Trincheras culture in northern Sonora", en: **American Antiquity**, Vol. 29, No. 2, p 174 – 186

1966 "Archaeology of Sonora, Mexico", en **Handbook of Middle American Indians**, Ekholm (ed), Vol. 4, p 26 – 37, University of Texas Press.

López, Virgilio y César Quijada (Coords.)

2001 *Sonora: Cuatro Siglos de Minería*. Sociedad Sonorense de Historia, A. C. y Gobierno del Estado de Sonora; Editorial El Auténtico, Hermosillo, Sonora.

Lumholtz, Carl

1971 **New Trails in México**. The Rio Grande Press, Inc. New Mexico.

1986 **El México Desconocido**. INI, México.

McGee, William

1980 **Los Seris, Sonora, México**. Clásicos de la antropología No. 7, INI, México.

2000 **Trails to Tiburón: The 1894 and 1895 Field Diaries of W. J. McGee**. Transcribed by Hazel M. Fontana, annotated and with introduction by Bernard L. Fontana. The University of Arizona Press.

McGuire, Randall y Elisa Villalpando

1989 "Prehistory and the making of history in Sonora", en: **Columbian Consequences I: Archaeological and Historical Perspectives on the Spanish Borderlands West**; Thomas, D. H. (Ed), p 159-177; Smithsonian Institution Press, Washington.

1991 **Proyecto Reconocimiento Arqueológico en el Valle de Altar**. Informe presentado al Consejo de Arqueología del INAH, México.

1993 **An Archaeological Survey of the Altar Valley, Sonora, México**. Arizona State Museum, Archaeological Series 184, University of Arizona Press.

1994 **Proyecto Arqueológico Cerro de Trincheras**. Informe final de la temporada de campo 1991. Reconocimiento de superficie y levantamiento topográfico. Informe al Consejo de Arqueología del INAH, México.

1995 **Proyecto Arqueológico Cerro de Trincheras**. Informe de la temporada de campo 1995 al Consejo de Arqueología, INAH.

1997 “Cerro de Trincheras: un sitio arqueológico en el noroeste de Sonora”, en: **Arqueología** No. 17, p 49-62; revista de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, México.

Montané Martí, Julio César

1988 “El poblamiento temprano de Sonora”, en: **Orígenes del Hombre Americano (Seminario)**. Alba González Jácome (comp.), p 83-116. SEP, México.

1996 “Desde los Orígenes hasta 3000 Años Antes del Presente”, en: **Historia General de Sonora**. Tomo I: Periodo Prehistórico y Prehispánico. Gobierno del Estado de Sonora. Hermosillo, Sonora, México.

Ortega León, Víctor

2006 **Herencias Discursivas: Arqueología, Nacionalismo y el Norte de México**. Tesis de maestría. Programa de Estudios de Posgrado en Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras y el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.

2007 “*Poblados Desiertos y Desiertos Poblados: Hacer Arqueología en el Desierto de Sonora*”, en: **Antropología del Desierto. Paisaje, Naturaleza y Sociedad**. Rafael Pérez-Taylor, Miguel Olmos Aguilera y Hernán Salas Quintanal (Eds.), pp. 53-60. IIA-UNAM-El Colegio de la Frontera Norte, México.

2008 “*Hacer Arqueología en el Desierto de Sonora: La Intercontextualidad Camuflada*”, en: **El Mediterráneo Americano: Población, Cultura e Historia**, Memorias de XXVII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, Tomo II, Carlos Serrano y Marco Antonio Cardoso Gómez (eds.), pp. 661-668. SMA-IIA-UNAM, México.

2008a “*Paisaje y Cultura Itineraria en el Desierto de Sonora*”, en: **Actualidades Arqueológicas**, Año 2, No. 6, pp. 5-11. Ed. Grupo Arqueófilos – Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, D. F.

2008b “**Imaginería rupestre en el Desierto de Sonora: Nuevos Estudios**”. Ponencia presentada en el marco del Cuarto Seminario de Petrograbados del Norte de México efectuado el 11 y 12 de diciembre de 2008 en el Museo Arqueológico de Mazatlán, en la ciudad de Mazatlán, Sinaloa, México.

2009 “*Entre Norte Bárbaro y Salvaje Oeste: Desierto, arqueología y religión*” En: **Antropología del Desierto: Desierto, Adaptación y Formas de Vida**. Rafael Pérez-Taylor, Carlos González Herrera y Jorge Chávez Chávez (Eds.). El Colegio de Chihuahua/Universidad Autónoma de Ciudad Juárez/Cuerpo Académico Estudios Históricos, No. 36. Pp. 133-146. México.

2009a “**Patrimonio árido: Arqueología, paisaje e identidad en el Desierto de Sonora**”. Ponencia presentada dentro del marco del Simposio Identidad, Paisaje y

Patrimonio efectuado del 23 al 27 de marzo de 2009 en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en la Ciudad de México, D. F.

Pérez Bedolla, Raúl Gerardo

1996 “Geografía de Sonora”, en: **Historia General de Sonora**. Tomo I: Periodo Prehistórico y Prehispánico. Gobierno del Estado de Sonora. Hermosillo, Sonora, México.

Phillips, Steven J. y Patricia Wentworth Comus (eds.)

2000 *A Natural History of the Sonoran Desert*. Arizona-Sonora Desert Museum Press and University of California Press; Tucson, Arizona.

Quijada Hernández, A.

1977a “El camino de los petroglifos”, en: **Segundo Simposio de Historia de Sonora**, p 10 – 15, Universidad de Sonora, Hermosillo.

1977b “Localización de arte rupestre en el territorio del Estado de Sonora”, en: **Segundo Simposio de Historia de Sonora**, p 440 – 455, Universidad de Sonora, Hermosillo.

Rzedowski, J.

1981 **Vegetación de México**. Editorial Limusa, México.

Sauer, Carl y Donald Brand

1931 **Prehistoric Settlements of Sonora with Special Reference to Cerros de Trincheras**. Publications in Geography, Vol. 5. University of California Press.

Shreve, Forrest y Ira L. Wiggins

1964 **Vegetation and Flora of the Sonoran Desert**. Stanford University Press, Stanford, California.

Trombold, Charles

1991 **Ancient road networks and settlement hierarchies in the New World**. Cambridge, England; New York : Cambridge University Press

Velasco, Alfonso Luis

1893 **Geografía y Estadística del Estado de Sonora**. Geografía y Estadística de la República Mexicana, tomo XIV, Oficina tip. de la Secretaría de Fomento, Supremo Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos, México.

Villalobos, César

2002 **Proyecto Manifestaciones Rupestres en La Proveedora, Sonora**. Proyecto presentado al Consejo de Arqueología del INAH.

2004 **La Diversidad Emergente. Complejidad y Metáforas Textuales en la Investigación Arqueológica de Sonora, México.** Tesis de Maestría. Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, México.

Villalpando Canchola, María Elisa

1992 “Tradiciones prehispánicas del desierto de Sonora”, en: **Noroeste de México** No. 11, p 51-60. Revista del Centro Regional Sonora, INAH, México.

1995 **Conchas y Caracoles. Relaciones entre Nómadas y Sedentarios en el Noroeste de México.** “Nómadas y Sedentarios en el Norte de México: Homenaje a la Dra. Beatriz Braniff Cornejo”, Octubre 2-6 de 1995, Durango, Durango.

1996 “Cazadores-Recolectores y Agricultores del Contacto”, en: **Historia General de Sonora.** Tomo I: Periodo Prehistórico y Prehispánico. Gobierno del Estado de Sonora. Hermosillo, Sonora, México.

1999 “Investigación arqueológica e identidad regional en el noroeste de Sonora”, en: **Noroeste de México.** Número especial: Antropología de la identidad e historia en el norte de México. Homenaje a Alejandro Figueroa, p 129-135. Revista del Centro Regional Sonora, INAH, México

Villalpando, Elisa y Randall McGuire

2009 **Entre Muros de Piedra. La Arqueología del Cerro de Trincheras.** Instituto Sonorense de Cultura/Centro INAH Sonora.

Wasley, William

1966-67 **Archaeological Research in Northwestern México.** Archivo de Monumentos Prehispánicos. Mecanoescrito. Arizona State Museum.